

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1884

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo*

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO X — TOMO LI.

MAYO — JUNIO 1884



## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE DE LA MADERA BAJA, NÚMS. 5 Y 7, PRINCIPAL DERECHA

### OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO  
*J. F. Parres y Comp.<sup>a</sup>*  
VENEZUELA  
*E. Fombona*

BUENOS AIRES  
*Manuel Reñe*  
BRASIL  
*Bellarmino Carneiro*  
Pernambuco

CUBA  
*D. Miguel Alorda*  
O'reilly, 96  
Habana.

DERECHOS RESERVADOS









## LA CORTEZA TERRESTRE Y SU RELIEVE

**U**NO de los estudios más interesantes es el de la geología, que investiga la formación, naturaleza y figura del globo en que habitamos. Del adelantamiento de aquélla depende la solución de difícilísimos problemas, de tanta importancia como el de determinar el origen de la vida y la aparición de las especies. ¿No llegará un día en que se borren los límites hoy tan marcados entre los reinos orgánico é inorgánico, á la manera que se desvanecieron los antes establecidos entre animales y plantas? ¿Apareció por vez primera la vida, rudimentariamente, en el fondo de los mares? ¿Hánse derivado unas especies de otras, como supone Darwin, ó procede cada una de un tipo diferente y exclusivo? ¿Es nuestro mundo pequeña porción condensada de la nebulosa solar, como creyó Laplace y modernamente el ilustre Faye?...

Así como los geodestas, mediante numerosas redes de triángulos, han demostrado ya de modo incontrovertible que la forma de la tierra es aproximadamente la de un elipsoide de revolución, y han calculado las dimensiones de los ejes y el achatamiento en los polos, los geólogos allegan materiales que en lo porvenir servirán para resolver las cuestiones anteriores.



M. A. de Lapparent, catedrático del Instituto católico de París y presidente de la Sociedad geológica de Francia, es sin disputa uno de los naturalistas más distinguidos de la época actual. Hombre de clarísimo talento, trabajador incansable, no desmaya nunca en la noble tarea de contribuir al perfeccionamiento y difusión de la geología. Lapparent, que ha hecho estudios tan curiosos como el titulado *La Cristallographie Rationnelle*, que ha expuesto en eruditísimo discurso la historia y método de la geología, que poco tiempo hace publicó un completo *Traité de Géologie* y ahora un *Cours de Minéralogie* (1), pronunció en la Sociedad Geográfica de París una preciosa conferencia desenvolviendo magistralmente el tema *La corteza terrestre y su relieve*.

Autorizados galantemente por el autor, hemos vertido á nuestra lengua, casi literalmente, dicho discurso, procurando dar idea exacta del pensamiento de Mr. de Lapparent, aunque se perjudiquen la pureza y gallardía del estilo.

Y con esto pongamos punto á las mal pergeñadas líneas que preceden al discretísimo trabajo del Sr. de Lapparent.

R. ÁLVAREZ SEREIX.

*Madrid 18 de abril de 1884.*

---

(1) En esta obra procura vulgarizar las teorías cristalográficas de Bravais, que expuestas por Mallard en su tratado de cristalografía geométrica y física, no terminado aun, exigen el conocimiento de las matemáticas superiores.

A. de Lapparent presenta las mismas teorías de un modo más elemental. Bravais ha mostrado en la forma de los poliedros moleculares la causa de la simetría cristalina y las aparentes rarezas de que, en ocasiones, es susceptible aquella simetría. Con algo de arte es dado explicar geoméricamente todos los modos de cristalización, no obstante la complejidad que ofrecen; la molécula misma tiene forma y los agrupamientos moleculares no se efectúan arbitrariamente, sino obedeciendo á ciertas leyes muy sencillas de simetría.

La mineralogía y geología se relacionan íntimamente. No es posible estudiar las rocas sin estudiar sus condiciones mineralógicas; las placas delgadas, examinadas al microscopio, han proporcionado nuevos datos respecto á las partes constituyentes de la corteza terrestre. Hoy no se adelanta en el conocimiento de las rocas cristalinas si no se está familiarizado con la óptica de los cristales.



El estado actual de la corteza del globo resulta de las acciones interiores ó exteriores que, desde el origen de los siglos, han trabajado para modificar la superficie de nuestro planeta.

Sabido es que la corteza terrestre ó, para no prejuzgar nada, la parte sólida del globo, accesible á la observación, está constituída esencialmente por dos grandes categorías de terrenos.

Los de la primera hállanse dispuestos en capas ó estratos, limitadas por superficies planas paralelas y regularmente superpuestas las unas á las otras. Por lo común es fácil ver que los elementos minerales de estos estratos son restos que proceden de la trituración de rocas preexistentes; además, dichos restos están dispuestos como si se hubiesen mantenido en suspensión en el agua y precipitádose al fondo por la sola acción de la gravedad, á modo de *sedimentos*. Ya son estos fragmentos de naturaleza arenácea, y dan origen, si se han conservado sueltos, á arenas y gravas, ó si se han cementado ulteriormente, á areniscas ó á conglomerados. Ya son finas partículas de limo, en que dominan los silicatos de alúmina, dando origen á las arcillas, compactas, laminares ó esquistosas. Finalmente, hay ocasiones en que los estratos están formados por calizas, en las cuales se distinguen, sin esfuerzo, las análogas de todas las variedades que se forman aún á nuestra vista en las regiones de los arrecifes de coral. En cuanto á las formaciones arenáceas ó arcillosas, es imposible desconocer su identidad con los depósitos de las playas actuales ó los aluviones y deltas de los grandes ríos. Queda, pues, establecido que deben considerarse los terrenos *estratificados* ó *sedimentarios*, como productos de la destrucción de las partes superficiales y litorales de la corteza terrestre, bajo la influencia de las olas y agentes atmosféricos.

Los terrenos de la segunda categoría se presentan en forma de macizos ó filones, introducidos al través de las hendiduras de los terrenos sedimentarios, ó extendidos por su superficie. No se observa ningún elemento detrítico; la disposición de los materiales no acusa nunca la acción de la gravedad, y, salvo los casos en que se encuentra, como en la ma-



yoría de las lavas modernas, cierta proporción de materia vítrea, toda la masa está *cristalizada*. Manifiesta es la analogía de estos productos con los que arrojan los volcanes, y no hay manera de negarse á admitir que sean formaciones *eruptivas*, producto directo de lo que puede llamarse la *actividad interna* del globo.

En resumen; una primer ojeada sobre la composición de la corteza terrestre basta para comprender que la formación de esta corteza resulta del juego simultáneo de dos clases de agentes, los unos interiores, los otros exteriores, cuyos análogos actúan en nuestra época.

Para comprender mejor el mecanismo de este doble juego, refirámonos á las condiciones en que se forman los sedimentos modernos. Una costa estable no puede ser atacada indefinidamente por las olas; al cabo de más ó menos tiempo se suaviza su perfil; los productos de su destrucción acaban por constituir, sobre la orilla, un cordón litoral que protege la costa, y bien pronto el mar llegará tranquilamente á esta playa, expuesta antes á sus acometidas. De igual manera, un torrente no puede ahondar siempre su lecho. A fuerza de degradar los ribazos y arrastrar los restos á su cono de deyección, alarga su curso, suavizando él mismo la pendiente y disminuyendo en igual proporción la potencia del agua corriente. Llega un momento en que esta agua, que cae de las altas regiones en cascada vertical, á lo largo de una pared de rocas, se reúne en una cuenca á la cabeza del antiguo canal de desagüe, para adquirir en seguida curso manso entre dos ribazos, que apenas tiene fuerza para rozar. Estos se cubren entonces de verdura, de arbustos y aun de bosques que fijan el suelo, y, si el hombre no destruye este equilibrio destruyendo los árboles ó entregando los pastos al diente de ovejas y cabras, puede llegar á desaparecer de un modo definitivo la acción destructora del torrente.

Así es que puede decirse que los diversos agentes exteriores se ponen límites ellos mismos á su propia actividad. Cada uno de aquéllos descansa, después de haber contribuído, degradando una parte de la corteza superficial, á que los materiales resultantes ocupen un nivel inferior, es decir, una si-



tuación de equilibrio más estable; al mismo tiempo, la corteza reviste, por el hecho de esta acción, un perfil que la hace en lo sucesivo menos accesible á la destrucción.

Si, pues, la geografía actual del globo fuese de antigua fecha, hace mucho tiempo que toda causa de modificaciones profundas debería haber desaparecido de su superficie. El trabajo de las fuerzas externas no debería haber causado otro efecto que acumular algunas capas de limo y arenas á lo largo de las riberas marítimas, ó algunos lechos de grava en la orilla de los ríos.

En vez de eso, la observación nos enseña que la serie de capas sedimentarias es tan poderosa como variada; que su espesor se cuenta por millares de metros, y que, en un mismo punto, las arenas, arcillas y calizas han alternado un gran número de veces. Ahora bien; cada especie de depósito corresponde á un conjunto determinado de condiciones, y no puede cambiar sino con el cambio de estas condiciones. Debe, pues, concluirse que las relaciones recíprocas de la tierra firme y el Océano, así como el relieve de los continentes han debido variar constantemente, es decir, que la geografía terrestre no ha cesado, al través de las edades, de experimentar modificaciones.

Pero dichas modificaciones ¿han acarreado la vuelta, indefinidamente periódica, de los mismos fenómenos, ó forman una sucesión ordenada con un origen primero y una marcha progresiva hacia un fin determinado? Para saberlo, dirijamos una mirada más atenta á la sucesión de las capas sedimentarias. No necesitaremos para conocer esta sucesión toda entera recurrir á perforaciones profundas. En numerosos puntos del globo las capas primitivamente horizontales se muestran inclinadas, levantadas y á las veces invertidas, y si nos dirigimos de un país llano, como la cuenca de París, á montañas como el Jura y los Alpes, marcharemos constantemente sobre el corte de capas cada vez más antiguas, de tal suerte que es posible trazar la sucesión á cielo descubierto. Ahora, cada una de estas capas contiene por lo general fósiles, que son los restos mineralizados de los animales y plantas contemporáneos de su depósito. El estudio de



estos fósiles atestiguan que la vida orgánica no ha cesado de cambiar de formas en la superficie del globo ó en las profundidades de los océanos, y que cuanto más antiguas son las capas, más se aleja la serie de los tipos de los del tiempo presente.

Esta diferencia de los tipos orgánicos no se reduce á pequeños detalles; se manifiesta á menudo por combinaciones desprovistas de todo enlace con la naturaleza actual, acusando variación constante y ordenada en las condiciones físicas ambientes. Puede resumirse en una palabra el carácter de esta variación, diciendo que á medida que remontamos el curso de las edades, la infinita variedad de las provincias zoológicas y botánicas del tiempo presente es reemplazada por una uniformidad cada vez mayor. Y así se llega á los tiempos primarios en que una misma vegetación, francamente tropical, se extendía del Ecuador á los polos, en tanto que los mismos animales marinos frecuentaban los océanos bajo todas las latitudes. Al propio tiempo los tipos fisiológicos se simplifican de más en más, y en vez de las actuales delicadas combinaciones, en las que la complejidad de los órganos indica funciones múltiples, en relación con las diversas circunstancias que los rodean, no se hallan más que seres relativamente sencillos, adaptados á condiciones de vida muy uniformes. Más abajo aún se llega á sedimentos en que no existen trazas de organismos, mientras se atenúa el carácter detrítico de los depósitos y desaparece bajo una cristalización más ó menos avanzada. Por último, estos primeros sedimentos descansan sobre un *substratum* cuyos elementos todos, enteramente cristalizados, han recibido una orientación en líneas paralelas que imprime al conjunto estructura estratiforme. Además, en tanto que la composición de los sedimentos propiamente dichos varía mucho, según el punto del globo en que se les observe, el *substratum* es idénticamente el mismo en todas partes, en Escandinavia como en Escocia, en Bretaña como en el Limosín, en Sajonia como en China ó la Guyana. Forma siempre el terreno de *gneiss* y de *micascitas*, tan constante en su composición y aspecto, demostrando que la formación de la corteza sedimentaria ha



sido precedida por la de un soporte común, en condiciones que determinaban á la vez la cristalización total de los elementos y su disposición en fajas orientadas: circunstancias que permiten sospechar un estado de fluidez ó á lo menos de viscosidad primitiva.

Hasta aquí sólo hemos interrogado á los terrenos sedimentarios. Escuchemos ahora el lenguaje de las rocas eruptivas.

Si se llama *edad* de cada una de estas el momento en que ha aparecido, hay medios para determinar aquella edad. Desde luego toda roca de esta clase es más moderna que los terrenos que ha atravesado; después, si una capa sedimentaria contiene, en estado de cantos, fragmentos de una roca eruptiva bien determinada, puede afirmarse que el depósito de esta capa es posterior á la salida y consolidación de la citada roca. Aplicando estos principios han llegado á determinar los geólogos la sucesión de las erupciones de origen interno. Han reconocido que esta sucesión es perfectamente ordenada, desde los granitos que son los más antiguos, pasando por los pórfiros, hasta las lavas de las épocas modernas. Esta serie deja distinguir muy claramente en los elementos eruptivos una disminución progresiva de la potencia de cristalización. Por último, y este es el resultado sobre que insistiremos más particularmente, las primeras rocas de erupción, los granitos, tienen idéntica composición que los *gneiss* del *substratum* cristalino de los sedimentos. No se diferencian más que en la falta de orientación de sus minerales, como si los granitos y los *gneiss* teniendo un origen común, los primeros se hubiesen consolidado bajo influencias puramente internas, en tanto que los segundos sufrían la acción de una fuerza exterior que los disponía en estructura estratiforme.

Puede, por consiguiente, decirse que el estudio de las dos categorías de rocas que componen la costra del globo nos conduce al mismo resultado, es decir, á la concepción de una masa superficial, originariamente viscosa, y dotada de notable poder de cristalización. Y siendo todos los elementos de las rocas graníticas insolubles en el agua, por gran parte que se atribuya en su génesis á ciertos disolventes químicos,



parece lo natural que se considere el calor como la causa de dicha viscosidad primitiva.

Esta conclusión la imponen también consideraciones de distinto orden, igualmente deducidas de la observación. A poco que se penetre bajo la superficie del globo, se comprueba que en todas partes aumenta la temperatura con la profundidad. En esto concuerdan todas las observaciones, lo mismo refiriéndose al suelo ardoroso de los trópicos que á las heladas tierras de Siberia; á los sondeos que, como el de Sperenberg, cerca de Berlín, han llegado á 1.250 metros de profundidad, ó á los grandes túneles, como los del Mont-Cenis y San Gothardo, abiertos bajo verticales de 1.300 y hasta 1.400 metros. Al través de inevitables variaciones accidentales, debidas evidentemente á circunstancias locales, la progresión es regular y de un grado centígrado próximamente por cada 30 ó 32 metros.

Si esta progresión persistiese más allá de los límites á que ha alcanzado la observación, resultaría que á una distancia de la superficie igual á una pequeñísima parte del radio terrestre, la temperatura sería lo bastante elevada para determinar la fusión de las rocas más refractarias; y estaríamos autorizados para buscar en ello el origen de las lavas que arrojan los volcanes en tantos sitios del globo. Pero dejando aparte este punto de vista, atengámonos simplemente al hecho indiscutible que hemos apuntado, el del aumento de calor con la profundidad. Este hecho significa que la corteza terrestre es el asiento de un cambio incesante de temperatura entre el exterior del globo, que el sol defiende contra el frío del espacio, y un interior en grado notable más caliente.

Tal cambio no es exclusivo de esta época, sino que en todas se ha verificado evidentemente. Ahora lo que conocemos de los fenómenos geológicos nos autoriza á creer que, concretándonos al período sedimentario, conviene probablemente contar por millones de años el tiempo transcurrido desde el origen. La cantidad de calor interno que en nuestros días pone aún en juego la conductibilidad de la corteza, no es más que el resto de una provisión primitiva, que debía



ser bastante considerable para resistir á una pérdida proseguida durante millares de siglos. Desde luego ¿no es evidente que al principio la energía calorífica del globo era incomparablemente mayor que hoy, y no debe pensarse que bastaba para mantener en estado fluido, no sólo la superficie, sino también la masa total del planeta? Y si quedara alguna duda en este particular, ¿no la desvanecería el examen de la forma esferoidal de la tierra, cuyo achatamiento corresponde tan bien á lo que exige la rotación de una masa fluida de igual densidad media?

Así la interpretación concienzuda de los hechos comprobados por la geología, nos conduce con gran fuerza persuasiva á la noción que el genio de Descartes había concebido en el siglo XVII, á saber: que la tierra es un astro apagado; noción que más tarde debía desenvolver Laplace con singular lucimiento, refiriendo la formación del globo á la condensación de la nebulosa solar. Bástenos haber recordado el principio y tomemos el globo terrestre en el instante de su propia condensación cuando, mal protegido por sus escasas dimensiones de la radiación de su calor al través del espacio, debió pasar primero del estado gaseoso al líquido y poco después revestirse de una película sólida y oscura.

Apenas constituída con el auxilio necesariamente de los elementos más ligeros y refractarios de la masa terrestre, esta película se hizo pronto lo bastante gruesa para no dejar paso, dada la mala conductibilidad de las rocas, más que á una mínima fracción del calor interno. Vió entonces condensarse en su superficie el agua de los océanos, primitivamente contenida en estado de vapor en la atmósfera y con ella toda clase de sustancias químicas activas. Así debió formarse, bajo la doble influencia del calor y de los disolventes acuosos, el *substratum* cristalino de los sedimentos. Pero habiéndose consolidado la corteza en un momento determinado de la condensación del globo, disminuyendo los progresos de esta condensación poco á poco el volumen del núcleo interno, debían dejar á la costra con un exceso de dimensiones, y por consiguiente, en equilibrio inestable. Se necesitó que la corteza pagase á expensas de algunos plie-



gues el exceso de amplitud, y de tal suerte se dibujaron las primeras desigualdades de la superficie terrestre, destinadas á constituir el núcleo de los continentes.

Una vez formados y emergidos estos núcleos, el trabajo de las olas y de los agentes atmosféricos acometió su degradación, originando los primeros sedimentos. Sin embargo, el progreso del enfriamiento acentuaba de día en día la falta de equilibrio de la corteza, y surgían nuevas desigualdades modificando periódicamente las riberas del mar y el relieve de las tierras y proporcionando cada vez á los agentes exteriores nuevos motivos de acción. Al mismo tiempo, y por las hendiduras producidas por los movimientos de la corteza, porciones de la masa fluida interna, comprimidas por el peso de la costra, se introducían en estado de rocas eruptivas.

Así es como por una serie indefinidamente renovada de movimientos mecánicos, provocados todos por la contracción del globo, se ha constituido esta corteza tan variada hoy en sus formas. Mientras que en el origen, se extendía un mar casi sin límites de uno á otro polo, dejando apenas emergidos unos cuantos islotes y nutriendo una población orgánica de notable uniformidad, hoy día más de la cuarta parte del globo está ocupada por masas continentales, de costas profundamente recortadas, de relieve muy marcado, entre las cuales se extienden océanos ya superficiales, ya de muchos miles de metros de profundidad. A los uniformes seres orgánicos primitivos ha reemplazado la variedad de las faunas y floras actuales, en que se ofrecen las combinaciones más diversas, desde el silencio de los hielos polares á la exuberante actividad de los trópicos.

Todo esto es obra de los siglos, obra continuada siempre sin ningún retroceso. Si pues los partidarios de la antigua filosofía os dicen que las montañas son el esqueleto del globo y que han existido, tales como son, desde la más remota antigüedad; ó bien si los adeptos del uniformitarismo sostienen que las montañas son simplemente el resto que han dejado los agentes de erosión, después de haber atacado durante siglos á las mesetas que antes se extendían hasta el mar, no os deben sorprender tales afirmaciones. Afirmad á vuestra



vez que el relieve del globo, apenas dibujado en su origen, se ha acentuado de edad en edad, siempre bajo la influencia de los fenómenos internos provocados por los progresos del enfriamiento; y decidles que los agentes exteriores han podido definir perfectamente los lineamientos de este relieve y fijar en cierto modo su último aspecto, pero que su acción, siempre superficial, ha sido poca cosa en comparación de las fuerzas interiores, sin las cuales, por otra parte, hubiesen perdido rápidamente toda posibilidad de obrar.

\*  
\* \*

Fijadas las condiciones generales de la formación de la corteza terrestre, podemos abordar ahora el estudio de su relieve. Y, ante todo, ¿qué debe entenderse por esta palabra? Se admite que la superficie de los mares posee una forma esferoidal perfecta, y, suponiendo esta superficie indefinidamente prolongada al través de los continentes, se mide, según la vertical, lo que dista cada punto de la superficie de comparación. Esta distancia es la altitud del punto, y la agrupación de altitudes constituye el relieve continental. Pero existe también un relieve *negativo* ó en hueco, el de los océanos, medido por la distancia vertical que separa la superficie del mar de cada uno de los puntos del fondo.

Aquí el amor á la verdad nos obliga á hacer una declaración: que fuera de cierto grado de exactitud, no es posible garantizar la fijeza de los elementos que sirven de base á estas medidas. A causa de la atracción de las masas continentales, la superficie del mar se aparta en muchos sitios de la figura elipsoidal de equilibrio. Otras causas contribuyen también á modificar su nivel medio, tan difícil, por otra parte, de apreciar en medio de las oscilaciones del viento y de las mareas, inclinándose Mr. Bouquet de la Grye á sostener, tras ingeniosas consideraciones, que la superficie oceánica tiene su relieve propio. Además, las observaciones de Mr. d'Abbadie han establecido que en un punto dado, la vertical, elemento indispensable de toda medida, está sujeta



á variaciones incesantes, muy débiles sin duda, pero reales y fácilmente explicables si se recuerdan las causas de inestabilidad mencionadas al hablar de la corteza terrestre. De manera que el observador que persigue una precisión suprema no halla donde hacer pie y no le queda sino repetir la lamentación de Boscovich á mediados del siglo último, ante la imposibilidad de obtener en geodesia resultados concordantes. *¡Quocumque te vertas, nihil certum, sibi constans et regulare occurrit!*

Afortunadamente el objeto que nos proponemos no reclama tanta precisión. Admitamos, pues, que la superficie de los mares prolongada posee una figura de equilibrio, á propósito para suministrar donde quiera puntos de comparación concordantes, y tomemos las altitudes tales como nos las proporcionan los procedimientos ordinarios de la topografía.

Un primer resultado va á sorprendernos: que la parte positiva ó continental del relieve está repartida sobre una superficie mucho menor que la parte negativa ú oceánica. Con efecto, los continentes no ocupan más que la cuarta parte de la superficie terrestre, y todo el resto pertenece al elemento líquido.

Esta desproporción se acentúa si se considera el valor del relieve medio. Para apreciar este valor hay que servirse de las cartas denominadas *hypsométricas*, en que se representa el relieve por curvas equidistantes; y después de haber evaluado la superficie comprendida entre dos curvas de nivel sucesivas, aplicarle como multiplicador, sea la media de las altitudes de las dos curvas límites, sea—para evitar todo exceso de apreciación—un número comprendido entre esta media y la menor de las dos altitudes. De este modo se obtiene el volumen de los continentes, y basta dividirlo por la superficie para conocer su altura media sobre el nivel del mar.

Aplicando este método, se ve que la altitud media de los continentes está comprendida entre 500 y 600 metros, y probablemente, al menos á nuestro parecer, más cerca de la segunda cifra que de la primera. Solo el Asia formaría, si su relieve estuviera igualmente distribuído, una meseta de 700, acaso de 800 metros, y eso merced al Tibet, que representa



la vigésimaquinta parte y en donde no hay ni un punto inferior á 4.000 metros de altitud.

Por lo que toca á las profundidades oceánicas, el mismo procedimiento permite apreciar su valor medio en 4.000 ó 4.200 metros. Los últimos resultados de la magnífica campaña del *Talismán*, dirigida por M. A. Milne-Edwards, no hacen temer que aquella cifra sea demasiado grande, porque entre las Azores y Canarias se ha encontrado que el mar es más profundo que lo que indican los mapas, habiendo medido en un punto la sonda *seis mil* metros cuando las cartas marinas no indicaban más que *cinco mil*.

La comparación de las cifras anteriores muestra que el volumen de las masas continentales sobre el nivel del mar no es más que la vigésima parte del volumen oceánico, es decir, que el relieve negativo del globo sobrepuja mucho en valor absoluto al relieve positivo.

En cuanto á la manera como se reparten las diversas altitudes que, por su compensación mutua, dan el relieve medio, puede comprenderse con el auxilio del adjunto diagrama.

El círculo á partir del cual se cuentan las alturas—en escala arbitraria y sumamente exagerada—habiéndose supuesto que corresponde á la superficie total del globo, una parte de este círculo (proporcional á la superficie de las tierras emergidas) va afecta al relieve continental, distinguido por un rayado, y el resto al relieve oceánico, que se denota por arcos de círculo concéntricos. Se ve que la curva del relieve continental se eleva progresivamente de 0 á 2.000 metros, después sube bruscamente á 8.840, altitud del Gaurisankar de Himalaya, siendo casi insignificante relativamente al conjunto la superficie ocupada por las regiones de más de 2.000 metros. De igual modo, la curva del fondo de los mares baja regular y suavemente de 0 á 5.000 metros, para ir con mayor rapidez de 5.000 á 6.000 y penetrar bruscamente de 6.000 á 8.500, profundidad de la gran hoya occidental del Pacífico.

Se ve que, apesar de la superioridad que en su conjunto tiene el relieve oceánico, no exceden las mayores profundidades marinas, auténticamente medidas, á las más altas cimas



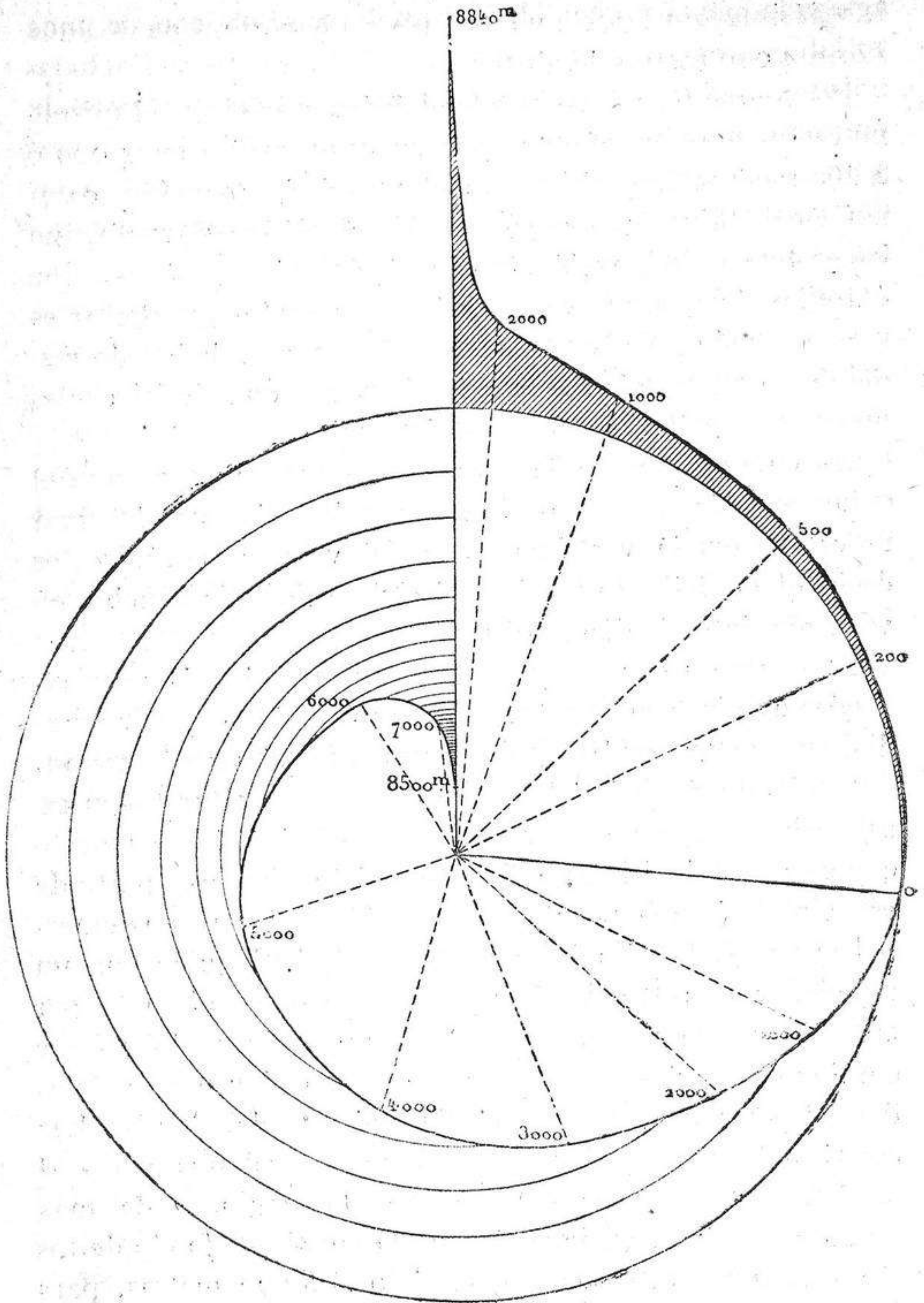


Figura 1.ª

terrestres, y aun parece que éstas las llevan una pequeña ventaja. La cifra más elevada, 8.840 metros, no forma más que la *setecientas veinteava* parte del radio terrestre, y si se



agrega la mayor profundidad, el total que se obtiene, de unos 17 kilómetros, es aún inferior al valor absoluto del achatamiento terrestre, que es de 21 kilómetros. Sobre un globo de un metro de radio, la mayor diferencia de nivel estaría representada por *tres milímetros*, lo que ha hecho decir con razón que las desigualdades de la superficie terrestre son casi como las asperezas de una cáscara de huevo.

¿Síguese de aquí que deba considerárselas como despreciables? Ciertamente que no; porque ya el abultamiento ecuatorial de 21 kilómetros basta, como se sabe, para producir fenómenos astronómicos importantes, tales como la precesión de los equinocios. Pero sobre todo debe tenerse en cuenta que el relieve terrestre es uno de los factores principales en el juego de los agentes exteriores, que influyen de un modo tan marcado en las condiciones físicas de la superficie del globo. La dimensión de dicho relieve es incomparablemente mayor que la de los objetos sobre los cuales se ejerce su acción.

Establecidas estas nociones generales, examinemos la distribución real de las líneas de relieve, y, para ello, imaginemos algunas secciones transversales por los principales continentes.

Veamos primeramente una sección norte-sur del continente asiático (figura 2<sup>a</sup>).

En el primer tercio no encuentra la sección más que las tierras bajas de la Siberia; después se eleva el suelo y, ha-

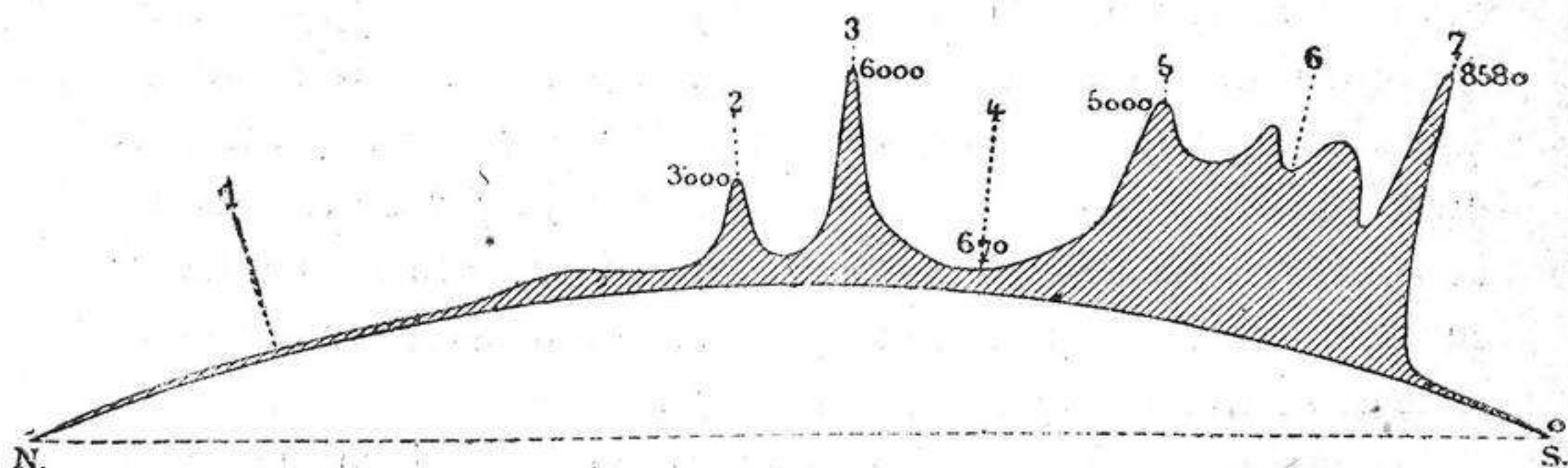


Figura 2.<sup>a</sup>

1. —Siberia.

2. —Altai.

3. —Thian-Chan.

4. —Lob-Nor.

5. —Kouen-lun.

6. —Tibet.

7. —Kantschintchinga (Himalaya).



cia el medio, la cadena del Altai prepara la del Thian-Chan, cuya cumbre oscila entre 4.000 y 6.000 metros. Pero pronto aparecen las llanuras bajas con la depresión del Lob-Nor. Finalmente, el último tercio de la sección está constituido por un macizo de enorme altura, el del Tibet é Himalaya, cuya altitud crece hasta su extremidad Sur, descendiendo bruscamente hasta el nivel del mar de las Indias. De manera que todo el relieve está concentrado en uno de los extremos del continente, y lejos de hallarse simétricamente dispuesto, adquiere su mayor valor en el límite mismo de la tierra firme.

La segunda sección (figura 3.<sup>a</sup>), es la de la América del Norte entre el Pacífico y el Atlántico.

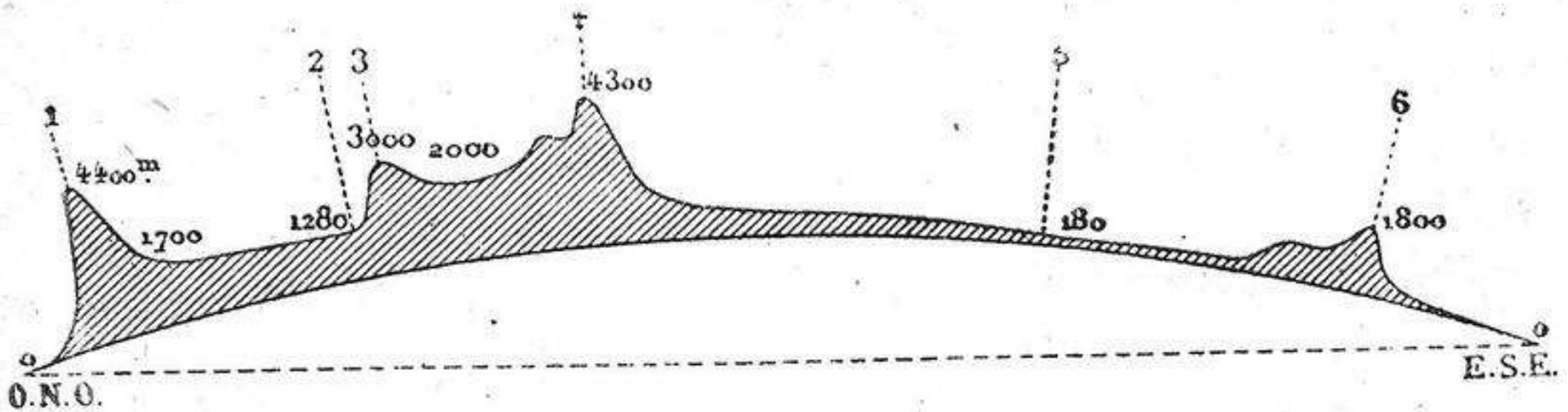


Figura 3.<sup>a</sup>

- 1.—Monte Shasta.
- 2.—Gran Lago Salado.
- 3.—Unión Peak.

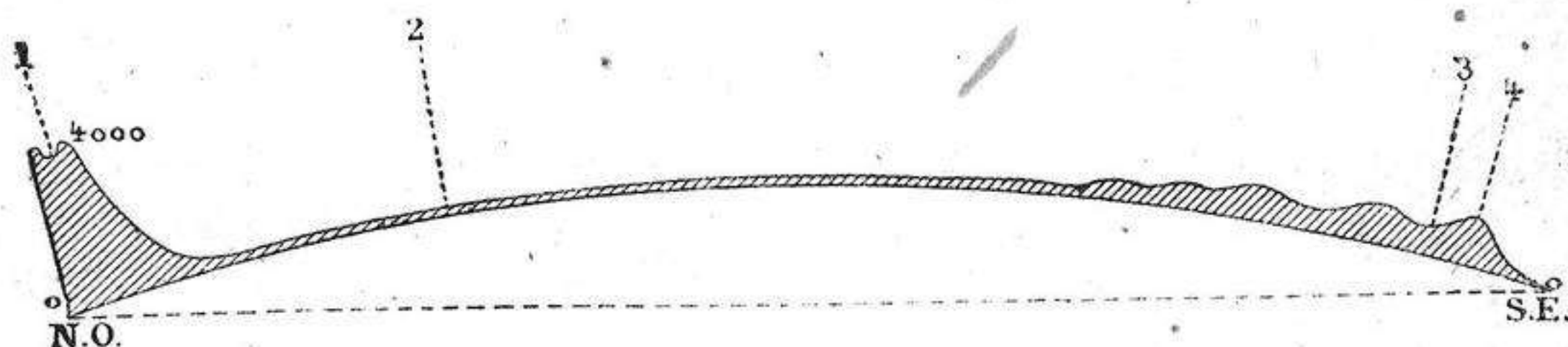
- 4.—Longo Peak.
- 5.—Missisipi en San Luis.
- 6.—Alleghanys.

Junto al primero de estos dos Océanos se iergue la gran cadena, á cuyo pie se extiende la alta meseta del gran Lago Salado. Más allá aparecen las Longs Peak con cimas de 4.300 metros. Pero este esfuerzo del relieve no llega ni á la mitad del continente, y, de modo brusco, aparece á sus pies la inmensa cuenca del Missisipi, que desciende en pendiente suave hacia el mar; si bien antes de alcanzarle, ve erguirse ante él la cadena de los Alleghanys.

Por último, la figura 4.<sup>a</sup> demuestra, cómo de Noroeste á Sudeste, se inicia el relieve de la América austral, junto al Pacífico, por la inmensa cadena de los Andes, sumergiéndose pronto al Este bajo la cuenca de las Amazonas, aguardando las cadenas brasileñas que separan esta cuenca del Atlántico.



Estas diversas secciones, á las que sería fácil añadir muchas otras, muestran desde luego que un continente está muy lejos de formar una unidad homogénea y simétrica, dispuesta alrededor de un relieve central culminante. Nada es más inexacto que esas representaciones que á menudo publican las obras de geografía física y en las que, para que se aprecie la distribución de las cuencas hidrográficas, se figura, como líneas de primera importancia, *cadenas de división* extendiéndose de un extremo á otro de los continentes. Basta para convencerse dirigir la mirada á un mapa de Europa, porque si es fácil seguir la marcha de una línea de división en España, una vez soldada con los Pirineos, no se encuentra más que un rudimento interrumpido en seguida por la

Figura 4.<sup>a</sup>

1.—Andes de Colombia.  
2.—Río de las Amazonas.

3.—Río San Francisco.  
4.—Sierra Timba.

depresión de que se aprovecha el canal del Mediodía. La marcha de esta línea se hace más incierta cerca de los Vosgos, después en Suiza y más aún en esas lagunas de la Rusia occidental, en donde, según el régimen de las lluvias, pueden correr las aguas ora hacia el Báltico, ora hacia el mar Negro. En realidad, cada continente es una pieza de taracea, formada de compartimientos independientes, de épocas muy distintas, y en que cada uno posee un relieve que depende á la vez de su edad, de su constitución geológica y del modo de acción de los agentes atmosféricos.

Pero, sin detenernos en estos detalles del relieve, que podrían proporcionarnos materia para muchas observaciones interesantes, limitémonos á considerar las grandes líneas. Lo que debe chocarnos es la falta de simetría en el relieve de



los continentes, falta acusada por la situación casi siempre litoral ó excéntrica, por lo menos, de las cadenas más elevadas.

Esta ley de asimetría se evidencia aún más estudiando el perfil de cada cadena de montañas. Tomemos como ejemplo la cadena del Jura (figura 5.<sup>a</sup>), entre el valle del Ain y el lago de Ginebra. Comprobaremos que se eleva, por una serie de ondulaciones, de 445 á 1.678 metros, altitud de la cúspide de la Dola, para descender de un salto á la altitud del lago de Ginebra, inferior en 70 metros á la del punto de partida.

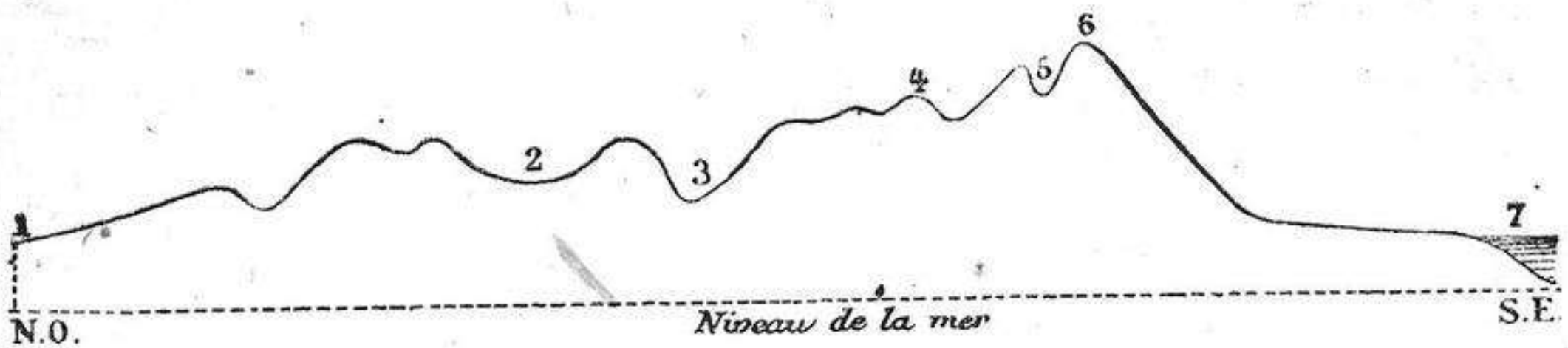


Figura 5.<sup>a</sup>

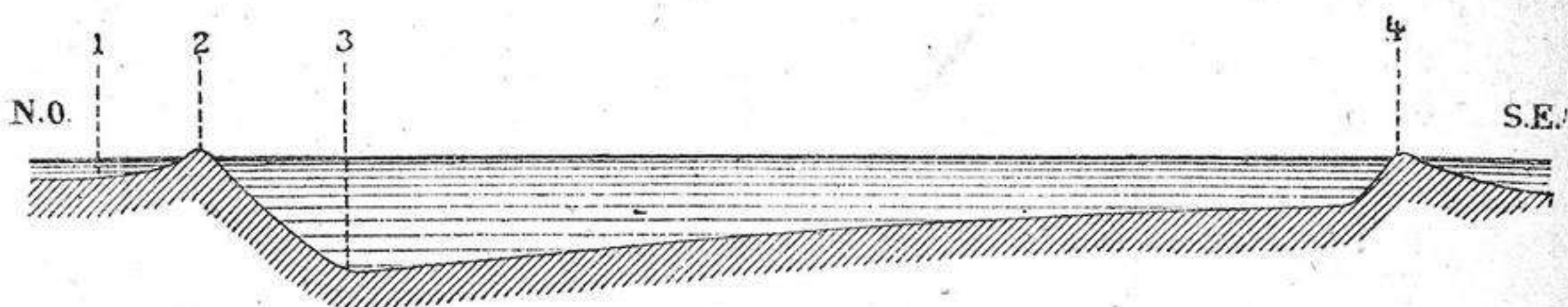
- |                                    |  |
|------------------------------------|--|
| 1.—Valle del Ain (445 metros).     | 4.—Monte Fier (1.375 metros).          |
| 2.—Lago de la Abadía (819 metros). | 5.—Valle de los Dappes (1.251 metros). |
| 3.—Valle de la Bienne.             | 6.—La Dola (1.678 metros).             |
| 7.—Lago de Ginebra (375 metros).   |  |

Los Alpes y los montes escandinavos nos suministrarían idéntica enseñanza. Estos últimos se sumergen directamente en el mar del Norte y su vertiente oriental, dos veces menos inclinada que la otra, está separada por llanuras de la insignificante depresión de la del Báltico. En cuanto á los Alpes, su caída hacia el Piamonte es brusca, en tanto que por la parte Norte presentan una serie de ondulaciones paralelas. Finalmente, todos saben con qué magnificencia se ierguen los Pirineos como una muralla al Sur de las llanuras francesas, en tanto que, por la parte de España, aparecen como el último término de una sucesión de pliegues. Puede, pues, decirse que toda cadena se compone de dos vertientes muy desigualmente inclinadas y que esta asimetría es ley constitutiva de las montañas.

Esta oposición que manifiesta el confín del continente sud-

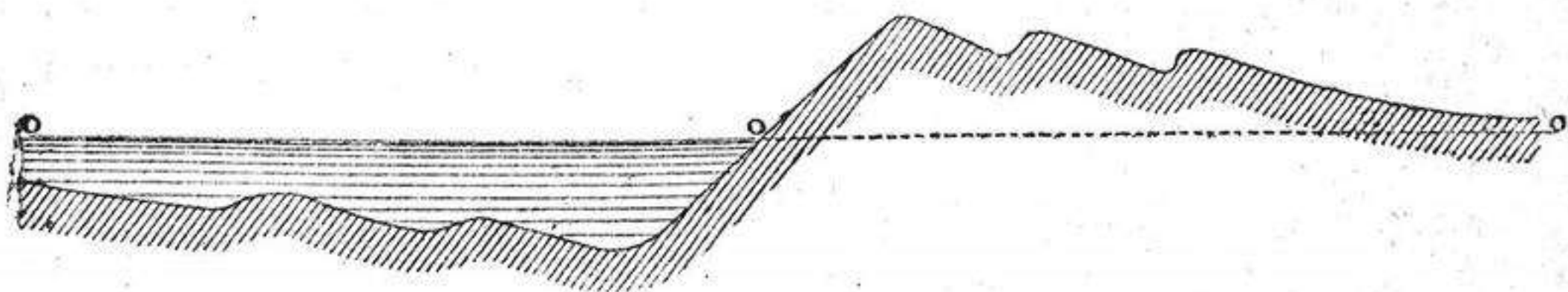


americano nos proporciona otra enseñanza: que la asimetría de las vertientes, en las depresiones marítimas es compensación exacta de la que caracteriza á los pliegues continentales. Toda gran depresión oceánica es ó el pie de una cadena de montañas existente, ó el de una línea de relieve todavía parcial ó totalmente inmersa, como la gran hoya del Pacífico es el pie de la vertiente cuya cresta forman los Kouriles (figura 6.<sup>a</sup>). Las líneas de altura deben, pues, ser consideradas en sí mismas, abstracción hecha del saliente que puedan formar por cima de la superficie oceánica cuya existencia no sirve, bajo este punto de vista, más que para acentuar las depresiones sin crear por eso dos dominios distintos por lo que se refiere al relieve.

Figura 6.<sup>a</sup>

- |                          |   |
|--------------------------|---|
| 1.—Mar de Okhotsk.       | 3.—Máximo de profundidad<br>(8.510 metros). |
| 2.—Isla Urup (Kouriles). |   |
| 4.—Isla Crespo.          |   |

Si pues se consideran simultáneamente los caracteres de las líneas de relieve continentales y oceánicas, se representará su aspecto general por la figura 7.<sup>a</sup> y se dirá: «Toda línea de relieve está constituida por el encuentro de dos vertientes desigualmente inclinadas. La más abrupta se sumerge hacia una gran depresión, habitualmente ocupada por el

Figura 7.<sup>a</sup>



mar, en tanto que la menos rápida baja, en forma de ondulaciones sucesivas, hacia una depresión más ó menos marcada, que á menudo puede conservarse continental. El pie de la vertiente abrupta es la arista en hueco de una intersección inversa de la primera y cuyo talud, de pendiente moderada, se eleva poco á poco hasta las regiones de profundidad media de los océanos.»

¿Queremos saber ahora por qué ocurre á menudo que el pie de una vertiente abrupta estriba en una llanura, en vez de dar frente al mar? Sencillamente porque las cadenas de montañas son de edades muy diversas. Mientras que los Andes, que penetran directamente en las profundidades del Pacífico, son la más moderna de todas las cadenas, los Alpes, separados del Mediterráneo por el Piamonte y la Lombardía, tenían su base bañada por el mar al comienzo de la época pliocena, es decir, inmediatamente después de su primer levantamiento. De igual suerte, los Pirineos han levantado su cresta en la época en que el mar mioceno cubría las llanuras del Mediodía de Francia. De donde se sigue que solamente en el instante que se forma es cuando una cadena de altura realiza la oposición de una cresta continental con una depresión oceánica, y así se verifica, una vez más, este gran hecho: que la complejidad de la geografía actual resulta de una superposición de efectos de fechas muy diversas.

El diagrama de la figura 7.<sup>a</sup> es instructivo bajo otro punto de vista. Representa exactamente el perfil que toma una tela que se mantiene floja, ó una lámina muy flexible cuando los dos extremos que la sostienen se aproximan por efecto de una compresión lateral. En tal caso, el exceso de longitud se reemplaza por un *relleno*, cuya forma más sencilla es la que resulta de la yuxtaposición de dos rebordes, uno saliente y el otro entrante. Por consiguiente, puede decirse que la superficie de la corteza se produce, en sus grandes líneas, como si hubiera estado sometida á poderosas acciones de contracción.

¿Qué hace falta ahora para que esta inducción, sacada del examen de las formas, se convierta en una realidad? Basta que la observación nos muestre en las regiones montuosas



del globo efectos mecánicos que se puedan atribuir á contracciones. Los mismos terrenos que, en los países de llanuras, se presentan en capas horizontales, están, en las montañas, dislocados, plegados y comprimidos de mil maneras, y Mr. Daubrée ha demostrado que no hay ni uno solo de estos aspectos que no pueda imitarse, hasta en el detalle, por medio de la compresión artificial.

Así el estudio atento de las formas del relieve terrestre nos conduce á esta noción, que nos había sugerido el examen de la constitución de la costra sólida, á saber: la noción de una corteza flexible, sometida á un fenómeno de plegamiento progresivo. Nos falta ver si este fenómeno ha sido caprichoso ó ha obedecido á leyes determinadas.

Que existen leyes de esta clase no es posible ponerlo en duda cuando se considera la dirección marcadamente rectilínea de la mayor parte de las cadenas de montañas. Sabido es que dichos alineamientos, observados y erigidos en sistemas por Leopoldo de Buch, han servido de base para los más hermosos estudios de Élie de Beaumont. Pero sin entrar en tales desarrollos, consideremos las cosas bajo un punto de vista general, y concretémonos á la interpretación de los grandes rasgos de la geografía, es decir, aquellos que se resumen en la disposición recíproca de los continentes, ó partes positivas del relieve, y los océanos, ó partes negativas.

Al examinar un globo terráqueo, lo que más sorprende es la concentración de las masas continentales en la zona templada del hemisferio boreal y su escasez en el hemisferio austral, hasta el punto de que éste no abarca más que un tercio de las tierras emergidas. Además, puede decirse que hay tres macizos principales; uno compuesto de ambas Américas; otro comprendiendo el conjunto de Europa y África, y el tercero, formado por el Asia con la Australia como apéndice. Cada uno de estos tres macizos, ampliamente extendido por el hemisferio Norte, acaba en punta hacia el Sur, y está bordeado por dos depresiones oceánicas notablemente dilatadas en el hemisferio Sur, en tanto que terminan en punta hacia el Norte. El Atlántico separa á la América del macizo euro-



peo; este último está aislado del Asia por el Océano Índico, que prolongan la depresión del golfo Pérsico y, más allá, esa zona de tierras bajas que se extiende al pie del Ural, atravesando la Siberia occidental. Por último, entre Asia y América se extiende la inmensa superficie del Pacífico, cerrada al Norte por el estrecho de Behring y ensanchándose constantemente hacia el Sur.

Establecido este primer punto, no puede menos de chocar el contraste que presenta en general el relieve de la tierra en los dos extremos de un mismo diámetro. Casi en todas partes, á un saliente continental corresponde, en los antípodas, una depresión oceánica y recíprocamente. El centro del macizo asiático tiene por antípoda el medio del Pacífico meridional, y al mar del polo boreal corresponde ese continente antártico, cuyos contornos apenas se conocen, pero cuya existencia no parece dudosa, aunque no fuese más que para justificar la extraordinaria acumulación de hielos en este punto del globo. Así, cualquiera que sea la verdadera figura de la parte sólida de nuestro planeta, puede sentarse en principio que esta figura debe estar esencialmente desprovista de centro.

No es esto todo, pues que de un extremo á otro del globo, se extiende una zona de depresión que divide todas las masas continentales. El mar de las Antillas separa las dos Américas. El Mediterráneo se extiende entre Europa y Africa, la depresión pérsica y la de las Indias Orientales entre Asia y Australia. Además, es notable en qué punto la parte de los continentes situada al Sur de esta zona deprimida es arrojada hacia el Este relativamente á la otra. El Africa austral está marcadamente al Este del macizo europeo; la Australia se proyecta al Este del continente asiático, y apenas algunos puntos de la América del Sur están en proyección meridiana bajo la América del Norte.

Tales son los grandes rasgos de la geografía física. Investiguemos ahora si sería posible referirlos á cualquier fórmula simple, imaginando para la parte sólida del globo una figura regular que dé cuenta de estas diversas disposiciones. Á semejante propósito responde bien en nuestro sentir la inge-



niosa concepción de Mr. Lowthian Green, que expondremos para terminar la conferencia.

Imaginemos que la costra del globo posea una forma derivada de la del tetraedro (figura 8.<sup>a</sup>), el primero de todos los

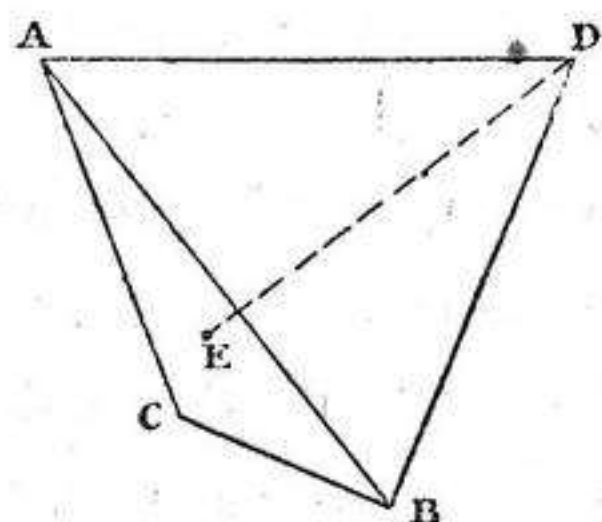


Figura 8.<sup>a</sup>

poliedros regulares. Al pronto debe creerse cosa extraña la asimilación de dicha pirámide de ángulos sólidos tan agudos á una superficie que es sabido se aproxima mucho á la de una esfera perfecta. Pero empecemos por quebrar cada una de las aristas del tetraedro, reemplazando los triángulos equiláteros que le sirven de bases por exágonos. Supongamos después que cada uno de estos exágonos se convierte en la base de una pirámide de seis caras, cuyo vértice está sobre la esfera circunscrita, encima del centro del exágono. Habremos sustituido así al tetraedro primitivo un sólido de veinticuatro caras, el *exaquistetraedro* de los cristalógrafos, cuyos ángulos son menos acentuados. Vayamos más lejos todavía, é imitemos lo que hace la naturaleza en la cristalización del diamante; esto es, en vez de las aristas rectilíneas y de las caras planas del exaquistetraedro, concibamos un sólido cuyas aristas y caras sean curvas (figura 9.<sup>a</sup>). Este sólido

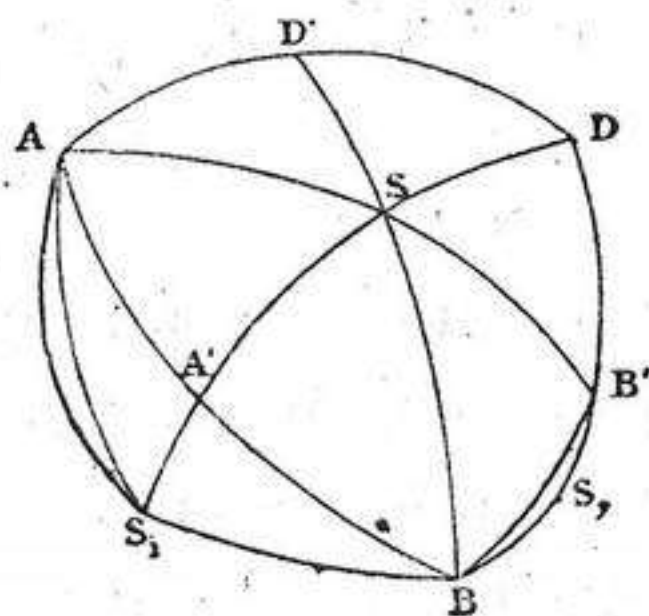


Figura 9.<sup>a</sup>



se apartará muy poco de la figura esférica. No hay contradicción entre la forma real del globo, y el atribuirle una figura derivada del tetraedro.

Descartado este temor, volvamos, para que las cosas aparezcan más de bulto, al tetraedro propiamente dicho, y admitamos que esta pirámide colocada sobre la punta, representa la parte sólida del globo, coincidiendo el eje de rotación de éste último con el eje de los cuatro del tetraedro que se ha colocado verticalmente. Después figuremos el Océano por una esfera cuyo centro esté en el punto en que concurren los cuatro ejes, pero no envolviendo por completo al tetraedro.

La punta inferior de la pirámide saldrá al través de la esfera, como sobresale el continente del polo austral, mientras que la base superior estará oculta bajo el Océano, exactamente como desaparece el globo sólido, en el polo Norte, bajo el mar Ártico. Tres masas continentales, correspondiendo á los otros tres vértices, emergerán, sobre todo en el hemisferio boreal, acabando cada una de ellas en punta hacia el Sur lo mismo que hacia el Este ú Oeste, y hallándose separada de su vecina por un mar que termina en punta hacia el Norte. Finalmente, siendo el tetraedro una figura desprovista, por excelencia, de centro, todo diámetro que termine en un saliente emergido encontrará, por su otro extremo, una depresión sumergida y recíprocamente. De suerte, que el tetraedro da origen, por su intersección con la esfera, á una disposición geográfica del todo análoga á la que se realiza en el globo.

Pero, se dirá, queda la gran depresión mediterránea que no justifica la forma tetraédrica. Para descartar esta objeción basta, como ha indicado Green, que se tome en cuenta la rotación terrestre.

En efecto, admitamos que al comienzo de su formación haya poseído la costra sólida una forma exactamente esferoidal, y que no se haya apartado de ella más que resquebrajándose á medida que aumentaba el enfriamiento. En dicho momento debió aplanarse el polo Norte, abultándose las regiones medias del hemisferio boreal, en tanto que el polo



austral se alargaba en punta, afectando la tierra una forma que puede compararse, exagerándola mucho, á la de una peonza poligonal ó á la de un ovoide deformado, cuando menos. Pero la mecánica nos enseña que si un cuerpo, animado de un movimiento de rotación, se aproxima al eje al rededor del cual gira, es indispensable que su velocidad angular aumente. Esto sentado, las partes australes de la costa, alargándose en huso, según el eje, y aproximándose por consecuencia á este último, en tanto que se alejaban las partes boreales, han debido adquirir, las primeras relativamente á las otras, *un exceso de velocidad hacia el Este*, determinando una torsión del ovoide. El día en que dicha torsión fué lo bastante marcada, se produjo una línea de ruptura, separando las dos partes y dando origen á la gran zona deprimida de las Antillas, del Mediterráneo y de las Indias orientales. Durante este tiempo, toda la porción austral de los continentes sufría la desviación hacia el Este, que acusan las cartas geográficas con indiscutible claridad.

Así es que puede decirse que todas las grandes líneas de la geografía las contiene en germen la hipótesis tetraédrica. Mostremos, para concluir, que esta hipótesis concuerda igualmente bien con las condiciones de enfriamiento de un esferoide. Podríamos limitarnos á recordar con Mr. Green que los tubos cilíndricos, sometidos á experiencias de aplastamiento, toman una sección triangular. Ahora bien; el tetraedro es á la esfera lo que el triángulo al plano, de tal suerte que es muy admisible que el aplastamiento de una esfera pueda dar origen á un tetraedro. Pero es más sencillo y al propio tiempo más decisivo observar que siendo la esfera, entre todos los sólidos regulares, el que encierra mayor volumen bajo la menor superficie, el tetraedro es, por el contrario, entre los sólidos regulares, el que, para un volumen dado, tiene mayor superficie. Se concibe, pues, perfectamente, que una esfera, expuesta por los continuos progresos del enfriamiento á plegarse y arrugarse, tome la figura que le garantiza por más tiempo la conservación de su superficie.

Tal es la hipótesis de M. Lowthian Green. Ofrece la gran ventaja de agrupar todos los hechos geográficos alrededor



de una misma idea simple, y al propio tiempo la de hacernos entrever en el aplastamiento tetraédrico del globo, aplastamiento esbozado desde el principio y acentuado de edad en edad, la causa siempre actuante de la exageración del relieve terrestre. Está, pues, de acuerdo con la geología, que nos muestra, constituyéndose poco á poco, las masas continentales, por asociaciones sucesivas alrededor de núcleos primitivos, en virtud de un fenómeno de emersión que, sin excluir sobre un mismo punto frecuentes alternativas entre el régimen marino y el terrestre, se prosigue, no obstante, en su conjunto con notable constancia.

Permitidme que os deje bajo esta impresión, no para que aceptéis la fórmula tetraédrica como verdad evidente por sí, sino para proporcionaros, á lo menos, un excelente medio mnemónico de clasificar las particularidades de la geografía, refiriéndolas á una causa común. En general, es tanto más fecunda la observación cuanto mejor sabe á dónde va. Cualquiera que sea la suerte que reserva lo porvenir á la concepción que os acabo de exponer, puede afirmarse que, por el momento, es la que mejor logra abarcar las nociones relativas al relieve terrestre, y que, desde luego, parece á propósito para orientar, hasta nueva orden, á los que quieran entregarse á especulaciones teóricas sobre este relieve. No se necesita más, á nuestro juicio, para conceder derecho de ciudadanía á una doctrina científica. Muy olvidadizos de lo que nos enseña el pasado se mostrarían los que á cualquier teoría exigiesen privilegio de infalibilidad. ¡Cuántas hay hoy destronadas que nadie ponía en duda en otro tiempo! Concluyamos, pues, que lo prudente es no pedir á una teoría más que una cosa, á saber: que proporcione medios plausibles para la coordinación de los hechos observados, diciendo de las que lo consiguen lo que el proverbio de ciertas historias:

*si non é vero é ben trovato.*







# DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

---

*Continuación (1).*

18. Siendo hoy día en que se celebra el nombre del Emperador de Austria, todos los buques de guerra anclados aquí izan bandera como de fiesta y hacen el saludo real.

Llega la noticia de que Potenza está pronunciada sin esperar la ayuda de los garibaldinos; que la ciudad se había hecho dueña de la insurrección, y había constituido un Gobierno provisional, que había decretado desde luego que todos los actos oficiales así civiles como militares llevaran este encabezamiento: VÍCTOR MANUEL REY DE ITALIA, JOSÉ GARIBALDI DICTADOR DE LAS DOS SICILIAS.

Telegrafío este acontecimiento á S. E. el Ministro de la Marina.

---

(1) Véase la pág. 414 del tomo anterior.



Veo á los Sres. Visconti Venosta y Finzi, venidos aquí para atizar el fuego, eminentes patriotas ambos y de seria y útil actividad. Me alegro de haberlos conocido.

El General Nunzianta me escribe pidiéndome que le ruegue á nuestro Ministro el Marqués de Villamarina, que vaya á verle en este día á la hora que más le convenga, contando con que él sigue por el momento alojado en la *Constitución*.

Me añade que desea también conferenciar con el General Mezzacapo, en hora distinta de aquella que elija el Marqués de Villamarina. Por último, me pregunta en qué momento podré recibirle á bordo de la *María Adelaida*.—Voy al punto á verle; y se combina su desembarco del modo que creemos más conveniente, para no suscitar sospechas. Le dejo, y me dirijo á casa del Marqués de Villamarina, y después á la del General Mezzacapo, conviniéndose la hora en que uno y otro se trasladarán á la *Constitución*.—Hago yo mismo estas cosas para mayor seguridad del secreto.—Le manifiesto al General Nunzianta que Villamarina y Mezzacapo irán á verle en horas diferentes, y le indico cuáles.

No dilato por otra parte el presentarme á S. A. R. el Conde de Siracusa, para hablarle de la carta, que debe escribir al Rey su sobrino. Consiente al punto, y hasta me permite decirle en qué sentido podría estar concebida. Se esmera después en mostrarme afectuosa cortesía, complaciéndose en conversar conmigo del modo más íntimo, como si se propusiera elevarme hasta sí mismo. Me regala una bellísima estatua de bronce, esculpida por su mano, que representa á Safo en el acto de arrojarse al mar, con pedestal de bajos relieves. Dice que irá á buscarme á bordo y que quiere le tenga por su amigo.—Seré siempre aficionado siervo de V. A. R., le respondo, y añado que contase con mi vida, única cosa que podía ofrecerle en cambio de la benevolencia que se dignaba otorgarme. Estréchame la mano cordialmente, y con su venia me despido.

Voy súbito á ver á Fiorelli, para enterarle de la carta que el Conde de Siracusa había escrito.—Paso en seguida á la oficina del telégrafo y le digo á S. E. el Presidente del Consejo: *Comisión desempeñada. Tendrá curso*.—Vuelvo á entrar á



bordo. Encuentro que ha llegado la *Ichnusa*. Su Comandante me manifiesta que tuvo medio de encontrar al *Tuckery* la tarde del 13; que tropezó con aquel buque, cuando regresaba ya á Palermo, y que hasta entonces no le había entregado á Piola la carta, que debía haberle dado antes. Después me dice que le había suministrado medicamentos y carne fresca, y el auxilio por el momento de su cirujano, pues el *Tuckery* había tenido varios hcridos en el ataque del navío.

Nuestro Ministro, en comunicación de hoy, me acusa el recibo de la carta con que le informaba de la agresión perpetrada contra un oficial subalterno de los tiradores por parte de algunos soldados napolitanos de la guardia; y me notifica que se había presentado desde luego una enérgica protesta sobre el asunto, reclamando pronta contestación.

S. E. el Conde de Cavour me avisa haber ordenado poner á mi disposición una suma no pequeña de dinero, á fin de que me sirviese de ella para promover el pronunciamiento, que debía obligarle al Rey á marcharse. Vuelvo á escribirle al punto, conjurándole á que me libre de semejante responsabilidad y la confíe á otros; añadiendo que yo estaba pronto en verdad á cualquier sacrificio por la causa de Italia y por él, que con tan buen juicio la guiaba á buen puerto; pero que *absolutamente* no podía prestarme al grave oficio de gastar un dinero, del cual no podía recoger los recibos para mi descargo.

19. Se tienen noticias de que la insurrección iniciada en Potenza adelanta á grandes pasos. La Basilicata se ha conmovido, alzando allí el grito cierto coronel Boldoni, patriota á toda prueba, según me asegura el Comité del *Orden*; y debe ser así exactamente, si este coronel es la persona del mismo nombre y grado que tuve la fortuna de conocer desterrado en Génova, en donde llevaba vida retirada, amando á la Italia y manteniéndose alejado de los partidos que querían trastornarla intempestivamente.

S. A. R. el Conde de Siracusa ha venido á verme á bordo. Se detiene en mi cámara conversando conmigo de las cosas del día, y hácelo, según costumbre, de la manera más cortés y familiar. Me da á leer la minuta de la carta que escribirá á su sobrino el Rey, y se complace en preguntarme si está bien.



Le aseguro que sí, y le doy gracias en nombre de la nación, del Rey Víctor Manuel y de su primer Ministro el Conde de Cavour. Me repite que le sangra el corazón por la suerte del Rey, su sobrino; pero que no se puede ya retroceder, y prueba de ello es la sublevación, que cunde sin freno en la Basili-cata entera, aun antes de la llegada de Garibaldi. «Es negocio concluído—exclama,—y no queda que hacer sino sacar provecho de él en pro de Italia.» ¡Bellos sentimientos! Y la Italia debe estarle reconocida. Pero no han de faltarle detractores tremendamente acerbos. ¡Se extremarán sin duda! Pero la historia, á su vez, dirá que él ha hecho cuanto le era dable para salvar á su Rey del inminente desastre, y la carta que le escribió en abril del año corriente dará completa fe de ello. Entretanto, se le debe atribuir como mérito el que, después de persuadido de la inevitable caída de su augusta casa, se haya dedicado á procurar que de ella resulte utilidad á la patria italiana. Somos justos con todos y para todos. Por otra parte, el Conde de Siracusa no trabaja bajo cuerda, sino á la luz del sol, y también merece gran consideración esta franqueza suya. No niego que le profeso grandísimo afecto á este Príncipe; pero el afecto no me estorba para formar juicio, ni podría cegarme en términos de hacerme ver el bien en donde estuviera el mal.

Después de pasar largo rato á solas conmigo, regresa á tierra, permitiéndome que le siga hasta el puente de desembarco en Santa Lucía.

Al volver á bordo le escribo á S. E. el Conde de Cavour el sucinto relato de la carta que el Conde de Siracusa dirigirá por medio de la prensa al Rey su sobrino, y requiero su respuesta por telégrafo.

El comandante Vacca me presenta al capitán de navío Scrugli, que tiene fama de hábil marino. Me manifiesta sentimientos italianos, y lo hace con énfasis original. Vamos juntos á la campaña del abogado Antonio Ranieri, hombre de ingenio preclaro, amigo del General Nunziante, que ama la patria sin exageraciones: gastó con nosotros gran cortesía.

20. S. E. el Conde de Cavour me escribe de su propio puño con fecha 17 del corriente:



«Apreciadísimo Sr. Almirante:

He recibido la suya del 13 del actual. No tengo que darle nuevas instrucciones: me confío enteramente á su sagacidad, á su actividad y á su devoción á la santa causa.

Le incluyo una carta para el Sr. Nisco, que ha trabajado bien. Dígale que en mi correspondencia ha encontrado pruebas indudables de estar yo satisfecho de sus obras.

Los deseos del Sr. Ranieri ya estaban satisfechos. Creo, no obstante, que, mejorándose las condiciones de Nápoles, será bueno que permanezca ahí, ya que tengo sabido que dispone de mucha influencia sobre sus conciudadanos.

Salude á Devincenzi.

Le acompaño algunas cartas para el General Nunziante, que me ha enviado de Génova.—*Make the best of gim.*—  
C. CAVOUR.»

El General Nunziante, que desde ayer se aloja en tierra, me hace saber por carta suya de fecha de hoy, que la corte y la policía saben su llegada aquí con la *Constitución* y conocen sus inteligencias; por lo cual se han dado órdenes severísimas para hacerle fracasar; que él está preparado á obrar y no se dejará inducir al desaliento; pero que le es menester el secreto. Me avisa que tiene prontas las proclamas y que Villamarina opinaba ser el momento oportuno para promulgarlas. Solicita que por los comités se le prevenga al jefe que se halle al frente de las tropas que han verificado el movimiento de Foggia, que se dirija á Nápoles, en donde él se reunirá con dicho jefe á la cabeza de los batallones que se pronuncien primero, á fin de establecer sin tardanza un núcleo de reunión general. Termina pidiéndome que le comunique todo esto á nuestro Ministro el Marqués de Villamarina y á S. E. el Conde de Cavour.

Está bien, pero el secreto absoluto es imposible; que no se mantiene inviolable secreto alguno cuando está en el pecho de muchos. Y si se sabe que el General está en Nápoles y cómo ha venido, sea en buen hora, por eso no nos detendremos, antes procederemos con más cautela, y nada más.

El Ministro Marqués de Villamarina, con carta oficial de hoy me trasmite copia de la respuesta dada por S. E. el Comendador de Martino, Ministro de Negocios Extranjeros, to-



cante á la agresión perpetrada contra el oficial subalterno de nuestros tiradores, acerca de la cual nuestro Ministro había hecho enérgicas reclamaciones. La carta es enteramente satisfactoria, y nos asegura haberse dado órdenes severas, para que no puedan repetirse actos semejantes.

Un telegrama del Conde de Cavour me autoriza á darle dinero á Nisco, si me le pide. No puede aceptar mis instancias acerca del dinero; y la casa *De la Rue* de Génova abrirá en Nápoles un crédito de un millón á disposición mía en la casa del banquero *De Gas*. Espera que el movimiento insurreccional de las provincias provocará el de la capital.

La responsabilidad de este dinero se me echa, pues, encima sin remisión; pero obraré de modo que ni un sueldo pase por mis manos; y así me guardaré de todo inconveniente. ¡Buenos están los tiempos para manejar dinero ajeno, cuando no se respeta la honradez más notoria y los hombres más puros se ven vilipendiados y tratados como sospechosos! No, no. Yo encontraré medio de servir al país, satisfacer al Ministro y librarme de tan escabroso encargo.

Bajo á tierra; me avisto con los señores, con quienes el Conde de Cavour me ha puesto en relación. Las noticias son que la insurrección toma fuerza en las provincias. Opino que dándole un poco de impulso á la población de esta ciudad, propensa á exaltarse por la vivacidad de su fantasía y el ardor de su corazón, se podría lograr que se levantara en masa al grito de *Italia una, Víctor Manuel y Garibaldi*.—Se me contesta que, no habiéndose aún obtenido pronunciamiento alguno por parte de las tropas, la guerra fratricida ensangrentaría las calles de la ciudad; y que esto se debe evitar á toda costa.

Entretanto se sabe que en el real palacio se procura hacer presión sobre el ánimo del joven Rey, para que adopte resoluciones extremas; con lo cual resulta que un movimiento de la población vendría en apoyo de los que desean adoptar los partidos más resueltos, y podría darles pretexto para ponerlos en ejecución: solamente que para remover tal peligro, el Ministro del Interior, Liborio Romano, le dirigió á Francisco II la siguiente carta, que retrata al vivo la situación de



las cosas y absuelve á aquel Ministro de los mayores cargos que se le pudieran hacer:

«Señor:

Las circunstancias extraordinarias en que se halla el país, la situación por extremo grave, traída por los secretos designios de la Providencia, tanto con relación al exterior como al interior, nos imponen ante V. M. los más santos y graves deberes, los cuales nos mandan dirigiros palabras francas y respetuosas, cual solemne testimonio de nuestra devoción á la causa del trono y del país.

Declaramos la situación extremadamente grave. He aquí las pruebas.

Por el concurso de causas deplorables, sobre las que preferimos correr un velo, la gloriosa dinastía, fundada por el magnánimo Carlos III y que se prolongó por ciento veintiseis años hasta V. M. (cuyo corazón es asilo de las más bellas flores de virtudes morales y religiosas), la vemos hoy conducida por la fatalidad de los tiempos y la maldad de los hombres á tal punto que es ya no sólo difícil, sino imposible, lograr remedio, ni restablecer la mutua confianza entre el Príncipe y el pueblo.

Nos limitamos á señalar un hecho social, cuyo juicio pertenecerá á la posteridad y á la historia. ¿Pero qué es lo que ha de hacerse? He aquí lo que juzgamos deber nuestro proponer y aconsejar á V. M.—Que V. M. se aleje por algún tiempo de la tierra y del palacio de sus abuelos, y tenga á bien decir con un acto público las siniestras maquinaciones, que se le atribuyen á la facción, que prevalece en el real palacio.

Nos vemos obligados á reconocer su existencia, y no nos es dable á nosotros, Ministros de la Corona, ni á otros, modificar ó cambiar el sentimiento público; á nosotros no nos queda más que la necesidad dolorosa de revelarlo á V. M. franca y tristemente.

¿Cómo podremos nosotros prescindir de tener en cuenta la expresión universal de pública desconfianza, que nuestra sociedad exhala por todos los poros, y desgraciadamente se infiltra en las muchedumbres, y lo que es más grave, en una parte del ejército de tierra y de mar; es decir, de aquello que fué y será siempre fianza de los tronos y del orden?

Estamos, señor, convencidos firmemente de que no está en nuestra mano ni el modificar, ni el despreciar el público sentimiento, y en efecto, en los tiempos que corren, la fuerza brutal queda impotente, ineficaz, si la opinión pública no la patrocina y corrobora. Mas no es eso todo.



Á los inextricables embarazos del interior, añádese la gravedad de las circunstancias de fuera. Nos encontramos enfrente de la Italia, que se ha lanzado por los caminos de la revolución empuñando el estandarte de Saboya; es decir, apoyada de corazón y con el brazo por un gobierno bastante bien ordenado y representado por la más antigua dinastía italiana. He ahí los peligros, he ahí la amenaza, que fatalmente pesan sobre el Gobierno de V. M.

Por otra parte, el Piamonte no camina ya aislado y sin apoyo. Las dos grandes potencias occidentales, Francia é Inglaterra, extienden, aunque con diverso objeto, su mano protectora sobre el Piamonte. Evidentemente Garibaldi no es sino el instrumento de esta política, hoy por demás prepotente.

Establecidas tales condiciones, examinemos qué camino pueda conducir á la salvación del honor, de la dignidad y del porvenir de la augusta dinastía que V. M. representa.

Admitamos la hipótesis de la resistencia á toda costa.

Confesámosle en primer lugar á V. M., que nos parecen débiles, vacilantes, dudosos, los elementos de resistencia. Á la hora presente no puede contar el Gobierno con la marina real, puesto que se halla (y debemos decirlo francamente) en plena disolución.

No mayor confianza podrá ponerse en el ejército, el cual ha roto los vínculos todos de la jerarquía y la disciplina. ¿Cuál de los jefes militares arrostraría tal responsabilidad? El núcleo de soldados extranjeros al servicio de V. M. no puede inspirar mayor confianza que los soldados nacionales. Recurriendo á él, no se haría sino provocar las sospechas de los soldados del país, de los ciudadanos honrados, y sería esta una amenaza que no aseguraría nada.

¿Quién, pues, de los honrados consejeros de la Corona osaría aprobar la resistencia y la lucha sin otro apoyo que estos tan débiles é inciertos elementos? La lucha, en verdad, haría correr la sangre á torrentes.

Pero admitamos una victoria momentánea del ejército y del Gobierno.

Esta victoria, oh señor, sería una de esas victorias malhadadas, peores que mil derrotas; victoria conquistada á precio de sangre, de muertes y ruina; victoria que sublevaría la conciencia universal de Europa, que llenaría de gozo á todos los enemigos de vuestra augusta dinastía, y que abriría tal vez un abismo entre ella y los pueblos confiados por la Providencia á vuestro paternal corazón.

Mas, después de haber rechazado, según la inspiración de nuestra conciencia honrada, el partido de la resistencia, del



conflicto y de la guerra civil, ¿cuál será el partido prudente, honrado, humano y digno del descendiente de Enrique? He aquí el único que creemos deber proponer y aconsejar á V. M.:

Que V. M. se aleje por algún tiempo de la tierra y del palacio de sus abuelos;

que V. M. invista con una regencia temporal á un Ministerio, que inspire plena confianza;

que V. M. ponga á la cabeza de este Ministerio, no á un Príncipe de la familia real, cuya presencia, por motivos que no queremos investigar demasiado, impediría el restablecimiento de la confianza pública y no sería fiador seguro de los intereses dinásticos; sino más bien ponga V. M. un nombre conocido de todos, un nombre honroso, merecedor de la confianza pública y de la de V. M.;

que V. M., al alejarse de su pueblo, le dirija palabras francas y magnánimas, que den testimonio de su paternal corazón y de su generosa resolución de ahorrarle al país los horrores de la guerra civil;

que V. M. invoque el juicio de la Europa, y espere del tiempo y de la justicia de Dios la vuelta de la confianza y el triunfo de sus legítimos derechos.

He ahí, señor, el partido que debemos y podemos aconsejarle á V. M. con la franqueza de una conciencia honrada.

Abrigamos la confianza de que V. M. no desdeñe consejos respetuosos y sinceros, que tienden á afianzar el honor y dignidad de la dinastía, al par que el orden público puesto en peligro.

Que si por desventura V. M. en su alta sabiduría no estimase deber acogerlos, no nos quedaría otro partido que adoptar, sino el de resignar las elevadas funciones con que nos honra V. M., reconociendo que no gozamos de la confianza soberana.

Nápoles 20 de agosto de 1860.»

Vuelvo á entrar á bordo, le informo de todo á S. E. el Conde de Cavour, diciéndole: que si el Rey, después de la carta del Ministro, no acoge su consejo, está irremisiblemente perdido: lo deseo; mas no puedo negar que este Rey, reducido á tal extremo, me inspira compasión.

21. S. A. R. el Conde de Siracusa me envía una esquila autógrafa concebida de esta suerte:

«Martes 21 de agosto de 1860.

Caro Conde:

Deseo hablaros para un asunto de sumo interés. Os ruego



que, si podéis, vengáis á verme esta mañana misma entre las nueve y las nueve y media.

Vuestro amigo,—LEOPOLDO.»

Me apresuro á ponerme á las órdenes del Príncipe. Tiene preparada la carta para el Rey su sobrino. Me dice que la revolución avanza en las provincias meridionales, afirmándose y propagándose, y que por telégrafo ha llegado la noticia del desembarco sobre el continente, verificado por el General Garibaldi, que ha puesto el pie en Melito, punta extrema al Sur de la Calabria, con 4.500 hombres. Contémplome apenado por su sobrino: tiene buen corazón. Conmovido me despido de él. Quiere que le prometa volver pronto á verle, y me añade que para mí no eran menester peticiones de audiencia, ni anuncios, ni antesalas: que fuese, quiso decirme, como de amigo á amigo. Le expreso mi gratitud por tan cortés deferencia, y me retiro.

Corro á ver á Finzi y á Visconti Venosta. Se resuelve enviarle armas á la revolución, cuyo rumor se oye á espaldas de las tropas napolitanas, que hacen frente al General Garibaldi; y esto se hace para allanarle á éste el camino. Al instante veo también á Nisco y al Marqués de Villamarina, y acordamos desembarcar sobre las playas de Salerno las armas que restan aún de las llegadas con la *Constitución* y el *Tanaro*. Dispongo lo conveniente; y le ordenó al *Tanaro* prepararse á marchar con tal objeto.

Envío el *Authión* al Faro, para que me traiga noticias seguras.

S. E. el Conde de Cavour, por carta autógrafa de 14 del corriente, me autoriza á pedir el reembolso de los gastos de manutención de los refugiados políticos en las naves de la división y otros extraordinarios, que por ventura pudieran ocurrir, y acaba después la carta con esta frase, de la cual deseo hacerme digno: «Tengo entera confianza en V., Almirante; camine y avance hasta tocar la meta.—*Go a head.*»

Tocante al crédito que me ha sido abierto en casa del banquero De Gas, he dispuesto lo que sigue: El dinero que pueda ser menester para la obra, le recogerá el Comité del *Orden* por medio de una petición firmada por el Presidente del mis-



mo y por uno ó más de sus individuos, visada por la secretaria de nuestra legación, y á la cual se pondrá mi *Visto bueno para el pago*; y los pagos se harán por mano del Comité mismo, nunca por la mía. Habiendo proveído de esta suerte á la seguridad de cada uno, me propongo hacer de buen administrador, siendo parco en los *Vistos* para los pagos.

Una lancha del *Governolo* trasporta á bordo de la *Maria Adelaide* dos de nuestros tiradores heridos por una cuadrilla de soldados napolitanos, no gravemente por fortuna. Dirijo las quejas oportunas, y lo hago con tono clamoroso.

Admito á mi bordo al capitán de navío Barone, Marqués de Montebello, dimisionario de la marina real napolitana y que había llegado á ser sospechoso á los ojos de aquella policía: es un antiguo conocimiento mío, hombre apreciable por la nobleza de sus sentimientos.

Habiendo pasado al continente el General Garibaldi, he teleografiado esta mañana al comandante de nuestros buques en el Faro, para que le ordene al *Carlos Alberto* unirse á mí sin tardanza.

Pongo mi *Visto* á una petición hecha por el Comité del *Orden*, según la formalidad convenida sobre la casa de banca De Gas, de mil ducados, y á una partida de cuatro mil á favor del mismo.

22. S. E. el Conde de Cavour, por telegrama que recibo ahora, me manifiesta: que la carta de S. A. R. el Conde de Siracusa, escrita en el sentido que le he indicado, es digna en todo y por todo; que honrará al Príncipe, y que le dé gracias en nombre de Italia. Después me dice que vaya adelante en la empresa, que debe hacer triunfar la causa de la independencia nacional, y que infunda alientos en donde sea menester.

Obraré del modo mejor que esté en mi mano. De todo corazón me pongo á la obra; si no salgo adelante, no será nunca por falta de buena voluntad. Mas, vive Dios, que de un modo ó de otro llegaremos al fin. Ánimo, pues, y adelante. Me traslado al punto á casa del Conde de Siracusa, para comunicarle la parte del telegrama que le concierne. S. A. R. se muestra satisfecho; me dice que le dará curso cuanto antes á la carta y á su publicación por la prensa, y declárase dispuesto á todo



para el bien de Italia. Habiéndome permitido yo rogarle que tuviera á bien favorecerme con uno de sus retratos en fotografía, se empeña absolutamente en darme uno en lienzo al óleo, pintura asombrosa, quitándole de una pared de su estudio, en donde estaba como bello ornamento.

Paso á ver á Fiorelli, para hablarle de la carta de S. A. R. á su sobrino.

Se tienen noticias de que el General Garibaldi ha entrado ayer en Reggio.

Ha llegado el *Carlos Alberto*, y estoy contento de tener á mi lado á Mantica.

Autorizo una nueva partida de cinco mil ducados del Comité del *Orden* sobre la casa de banca De Gas.

23. Envío el *Tanaro* á desembarcar el resto de las armas sobre la playa de Salerno. Al moverse, sufre avería en las máquinas y vuelve á anclar. Le ordeno al *Governolo* asumir aquel encargo. Estoy tranquilo tocante á este buque, por la discreción de su comandante, el Marqués de Aste.

En tierra me avisto con algunos de los nuestros. Nos alegramos con las buenas noticias que á cada momento se tienen del General Garibaldi, y por la ayuda que recibe de la revolución; pero dudamos poder alcanzar que la ciudad se levante con uno de aquellos movimientos solemnes, que obligan á los Soberanos á retirarse; por lo cual se conviene no atenernos tan sólo á aquel expediente, sino tener preparados otros, de suerte que si uno falla, se pueda recurrir á otro. Le entero de ello á Nisco, el cual verá al intento á Liborio Romano y me informará de lo que se convenga. A mi vez informo á nuestro Ministro de estas conferencias, y no las desapruoba.

El General Nunziante me envía una Memoria suya, para que me entere de la misma y la haga llegar á mano de S. E. el Conde de Cavour: en ella se dice que es ya casi imposible un movimiento general, porque Pianell ha cambiado y cambia Jefes y oficiales de los cuerpos; añade que se podrían obtener defecciones; pero que no siendo honroso para él promoverlas, proseguirá las gestiones para el primer intento, si bien con poca esperanza de buen éxito, tanto más cuanto que descubre en el Comité del *Orden* poca confianza.



El *Authión* ha regresado de Messina.—El Conde Albini, que manda nuestras fuerzas en el Faro, me confirma el buen suceso del General Garibaldi en su paso al continente; pero añade que aún quedaban en Sicilia muchas tropas suyas, que tenían orden de unirse á él cuanto antes; solamente que se temía que pudieran á su paso ser atacadas por los buques napolitanos.—Refiéreme además que el comandante de la ciudadela de Messina le había escrito á nuestro cónsul de parte de su Gobierno, que les hiciera arriar la bandera á nuestros buques mercantes, fletados por el Gobierno siciliano.—Sobre ambas cosas me pide instrucciones.

Escríbole al punto á S. E. el Conde de Cavour, que mientras no recibo sus mandatos le envió orden al Conde Albini, para que proteja el paso de las tropas garibaldinas, puesto que era en balde esperar que por su propia iniciativa se resolviese á sostenerlo, y no debía renovarse el hecho del incendio del *Torino*, que podía haberse impedido con uno solo de nuestros buques que se le hubiera puesto al lado. Declaro estar persuadido de que la flota napolitana no haría más que vigilar de lejos la torre del Faro; pero que en todo evento, yo me hallaba pronto á hacer de testaferro ante la diplomacia, por lo cual me permitía repetirle que me atribuyera sin restricción cualquiera culpa que fuera menester, seguro de mi devoción á la causa, al Rey y á él. Acerca de la demanda de hacer amainar la bandera de nuestros bastimentos mercantes, fletados por Garibaldi, le manifiesto que le daba orden por escrito á Albini para que no consintiera, excitándole á desplegar militar firmeza en caso necesario, por lo cual le daba refuerzo enviándole el *Governolo*, al que haría que siguiera el *Carlos Alberto* á su primer aviso. Cumplo también el deber de informar al Ministro del movimiento de los buques puestos á mis órdenes y de los varios encargos dados á sus comandantes. Mas la importancia de mi carta consiste principalmente en la reseña que le hago al Conde de Cavour de ciertas voces vagas que corren en tierra acerca del ofrecimiento que se trataba de hacerme de la dictadura provisional en el caso de que el Rey se viera obligado á dejar á Nápoles, y en el ruego que le hago al Conde, para que si tal caso llega



se conduzca de modo que le sea conferida á Villamarina, pues es necesario á toda costa no perder elemento alguno de fuerza. Le hago presente que de mi cooperación, cualquiera que sea su eficacia, puede estar seguro, en cualquiera situación de las cosas; y que sería muy nocivo correr el riesgo de ver partir á Villamarina, y quedar privados de su cooperación, que es de tanto peso. A esto conjúrole por el bien del país; y me resuelvo á enviar la carta por medio de mi hijo, que es mi ayudante de bandera. Entretanto le anuncio al Conde de Cavour por telégrafo los movimientos y operaciones de los buques, la partida de mi ayudante de bandera y una relación de Villamarina sobre el suceso de los dos tiradores nuestros heridos. Hago que marche sin demora á su destino mi ayudante de bandera.

Mando al *Governolo* salir para Messina, luego que haya terminado el desembarco de las armas, y hágole portador de las instrucciones para el comandante Conde Albini acerca de lo que me había preguntado. Son á saber: rehusar decididamente el consentimiento á la demanda del comandante de la ciudadela de Messina, tocante á hacer arriar la bandera á los bastimentos sardos fletados por el Gobierno siciliano; y llamar la atención sobre la sorpresa que causa tal reclamación, cuando las naves francesas, fletadas por el Gobierno napolitano, mantenían la suya enarbolada, sin sufrir molestia alguna de las fuerzas sicilianas; desplegar sobre este punto, si es menester, actitud guerrera; finalmente, proteger el paso de los garibaldinos al continente, salvando las apariencias en cuanto dable sea.

24. Le ordeno á la *Constitución* echar anclas delante de la playa de Chiaja y ponerse á las órdenes inmediatas de S. A. R. el Conde de Siracusa.

S. E. el Conde de Cavour responde á mi telegrama de ayer lo siguiente:

«No se debilite ahí, ayude los movimientos del General Garibaldi con las naves reales que tiene en el Faro. Si el Rey se va, asuma el mando provisional de todas las fuerzas de mar y tierra. Le he enviado mis órdenes al Marqués de Villamarina, tocante al hecho de los tiradores (bersaglieri).—C. CAVOUR.»



El Marqués de Villamarina me manifiesta de parte de S. E. el Conde de Cavour, que habría sido mejor no dejar bajar á tierra los tiradores.—Con esto le telegrafío lo que sigue:

«Tiradores descendidos á tierra en pequeño número junto con la división que andaba de descanso y de la cual forman parte. Era cosa útil, á fin de que tomaran conocimiento de la ciudad, para el caso de desembarco.—V. E. viva tranquilo, que no seré yo nunca quien le comprometa.»

Me voy á ver al Conde de Siracusa, á fin de anunciarle que había tenido que hacerle marchar al *Governolo* de improviso, para reemplazar en una misión urgente al *Tanaro*, al cual le había sobrevenido una avería en las máquinas; y que por tanto había puesto á su disposición absoluta la *Constitución*, nave de igual fuerza.—S. A. R., angustiado por la casi certeza de no poder lograr su noble intento, me dice que ha enviado la carta á su sobrino el Rey, y que hoy mismo la publicará la prensa.

Integra la trascibo. Hela aquí:

«Señor:

Si mi voz se levantó un día á conjurar los peligros que á nuestra casa dominaron, y no fué escuchada, haced ahora que, présaga de mayores desventuras, encuentre acceso á vuestro corazón, y no sea rechazada por ciego y funesto consejo.

Las ya trocadas condiciones de Italia y el sentimiento de la unidad nacional, agigantado en los pocos meses que siguieron á la caída de Palermo, quitáronle al Gobierno de V. M. aquella fuerza con que se rigen los Estados, é hicieron imposible la liga con el Piamonte. Las poblaciones de la Italia superior, horrorizadas al anuncio de los estragos de Sicilia, rechazaron con sus votos á los Embajadores de Nápoles; y fuimos dolorosamente abandonados á la suerte de las armas, solos, sin alianzas, y entregados al resentimiento de las muchedumbres, que de todas partes de Italia se levantan al grito de esterminio lanzado contra nuestra casa, objeto de la reprobación universal. Y entretanto la guerra civil, que ha invadido ya las provincias del continente, derrumbará la dinastía en aquella ruina suprema, que las artes inicuas de perversos consejeros le han preparado con larga mano á la descendencia de Carlos III de Borbón; la sangre de los ciudadanos, inútilmente derramada, inundará todavía las mil ciudades del reino; y vos, amor y esperanza de los pueblos un día, seréis mirado con horror, como la sola causa de una guerra fratricida.



¡Señor, salvad (que aun estáis á tiempo), salvad á nuestra casa de las maldiciones de toda Italia! Seguid el noble ejemplo de nuestra real pariente de Parma, que al estallar la guerra civil, soltó el vínculo de obediencia de sus súbditos, é hizoles árbitros de sus destinos. La Europa y vuestros pueblos tendrán en cuenta vuestro sublime sacrificio; y vos, señor, podréis levantar confiado la frente á Dios, que premiará el acto magnánimo de V. M.—Templado vuestro corazón en la desventura, se abrirá á las nobles aspiraciones de la patria, y bendeciréis el día en que os sacrificasteis generosamente á la grandeza de Italia.

Cumplo, señor, con estas palabras el sagrado encargo que mi experiencia me impone; y ruégole á Dios que se digne iluminaros y haceros merecedor de sus bendiciones.

Nápoles 24 de agosto de 1860.

De V. M. aficionadísimo tío.—LEOPOLDO, CONDE DE SIRACUSA. »

Júzguese lo que que se quiera, este escrito honra altamente al Príncipe patriota; y es deuda de justicia añadir que procuró siempre con sanos consejos conjurar la ruina de la familia á que pertenece; que al sobrevenir para ella los momentos de prueba, trató de mitigar sus penas; y que cuando desapareció todo medio de salvarla, se aplicó á hacer digna por lo menos su caída.

El Almirante inglés ha recibido hoy un telegrama del Ministro de S. M. británica en Turín, Sir James Lodson, el cual le informa de que gente italiana armada, á la cual se la considera como partidaria de Garibaldi, se había apoderado á viva fuerza de un vapor mercante inglés, el *Orwell*, en el puerto de Génova, y apenas capturado se había hecho á la mar con rumbo á Mediodía; y le advierte que el capitán se hallaba á la sazón en tierra.

Por mi parte estoy profundamente convencido de que el buque fué comprado á peso de oro, y de que todo sucedió con pleno conocimiento del capitán y de los propietarios del mismo.

Entretanto el Almirante dispone del modo más apremiante que sea recuperado, en lo cual cumple su deber; mas no dudo que el hecho resultará averiguado en la forma que yo imagino.



El Sr. Nisco se refugia en la *María Adelaida*, por tener aviso de que la policía le sigue la pista. Al recibir al hombre político tengo el placer de estrechar la mano del amigo.

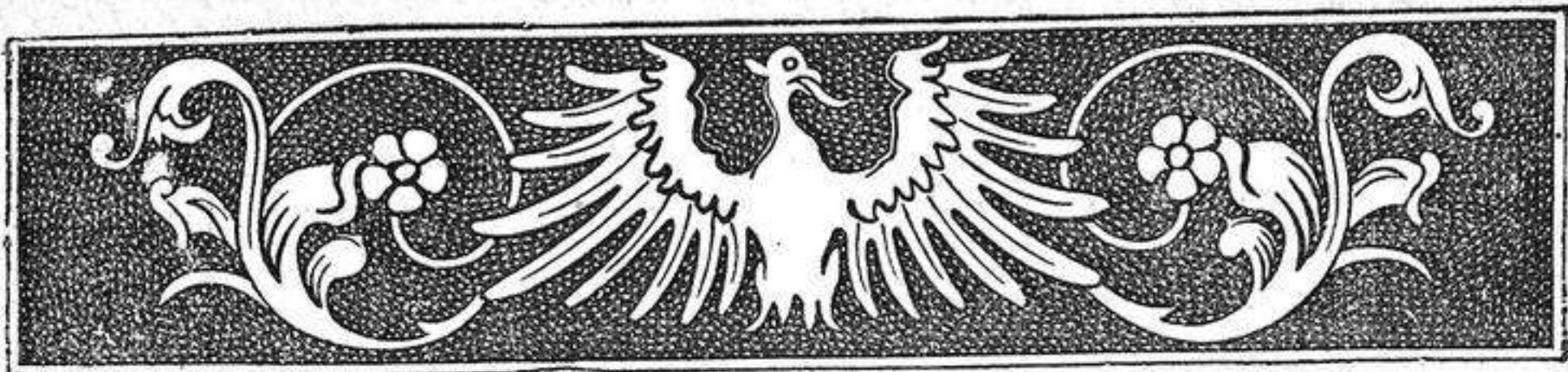
Ha venido á visitarme el célebre novelista Alejandro Dumas, que se encuentra en estas aguas á bordo de una hermosa goleta de recreo de su propiedad. Cambiados los cumplimientos de costumbre, mostróse ardiente partidario de nuestra independencia y unidad nacional; después me refirió que por esta causa había recibido orden de salir del puerto, en donde su nave estaba anclada, y que por tanto había resuelto anclar su goleta en la rada bajo la protección de mi bandera: solamente que aunque yo deseara mucho complacer al ilustre escritor, debía hacerle presente, que teniendo él un Ministro de su Gobierno en Nápoles, y un Almirante, estacionado aquí, de la nación á que pertenece, no sólo estaría fuera de lugar enteramente tal protección mía, sino que también podría serme acaso censurada.—Persuadióse de ello al punto, y nos separamos en los términos más amistosos.

CARLOS MARÍA PERIER.

(*Se continuará.*)







## CURIOSIDADES NATURALES

Y

# CARÁCTER SOCIAL

DE LOS ESTADOS UNIDOS.

---



**S**EÑORITA DOÑA FLORENTINA MERINO.—Estimada y respetable amiga: Hace ya bastante tiempo que tengo contraída con V. y con toda su bondadosa familia una deuda de gratitud que no sé en verdad cómo satisfacer, para que la importancia de la paga no desmerezca, como es obligación de las almas bien nacidas, del valor de las mercedes que me fueron otorgadas.

Cuando visité los Estados Unidos, merecí á V. y á los suyos una serie de atenciones y cuidados, que me sirvieron de mucho para observar con fruto y juzgar con acierto de las personas y de las cosas de aquella nación, á cada momento por todos recordada en Europa, pero á mi entender, muy poco conocida. Desde entonces—¡hace ya de esto ocho años!—nació en mí el deseo de hacer notorios mis juicios y opiniones, tal como la realidad de los hechos me los sugirió, y á este propósito de tan largo tiempo concebido y siempre por mil dificultades aplazado, responden hoy las presentes páginas, que le ruego se digne aceptar como sincero testimonio de mi gratitud.

Conoce V. bien mi imparcialidad, y no debo, por lo tanto, esforzarme en convencerla de que al ocuparme de ese notable país, en el que sus padres adquirieron nacionalidad, no he de



dejarme arrastrar por debilidades ó apasionamientos, que lo mismo pudieran llevarme á un optimismo exagerado, como á un pesimismo injusto. Diré las cosas tal como son, ó, al menos, tal como me han parecido por lo que haya visto ó juzgado, sin que por esto presuma de infalible, ni deje de someter mi humilde opinión á la de los que con más tino, mayor talento y mejor espíritu de observación puedan rectificar mi equivocado parecer ó mis conceptos erróneos.

Por lo demás, y reconociendo que la suprema perfección no es más que un ideal que no han de alcanzar nunca ni los hombres, ni las sociedades, anticipo gustoso desde luego mi opinión, de que las buenas cualidades superan en los Estados Unidos á las malas, de donde nace la simpatía que me inspira aquel país.

Y porque es así, me duelen también más los yerros que los norte-americanos cometen, poniéndose en contradicción con el espíritu eminentemente democrático que ha resplandecido siempre en sus actos, en sus costumbres y en sus leyes. No se explica, en efecto, cómo un pueblo que ha sostenido, para alcanzar la libertad de los negros, una de las guerras civiles más sangrientas que registra la historia, mantenga todavía de hecho, si no de derecho, una ley de castas, que le tiene siempre apartado del hombre de color, hasta un extremo desconocido en Europa, donde si menos republicanos, somos de seguro más liberales con los individuos de aquella raza, á la cual no cerramos ni las sociedades, ni los sitios públicos, ni aun el camino del cruzamiento con los blancos, como sucede en los Estados Unidos, y como lo demuestra el intento, para honra de VV. fracasado, de prohibir por medio de una ley el casamiento entre individuos de la raza blanca y negra, como proyectó hacer la Cámara de representantes de la Carolina del Sur el año 1877.

Tampoco responde á las ideas de aquel *amor fraternal*, fundamento abstergente del apostolado de Guillermo Penn, la ley que prohíbe la inmigración china en ese país, y que ha sido dictada bajo el imperio de una especie de monopolio económico, que podría justificar, tal vez, la incalificable persecución de que es objeto en algunas naciones de nuestra vieja Europa, la raza hebrea, y que yo no acierto á explicarme, tratándose de pueblos que se vanaglorían de ser cristianos.

Intento demostrarle con esto, mi querida amiga, que no he de escasear las censuras donde quiera que halle motivo bastante para formularlas, seguro como estoy de que V. agradecerá esta lealtad de juicio, apreciándola en más que la villana lisonja. Por igual motivo, y con verdadero placer seguramen-



te, he de complacerme en alabar todo lo que de encomio sea digno, mucho más tratándose de un pueblo que, ó mucho me equivoco, ó estima más que otro alguno las insinuaciones de la verdad, cuando la forma es cortés y buena la intención.

He de advertirle también, aun cuando esto ya lo sabe V. de sobra, que nosotros los españoles no damos al vocablo *yankee* la significación un tanto burlesca ó punzante que le dan los ingleses, mal avenidos hoy con el engrandecimiento y poderío de sus antiguos vasallos de la Nueva Inglaterra. Para nosotros vale pura y simplemente dicha palabra tanto como *norte-americano* y la empleamos de preferencia en el lenguaje vulgar ó corriente por ser más breve y gráfica, no olvidando que de ella han hecho VV. un título de gloria, haciéndola servir como de piedra angular de su patriótico himno *Yankee Doodle*, tan popular en los Estados Unidos.

Termino aquí, pues tengo la molestia por grave pecado, este á modo de proemio, deseando, no que lo califique V. de carta de contra-marca que me autorice para piratear en el mar de las investigaciones, sino que lo considere como carta de amparo para obtener la gran benevolencia que para el trabajo todo solicito de V. humildemente, pues no se me oculta que de sobra lo há menester.

Sabe V. que es siempre su verdadero y afectísimo amigo, q. b. s. p.,

JOSE JORDANA Y MORERA.

*Madrid, mayo, 1884.*

## I.

### DE NUEVA YORK Á BOSTON PASANDO POR LOS BAÑOS DE MAR DE LONG BRANCH.

1. **Nueva York.** El *parque central* y el *cementerio de Greenwood*.—2. De Nueva York á Boston. Los trenes norte-americanos. Stamford, Norwalk, Bridgeport y New Haven. Colegio Yale. New London. Los *Ferry boats*. Stonington, Wickford, Newport y Providence.—3. **Boston.** Edificios públicos y establecimientos científicos. Las lecturas públicas. Mistress Woodhull. El panegírico de San Patricio.—4. El célebre cuarteto de Boston y el concertista Thomas. Aptitudes y aficiones líricas de los norte-americanos.—5. **Summer Resorts.** *Long Branch*. Aspecto de los paseos y de la playa. Pasatiempos de los bañistas.

1. Era el verano de 1876. Encontrábame entonces en Nueva York, y mi impaciencia por visitar las localidades más



notables de los Estados Unidos era grande, familiarizado como estaba ya con la estructura, si así puede decirse, de aquella gran metrópoli; por cuyo patrón, según ví después en algunas ciudades y según afirman los que han visitado las demás que yo no he podido ver, están cortadas todas las de aquella poderosa y joven nación. Así y todo, la impresión que deja en el ánimo la grandeza y colosales proporciones de los edificios, la enorme suma de los capitales que allí se entregan al trabajo y á la especulación, y las esplendentes formas de la naturaleza en todas sus manifestaciones, dura mucho tiempo, y aun tengo para mí que su recuerdo se graba indeleble en la memoria cuando, de regreso á la madre Patria, se comparan aquellas cualidades con la pequeñez de nuestras poblaciones, la limitación de ciertos fenómenos y accidentes naturales de nuestro continente, y la parvedad de nuestra riqueza. Por más que nuestro orgullo se resienta, é invoquemos á todas horas, cuando de esto se trata, la alcurnia y prosapia de la vieja Europa, es lo cierto, que hoy por hoy, y abrazando en conjunto todos los elementos en que descansa la civilización, las naciones europeas, con muy pocas excepciones, son, respecto de los Estados Unidos, lo que el enano al gigante, lo que el viejo decrepito al joven robusto; ciencia y esfuerzo decadente, al lado del saber y del empuje más vigorosos; sociedades que marchan á su ocaso, junto á un pueblo que se halla en los albores de la vida. No aciertan, seguramente, los que de otro modo piensan.

Dí mis últimos paseos en la metrópoli norte-americana por el *Central Park* y por el hermoso cementerio de *Greenwood*. La belleza del paisaje, la frondosidad de los árboles, la extensión de las praderas, la linda perspectiva de los lagos, la riqueza de los edificios de todas clases y las construcciones de adorno embellecidas con una verdadera profusión de estatuas, grupos, pedestales, asientos y guarniciones, hacen del parque central uno de los sitios más agradables para esparcir el ánimo y gozar de las puras impresiones de la naturaleza. De su capacidad se puede juzgar recordando que mide en junto 347 hectáreas, de las cuales, 57 están ocupadas por el ciclópeo acueducto y depósito de aguas de Croton, que surte á la ciudad.



Al lado de este colosal estanque, construído bajo la base de una solidez admirable, los depósitos de agua del Canal de Lozoya en el Campo de Guardias de Madrid son verdaderos pigmeos. Los paseos para la gente de á pie, los jinetes y los carruajes, miden en conjunto una distancia de 69 kilómetros, ó sean unas doce leguas próximamente.

La literatura, las ciencias, las artes y el comercio están glorificadas allí por soberbias estatuas erigidas á los hombres más notables: Walter Scott, Schíller, Shakespeare, Humboldt, Guttemberg, Lincoln, Irving y muchos otros han obtenido en aquel lugar los honores de la inmortalidad en soberbias representaciones artísticas. Morse, el inventor del telégrafo de su nombre, tiene también allí una estatua erigida antes de su muerte, como tributo pagado á la aplicación de una ciencia que tantos adelantos ha hecho en los Estados Unidos y que tantos bienes ha reportado á la humanidad.

Conjunto de maravillas del arte y de la naturaleza, es á su vez el cementerio general de *Greenwood* (Selva verde), cuatro veces más grande que el famoso del *Père Lachaise* de París, puesto que abarca una extensión de 182 hectáreas. Los paseos de toda clase suman una longitud de 27 kilómetros, que equivalen á unas cinco leguas poco más ó menos. En esta vasta necrópolis, la mayor del mundo, donde todo respira paz y serenidad, la belleza de los monumentos mortuorios, las humildes losas funerarias, las flores, los árboles, los bosquetes, los lagos, las colinas, los valles, las perspectivas y los accidentes pintorescos se suceden sin interrupción, formando el más grandioso conjunto de la riqueza, la piedad y la hermosura que haya podido concebir la mente en parte alguna, bajo la presión de la idea de la inmortalidad del alma. Aquel mágico lugar, mansión de reposo y beatitud, parece que atrae al hombre, ejerciendo sobre su espíritu una influencia avasalladora.

Los que, cansados de las agitaciones de todo género que trae consigo siempre la visita de una populosa ciudad, deseen calmar las exaltaciones de su imaginación, los impulsos del ánimo y las exigencias de las pasiones, deben visitar, antes de dar el último adiós á la que aún se llamaba hace poco más de un siglo «ciudad de las Colinas» (*Hill's City*), el cemente-



rio de *Greenwood*, seguros de que sentirán en su alma las dulces impresiones de esa inefable paz que hace siempre más soportables las desgracias de la vida y menos temible la idea del reposo eterno.

2. De Nueva York á Boston, tomando la línea de la costa (*shore line*) que pasa por Providence, hay una distancia de 371 kilómetros, en cuyo trayecto emplea el tren de siete horas y cuarto á nueve horas, según sea la clase de las expediciones. La mayor velocidad de los trenes norte-americanos sobre los españoles, aparece aquí bien comprobada, puesto que andan aquéllos de 41 á 51 kilómetros por hora, mientras que los nuestros, sacando la cuenta por los trenes rápidos ó *express*, que es el caso más favorable, sólo recorren en igual unidad de tiempo unos 34 kilómetros en la línea del Norte, y 38 en las de Andalucía y Portugal. En cuanto á las tarifas de pasaje, la diferencia es muy escasa respecto á los vagones ordinarios, no sucediendo lo mismo con los departamentos de lujo, que son mucho más baratos y mejores en los Estados Unidos que en España.

El espectáculo de un gran tren norte-americano, cuando se ve por primera vez, no deja de causar cierto asombro. Aquellas enormes locomotoras con sus *arrojavacas* por delante, sus chimeneas de tolva, sus grandes campanas en vez de silbatos, sus casillas de gruesos cristales para resguardo de los maquinistas y fogoneros y sus juegos de cuatro pares de grandes ruedas, tienen algo de imponente y majestuoso. No es menos sorprendente la estructura y proporción de los vagones de los pasajeros, abiertos sólo por los extremos, puestos en comunicación unos con otros por medio de puentes de hierro y provistos á uno y otro lado de una serie de quince ventanas, que corresponden á una longitud total que casi duplica la de los coches de nuestras líneas. Los carruajes salones (*Silver Palace Cars*) y los de dormir (*Pullman drawing room and sleeping cars*) son aún más grandes y constituyen los departamentos de lujo. Cuéntanse en ellos diez y ocho ventanas á cada lado y van montados sobre seis pares de ruedas. En las líneas que parten de Chicago hacia el Oeste, hay coches-comedores (*Dining-Cars*) y coches con butacas



de respaldo movable (*Reclining chair Palace Cars*), último refinamiento de la comodidad y bienestar. Todos estos vehículos están decorados con gran lujo; se iluminan de noche con soberbias lámparas colgantes de un gusto exquisito, y todos tienen en sus extremos limpios y suntuosos lavabos, desahogados retretes y saloncitos de fumar.

Con estos medios, y por lo tanto, con muy pocas incomodidades se viaja por las líneas férreas de los Estados Unidos. Corteses y atentos, si no en la forma, por lo menos en el fondo, los norte-americanos guardan mucha compostura, ocupan silenciosamente sus puestos, que raras veces abandonan como no sea para comer ó fumar, observan, discurren y callan, no molestan á nadie con miradas ni preguntas indiscretas y parecen preocuparse muy poco de lo que hagan ó piensen los demás. Este modo de portarse desagrade un poco al principio á los extranjeros, que como nosotros no comprenden la compañía sin la comunicación de ideas y una animada conversación; pero poco á poco se va uno familiarizando con aquella sociedad silenciosa, acabando por encontrar muy aceptable y sobre todo exento de ciertas desagradables contingencias, lo que al principio le pareciera insoportable tormento.

De cuando en cuando cruzan el pasadizo central de todos los coches vendedores ambulantes de periódicos, libros, dulces, frutas y tabacos, cuyos objetos ofrecen sin detenerse y anunciándolos con el menor número de palabras posible. En cuanto á los libros y revistas, suelen dejarlos en los asientos para que los hojeen los pasajeros, recogiénolos después, si no se los compran, al desandar el camino momentos antes emprendido.

Entrada la noche, y á la hora marcada, los camareros transforman el salón en dormitorio, por procedimientos mecánicos de gran sencillez; aparecen entonces dos hileras laterales de dos pisos de camas, separadas por tabiques en los extremos y cubiertas por cortinillas movibles por la parte del pasillo central; toma cada cual la *litera* que le corresponde, y á poco rato, sin que el menor ruido haya venido á turbar el sosiego general, reina en todo el departamento la paz y la quietud propia de los dominios de Morfeo.



No me propongo describir en el presente bosquejo las ciudades que visité durante mi corto viaje. Cuanto diga de ellas aquí, serán sólo brevísimas indicaciones de sus rasgos más característicos apuntados como antecedente preciso para ocuparme de los lugares donde las bellezas de la Naturaleza ostentan sus más primorosas galas, despertando con ello la curiosidad de los viajeros y de los hombres de ciencia. Por lo demás, fácil le es á cualquiera que lo desee conocer los grandes centros de población de los Estados Unidos, echando mano de las numerosas guías y manuales (*Guides and Handbooks*), que de esta materia se ocupan. Haré sólo, por lo tanto, respecto á mi rápido viaje de Nueva York á Boston y otras ciudades, ligerísimas indicaciones.

Saliendo de la primera de aquellas poblaciones, y después de pasar por William's Bridge, donde entroncan las líneas férreas del Harlem y New-Haven, se encuentra Stamford, lindo pueblecito donde poseen elegantes moradas los comerciantes más ricos de Nueva-York; sigue luego Norwalk, punto de empalme con la línea de Danbury, y Bridgeport, célebre por las grandiosas fábricas de máquinas de coser de las casas *Wheeler and Wilson* y de *Howe*, como también por los talleres de carruajes, que son los más grandes de todos los Estados Unidos. Se llega después á New Haven (Estado de Connecticut), situada en la desembocadura del Quinnipiack, linda población cruzada por largas calles rectas y llanas, plantadas de frondosos olmos, á los cuales debe el calificativo de *Elm City*, con que se la suele designar por la gente del país. Muchos de estos hermosos árboles fueron plantados en el siglo pasado por el célebre poeta James Hillhouse, que obedeció en esto al espíritu, en cierto modo pastoril, que tanto distingue á los pueblos del Norte de Europa y que los puritanos y cuáqueros primero y más tarde los modernos emigrantes, llevaron á América, donde se conserva todavía, formando uno de los rasgos característicos del pueblo *yankee*, apasionado por naturaleza del arbolado de adorno y sombra en sus poblaciones y en sus grandes parques.

Su mayor celebridad la debe New Haven al colegio Yale, creado en 1700 y considerado hoy como la segunda Univer-



sidad de los Estados Unidos. Tiene anejas las escuelas de Medicina, Derecho y Teología, y posee una gran biblioteca y ricos museos. El edificio es grandioso, y de aquel establecimiento han salido y salen aún los hombres de más saber del país, ejerciendo, por lo tanto, un gran influjo sobre la educación científica de los Estados Unidos. Su rival es la Universidad de Harvard, que, á una legua de Boston, existe en Cambridge, población del inmediato estado de Massachussets, notable además por haberse montado en ella la primera imprenta de los Estados Unidos, por su afamado observatorio astronómico y por haber estudiado en aquel centro de enseñanza muchos de los hombres políticos y científicos que más han descollado en aquella nación.

Saliendo de New Haven se cruza el río Connecticut por un hermoso puente y se llega muy pronto á New London, situada en la orilla occidental del río Thames, á una legua escasa de su desembocadura. En el puerto suelen estacionar muchos barcos que se dedican á la caza de focas y á la pesca de la ballena y bacalao. Los trenes pasan aquí al otro lado del Thames en un *Ferry boat*, nombre que se da en los Estados Unidos á los grandes barcos que sirven para cruzar los ríos caudalosos. Un *Ferry* es respecto á nuestras *barcas de paso*, lo que un navío de tres puentes á una cañonera, una gran estación de ferrocarril ambulante, donde con las separaciones necesarias, se acomodan los viajeros, los vagones, los carruajes ordinarios y las caballerías, conteniendo además salones especiales para las señoras, plataformas para los fumadores, retretes, y en algunos de ellos comedores ó despachos de comestibles. Estas distribuciones exigen, además de una capacidad muy grande, disposiciones especiales en la construcción, cuya novedad de formas choca bastante á los europeos. En su conjunto, prescindiendo de la obra muerta, aseméjase un *Ferry* á un gran edificio cuadrilongo, con uno, dos ó más pisos, que también los hay de esta altura, especialmente en el Mississipi, rematado por una torrecilla donde se aloja el piloto que establece el rumbo, mediante la oportuna comunicación con el conductor de la máquina, asentada en la parte inferior y central de la embarcación.



Cuando aquella inmensa mole, atestada de personas, animales y vehículos, se pone en movimiento, parece como que se arranca de cuajo una pequeña población y se traslada, por arte de encantamiento, á gran distancia, sin que ninguno de los trasportados se dé cuenta del hecho.

Poco más de un cuarto de hora tarda el tren en recorrer la distancia que separa á New London de Stonington, pequeña población, de la que parte una de las líneas diarias de vapores de Boston á Nueva York. La estación inmediata á Stonington es la de Wickford, de donde salen los vapores que hacen la pequeña travesía de Newport (Estado de Rhode Island), uno de los puertos militares más importantes de los Estados Unidos, en cuya construcción se han gastado más de dos millones de dollars. Las soberbias fortificaciones que defienden este puerto, verdadero Gibraltar norte-americano, puede decirse que son inexpugnables. De aquí, y en el breve espacio de treinta y siete minutos, llegan los trenes rápidos ó especiales á Providence, hermosa ciudad del Estado de Rhode Island, que es la segunda de Nueva Inglaterra en población y riqueza. Considérase esta población como el mercado más grande de todo el país para las telas de algodón fino ó quimones, de las que se fabrica una cantidad fabulosa. Hay también grandes fábricas y talleres de orfebrería, ferretería y maquinaria. El viajero contempla en esta ciudad, con respetuosa admiración, el lindo monumento de granito rematado por cinco estatuas de bronce, erigido por el Estado á la memoria de los voluntarios de Providence que murieron en la última guerra civil.

3. Boston, la patria de Benjamín Franklin, es la estación que, después de Providence, pone término al viaje de que tan brevemente me vengo ocupando. Esta ciudad, con sus calles tortuosas y estrechas en la parte antigua, y las muy anchas y rectas de los barrios nuevos, presenta cierto carácter de desemejanza, no desprovisto de atractivo, respecto de las demás grandes poblaciones de los Estados Unidos. Sus edificios públicos son suntuosos, descollando, entre otros, la casa del Gobierno (*State House*), la casa consistorial (*City Hall*), la Aduana, la casa de Correos, el templo masónico, la cate-



dral católica, y sobre todo, sus estaciones de ferrocarriles, no tan grandes tal vez como algunas de las de las principales ciudades de la Unión; pero indudablemente más lindas y mejor distribuídas y acomodadas para las necesidades de los viajeros.

De los establecimientos científicos de toda clase, hay que hacer mención aparte, porque á ellos debe Boston el dictado de las *Atenas* del nuevo mundo, como con mucha razón la denominan propios y extraños. Su famosa sociedad de Historia natural se desarrolló con un legado de 200.000 dollars que á su favor dejó el filántropo doctor W. I. Walker. Museos de bellas artes, sociedades históricas y literarias, colegios científicos, escuelas normales y de enseñanza elemental, de toda clase de establecimientos dedicados á la instrucción, posee la capital del Estado de Massachussetts, la más importante de las que constituyen la Nueva Inglaterra. Sus bibliotecas públicas guardan un tesoro inmenso de libros y documentos. La mayor de todas, fundada en 1852, tiene en sus estantes 300.000 volúmenes y 100.000 folletos, figurando entre sus colecciones la de libros en español y portugués, que perteneció al famoso Ticknor. Los gastos anuales de este establecimiento ascienden á 75.000 dollars.

Con lo dicho basta para comprender por qué Boston es el emporio de la cultura norte-americana. Sus habitantes se distinguen por un tinte de cortesía algo superior al del resto del país, y aún no hace mucho, reflejándose este espíritu en las costumbres populares, las autoridades municipales prohibían el fumar en las calles más céntricas, rindiendo con esto un tributo de inusitada consideración al público en general, y muy particularmente al bello sexo, objeto en los Estados Unidos de extremadas atenciones y cuidados.

Uno de los auxiliares más poderosos de la instrucción, y como tal más generalizado en aquel país, son las conferencias y lecturas sobre toda clase de temas, religiosos, científicos, literarios, económicos y sociales. Suelen estar muy concurridas estas reuniones, en las que por lo general se fijan precios no muy bajos á los billetes de entrada, siendo casi siempre mayor el número de mujeres que el de los hombres que acu-



den á estos actos. La concurrencia guarda mucha compostura, y da siempre muestras del mayor respeto, cualesquiera que sean las opiniones é ideas de los disertantes. Yo he asistido á una *lectura* dada por la célebre Victoria C. Woodhull, defensora del amor libre y directora de un periódico en Nueva York, en la que quejándose de la escasa educación que recibe la mujer, y de la hipocresía de las costumbres, aseguró que la prostitución ha hecho en los Estados Unidos más de doscientas mil víctimas, y que semejante vicio estaba sostenido, en primer término, por los casados y los ricos, lo cual es, á la verdad, poco lisonjero para los *yankees*, que hacen gala de una severa austeridad. Mistress Woodhull, de bella figura, de elegante porte y de fácil y elocuente palabra, fué muy aplaudida por el auditorio, complaciéndose muchos en recordar el modelo de paz y fidelidad conyugal que á todas horas presentaba su hogar doméstico, de donde se infiere que la disertante obraba á impulsos de una profunda convicción y de un noble espíritu de reforma social, no tan desatinado, tal vez, como al pronto se pudiera creer.

Por lo demás, la linda abogada del bello sexo, juzgada tan sólo por su oratoria, traía más bien á la memoria las dotes de viril persuasión de Mad. Rolland, que las demagógicas y anárquicas declamaciones de Luisa Michel, y si no levantó tempestades con su palabra—cosa difícil á la verdad cuando se trata de auditorios como los de aquel país,—seguro es que más de algún concurrente adquirió allí la noción de cuestiones importantes, que pueden dar lugar, andando el tiempo, á reformas sociales de gran trascendencia.

Como muestra de sin igual tolerancia puedo citar también el caso de un panegírico de San Patricio, pronunciado por un célebre abogado protestante, en una función celebrada por los irlandeses de Filadelfia, á la cual asistí, y cuyos productos se destinaban al socorro de unas monjas franciscanas. Ni el orador tuvo empacho en emplear su gran talento en honra de un santo católico, ni á los católicos (católicos irlandeses, que es cuanto se puede decir en cuestión de fanatismo) les pareció mal acudir á un heterodoxo para poner de manifiesto las virtudes y santidad de su excelso patrono.



Sentados estos hechos, saque desde luego el que quiera, comparando países con países y costumbres con costumbres, las consecuencias que de los mismos se desprenden.

4. Y dejando ahora el tema de las intolerancias ó condescendencias religiosas, para pasar de un salto á la cuestión del arte musical, justo es que no omita el recuerdo del famoso cuarteto *Temple Quartette Club*, una de las maravillas de Boston, no pensada ni soñada ciertamente por ningún *diletante* europeo. En las composiciones á voces solas, de suyo muy difíciles, no puede darse nada más perfecto, en cuanto á afinación, ajuste, armonía y pureza de notas. Otro tanto puede decirse de las piezas ejecutadas por la orquesta del célebre concertista Thomas, el más popular de todos los maestros directores en los Estados Unidos. Este artista no interpreta *nunca* más que música clásica; es en esto de una severidad inflexible, y la habilidad de sus músicos es tal, que bien puede decirse que las composiciones de aquel género no se han oído en parte alguna, ni pueden oírse mejor que cuando caen bajo la dirección de la admirable *batuta* de aquel preceptista infatigable. Pero esto no es decir que la delicadeza del arte musical haya penetrado en el espíritu del pueblo norte-americano, formando parte de su ingénita condición, como sucede por ejemplo en Italia y en algunos otros países europeos, no; antes al contrario, la mayor parte de los *yankees* carecen de aquel gusto exquisito que la música exige para generalizarse, faltándoles en este punto instrucción artística y delicadeza de oído, efecto sin duda de la precocidad con que se desarrolla en los hombres la afición mercantil, que viene á constituir para ellos el único fin de sus aspiraciones y el más vehemente anhelo de la vida toda. La mujer, de suyo más sencilla y delicada, cultiva un tanto el arte musical, demostrando en él buenas aptitudes, pero no puede sustraerse á la atmósfera de indiferencia que le rodea, y hace por lo tanto escasos progresos. El cuarteto bostoniano y la orquesta de Thomas son excepciones que sólo sirven para demostrar que los norte-americanos son capaces de todo cuando toman las cosas con empeño, pero la poca estabilidad de los grandes cantantes europeos en las ciudades más ricas y populosas de aquel país, y el escaso,



por no decir el negativo contingente con que los Estados Unidos contribuyen á la formación de la lista de los cantantes más reputados en el arte lírico de ambos continentes, prueba á la verdad, que su educación musical está todavía bastante atrasada. Dentro de este grado de atraso, la colonia alemana es la que de ordinario suele manifestar tendencias más elevadas, entregándose con cierto deleite á la contemplación de las obras melódicas, afición que ha trasportado de las orillas del Rhin, cuyos recuerdos no acaban de borrar las auras de la patria adoptiva.

En la representación de una de las mejores óperas de Meyerbeer, he visto yo en el primer teatro de Filadelfia, á una señorita y á un caballero alemanes, seguir paso á paso y marcando el compás, la *partitura* entera de la ópera, que tenían abierta y colocada sobre las rodillas; pero en cambio he visto también en este teatro ejecutar *La Estrella del Norte*, del mismo compositor, y dejando pasar desapercibidas las bellezas musicales de esta excelente obra, aplaudir el público furiosamente las evoluciones militares de las comparsas de soldados y reclutas, haciendo suspender el canto, y obligando á aquellos artistas semimecánicos á repetir sus marciales evoluciones. El entusiasmo del auditorio tuvo digno remate al obtener que se levantara el telón, para admirar y aplaudir hasta caérsele las manos, el..... efecto sencillamente *plástico* del cuadro final, como si se tratara de un baile de espectáculo ó de alguna representación de *cuadros vivos*. Esto pasaba en el coliseo más culto de aquella ciudad, ante un público singularmente escogido y bajo la impresión que en los espectadores debía producir la excelente ópera de aquel afamado maestro. ¿Qué se puede pensar y qué se debe deducir de estos elocuentes hechos?

El género de música que más apasionados tiene en los Estados Unidos, constituyendo el máximum de la cultura lírica en la generalidad de las gentes, son las baladas, romanzas y canciones melódicas, de sencilla estructura, endeble instrumentación y pobre tema, más armónicas que sentidas, comunes en los teatros de *minstrels* (cantores), donde son ejecutadas por hombres solos, pintados de negro para remedar á los de color.



Uno de ellos lleva la voz cantante y repiten los demás á coro la glosa ó estribillo. Esta canturia—que de tal se puede calificar—no suele tener accidentes ni efectos dramáticos; se reproduce en ella la misma composición en cada estancia poética, y se hace notar por una gran languidez, que á veces raya en monotonía. Los cantantes exageran algún tanto el sentido y el ritmo, alargando desmesuradamente el compás en algunos períodos y haciendo al final larguísimas *fermatas*, que no son, en verdad, del mejor gusto. Es éste, con escasas variantes, el mismo género y estilo que está en boga en los templos para la ejecución de los himnos religiosos, determinando un período en la educación musical que apenas si rebasa los límites de la infancia del arte.

Por lo que hace á los artistas, atentos siempre á las exigencias de la profesión, estudian á conciencia sus piezas, cantan con seguridad y no carecen de buenas cualidades vocales, llegando con esto á adquirir una envidiable reputación y no menguado provecho.

Para concluir con estos ligeros juicios de aptitudes musicales, sobre cuyo tema no he de volver más en el curso del presente trabajo, diré, como resumen y de completo acuerdo con uno de los críticos más discretos que de ello se han ocupado, que, «sin negar á los anglo-americanos la aptitud necesaria para cultivar la música con fruto, parécenos, sin embargo, que el gusto por aquel arte está entre ellos muy distante del refinamiento que llegó á adquirir en otros pueblos,» y que su popular canción *Home, Sweet Home* (1), el más dulce y tierno de sus cantos populares, tal vez deba estos atractivos al origen siciliano que se le atribuye por los inteligentes.

- 
- (1) *An exile from home, splendor dazzles in vain;  
Oh! give me my lowly thatched cottage again;  
The birds singing gayly, that came at my call;  
Give me them, with the peace of mind, dearer than all!*

Esta bella y tierna poesía ha sido traducida por el crítico antes aludido del modo siguiente:

No deslumbra al desterrado  
El mundanal esplendor;



5. Establecidos como de pasada estos juicios, en los cuales pido á Dios que la vanidad de europeo no me haya hecho recargar demasiado las tintas del cuadro que bosquejado queda, vuelvo á mis correrías, y antes de regresar á Nueva York con objeto de tomar la línea de Filadelfia y Wáshington para pasar revista, más al Sur todavía, á una de las bellezas naturales más imponentes de los Estados Unidos, la *caverna del Mammoth* en el Estado de Kentucky, haremos un pequeño alto en los baños de mar frecuentados por la sociedad más distinguida del país; la *high life*, como dan, en decir los que se precian de conocer la moderna *germanía* de los salones y del *mundo elegante*.

Los norte-americanos llaman á las poblaciones donde acuden las gentes á tomar los baños de mar, y en general á todos los sitios de verano, *Summer Resorts*. Estos lugares de *cita veraniega*, que esto es lo que dichas palabras significan, suelen estar muy concurridos, siendo los preferidos Long Branch, en primer término, y después los de Cape May y Atlantic City, por lo que hace á los Estados más ricos y florecientes de la costa del Atlántico. Las clases más ricas é ilustradas, los altos funcionarios y el cuerpo diplomático, en una palabra, la flor y nata del país, suele dar la preferencia á la primera de aquellas localidades, que dista muy poco de Nueva York. La playa es extensa, llana y despejada, y hay allí lindos paseos para carruajes que se extienden por las colinas que á algunos kilómetros del mar accidentan el horizonte paralelamente á la costa. La concurrencia en el mes de agosto sobre todo es numerosísima, bastando apenas sus hermosos y grandes hoteles ajustados á una capacidad de más de veinte mil huéspedes, y sus numerosas casas de campo (*cottages*), á alojar á los bañistas que allí acuden.

---

¡Oh! volvedme mi cabaña,  
Mi pobre, oscura mansión,  
Las aves, cantando alegres,  
Que acudían á mi voz;  
Volvedme la paz del alma,  
Que esa es la dicha mayor!



A la caída de la tarde, cuando el sol comienza á ocultarse en el horizonte, el paseo de la playa de Long Branch, con el inmenso concurso de los que discurren á pie y con el torbellino de los lujosos carruajes que cruzan en todas direcciones, y en los que las bellas y elegantes damas anglo-americanas lucen el esplendor de sus gracias y la fastuosidad de sus galas, presenta, á la verdad, un golpe de vista encantador. Mayor fascinación, si cabe, ejerce sobre el espíritu el aspecto de la playa durante la noche, cuando al dulce arrullo de las murmurantes olas, bajo el efecto mágico de un cielo de azul purísimo, tachonado de refulgentes estrellas, y matizado por las caprichosas tintas de ligeros celages, cuyos armónicos tonos se niega la pluma á describir y el pincel á retratar, aparece el dulce astro de la noche, esplendente y rico de luz y vida, bañando con sus plateados rayos la juguetona y fosforescente superficie del mar y haciendo destacar con cierta indefinible languidez las sombras ondulantes de los distintos grupos que acá y allá forman ora los concurrentes que en agradable solaz pasan las horas en grata conversación, ora las parejas solitarias que tomando por testigo á la *casta diva*, renuevan sus promesas y juramentos de amor. El cuadro encierra, á la verdad, un tesoro de poesía, tal vez prodigado con demasiada liberalidad por la naturaleza en un país en donde no halla de ordinario, como sucedería en nuestra Europa, inspirados vates que lo canten con arrebatado entusiasmo. El anglo-americano admira lo grande, pero no suele sentir lo grandioso; ama la magnificencia material, pero desdeña por condición ingénita, el idealismo del sentimiento.

Las horas en que se suele entrar en el baño son generalmente las más próximas á medio día, trascurrido ya bastante tiempo desde que tuvo lugar el desayuno y poco antes del almuerzo que se toma hacia la una de la tarde. Hombres y mujeres, provistos de caprichosos sombreros de paja para resguardarse de los ardientes rayos del sol, se bañan juntos, formando los amigos y deudos corros más ó menos numerosos, donde reina la más inocente alegría, exenta de toda acción y pensamiento inconvenientes. Ocorre, es verdad, como ya decía nuestro Castillejo en el siglo XVI, que allí



«hay licencia de mirar  
si hay algo digno de vello;  
de reir y de burlar,  
y á veces de retozar  
quien tiene plática de ello.»

### Pero ni se sienten

«muchachas, amas, criadas,  
de placer regocijadas  
sólo por verse desnudas.»

### Ni nadie

«deja la reputación  
á vueltas de los vestidos,»

como añade aquel vate en su *pornográfica* poesía, capaz de hacer ruborizar á un granadero de la Guardia. Gozan unos y otros del placer del baño, con verdadera inocencia y relativa quietud, ejercitándose los más atrevidos y diestros en la natación, sin que se queden atrás en este alarde de fuerza, agilidad y valor, las *ladíes* más jóvenes y bellas.

Los curiosos se mantienen á respetable distancia de la orilla del agua, y no se entretienen en molestar con sus impertinentes miradas, disparadas á quema ropa, como sucede por acá, á los que se bañan, ni á los que salen del mar. A una regular distancia de la orilla suele haber tribunas ó pabellones, donde se colocan los ociosos para disfrutar del golpe de vista general que los bañistas ofrecen. Esto es todo.

Por la noche, los salones ó *drawing rooms* de los hoteles, cuya capacidad es muy grande, se convierten en centro de reunión de todos los huéspedes y muchos de sus amigos, pasando la velada grandes y chicos en sencillos bailes, tal cual modesto concierto, ó en algunos inocentes juegos y farsas, que no por su escaso interés divierten menos á los que á ellos se entregan, dispuestos, como se hallan todos, á pasar el rato del modo más agradable posible. Por la tarde, antes de comer, los adultos de ambos sexos juegan al *cricket* en las praderas, y luego emprenden los bañistas sus ordinarios paseos.



Esto es lo general, y por lo tanto, lo que acostumbran á hacer todos, excepto los que viven en los *cottages*, que celebran sus reuniones de noche en sus propias viviendas, y tal cual señor mayor ó marido displicente que, *huyendo del mundanal ruido*, se trasconeja pronto, y prefiere pasar el tiempo entregado á las delicias del *bar-room*, de donde no sale sino á las altas horas de la noche, y muchas veces no por su propio pie.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(*Se continuará.*)







# HISTORIA

DE LA

## CAMPAÑA DE 1647 EN FLANDES,

SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA  
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO (I).

### CAPÍTULO III.

Sale S. A. con su ejército de Armentieres después de haber dejado bien guarnecida esta plaza.—Concierto que el Archiduque había hecho con el Duque de Lorena sobre disposición y distribución de las tropas de éste.—Dirígese el ejército de S. M. contra Bethune.—Intentan los Mariscales Gassión y Rantzau oponerse.—Orden de batalla con que S. A. dispuso la marcha del ejército.—Llega éste á la vista de Bethune.—Posición del ejército francés.—Le refuerza el Marqués de Villeroy: órdenes que trae de la Reina de Francia.—El Archiduque trata de hacer mover al enemigo de sus posiciones.—Se dirige á Arras.—Ataca y toma de paso á Lens.—Los franceses tratan de apoderarse de Saint-Omer por sorpresa.—La vigilancia, pericia y valor del Marqués de Tresigni, Gobernador del Artois, desbarata todos sus planes y proyectos.—Brillante escaramuza que la guarnición y los burgueses sostienen con los franceses.—Desisten éstos de su intento y se retiran.

**B**ESUELTO el Archiduque, de acuerdo con su Consejo, á tomar á Bethune, dejó por Gobernador en Armentieres al maestre de campo Carlos Campi, con su tercio de italianos y el regimiento de alemanes del Barón de Wanghen; y en Comines al sargento ma-

(I) Véase la pág. 436 del tomo anterior.



yor Van Erp con algunas compañías de valones del Conde de Reux; y después de bien provistas las dos plazas de todo lo necesario para su defensa, salió con el ejército de Armentieres encaminándose á Bethune.

Habían anteriormente dispuesto y ajustado el Archiduque y el Duque de Lorena que mientras las armas de S. M. estuviesen ocupadas en el sitio de Armentieres, quedaría la mitad de las tropas lorenas de reserva para oponerse con este cuerpo de ejército á los intentos de las francesas que habían establecido su plaza de armas junto á Abbeville; pero tomada ya aquella ciudad, el de Lorena envió este cuerpo de ejército á incorporarse con el de S. M. y estar á la disposición de S. A., quedando la otra parte de su ejército en el país de Luxemburgo para contener al Vizconde de Turena.

Comprendiendo los Generales franceses Gassion y Rantzau el intento del Archiduque de sitiar á Bethune, como tan importante al servicio de S. M., se dirigieron á toda prisa á ponerse cerca de esta plaza con su ejército, dividido en dos cuerpos, uno á cargo de Gassion y otro al de Rantzau, tomando aquél por cuartel á Locon y éste á Gorge. Tuvo de ello aviso S. A. y determinó acometer al ejército francés en sus cuarteles y darle batalla. El mismo dictó las disposiciones convenientes al efecto, asistido del Duque de Amalfi y de los maestros de campo Generales Barón de Beck y Marqués de Caracena. Ordenó que el ejército en su marcha á Bethune caminase dividido en dos alas, llevando la derecha el Marqués de Caracena y la izquierda Beck; que las dos alas y la batalla estuviesen compuestas de batallones de infantería y escuadrones de caballería de diversas naciones, mezclados los unos con los otros, así españoles, italianos, valones y alemanes como lorenas; que el Marqués de Caracena se colocase al frente de los batallones de infantería del ala derecha y el Conde de Bucquoy al frente de sus escuadrones de caballería de la misma ala; el Barón de Beck al frente de los batallones de infantería del ala izquierda y el Príncipe de Ligne al frente de los escuadrones de la caballería de la misma; el Duque de Amalfi al frente de los batallones y escuadrones de la batalla. S. A. se situó en el centro, seguido de todos los caballeros de su corte:



el Príncipe de Darmstat mandaba los escuadrones de su caballería imperial, y el Príncipe de Chimay los de la caballería alemana.

En esta disposición llegó nuestro ejército hasta muy cerca de Bethune, alojándose S. A. con él á campo raso, en sitio muy á propósito para dar batalla y provocando á los enemigos á pelear. Pero los Generales franceses advertidos de esta marcha del ejército de S. M. hacia ellos en orden tan correcto, dejaron sus cuarteles de Locon y Gorge y se retiraron á un puesto ventajoso entre las dos riberas muy cerca de Bethune, teniendo delante una de ellas y á sus espaldas una colina y la ciudad. Allí les trajo el Marqués de Villeroy, ayo del Rey de Francia, un socorro de 3.000 hombres, consistente en dos regimientos formados á toda prisa cuando en Francia se supo la salida del Archiduque á campaña y el sitio puesto á Armentieres, y al mismo tiempo dió orden á los mencionados Generales, de parte de la Reina, de procurar conservar Bethune y Arras, de disputar á S. A. el paso de los ríos entre que se hallaban, si les venía á acometer, y últimamente, de retirarse si no se lo podían estorbar. Cumplida su doble misión, el de Villeroy se volvió á Compiègne, donde había dejado á la Reina, á darla cuenta de las resoluciones y designios del Archiduque y del estado en que se encontraba el ejército francés.

Viendo S. A. al enemigo resuelto á permanecer en su ventajoso puesto, hizo cambiar á su ejército de posición al rayar el día. Antes de salir el sol montó á caballo y mandó que en el mismo orden de batalla caminase derechamente hacia Arras con objeto de observar si esta marcha hacía mover de aquella posición á los Generales franceses; pero nada consiguió, porque éstos, conociendo que el objetivo de S. A. era Bethune y teniendo orden de su Reina de defenderla, se mantuvieron firmes.

Resolvió entonces el Archiduque acometer á su paso la ciudad de Lens; mandó tomar las posiciones convenientes á este fin y fué en persona con el Duque de Amalfi y otros Generales á reconocerla. Repartió el sitio en dos ataques, dando el cargo de uno al Barón de Beck y el del otro al Mar-



qués de Caracena, ordenándoles acometiesen la plaza sin fortificarse ni abrir trinchera. Inmediatamente comenzó Beck su ataque hacia la media luna que había á un lado de la puerta de Arras, y Caracena ejecutó lo mismo hacia la otra media luna del lado opuesto. Antes había enviado S. A. un trompeta al Gobernador diciéndole que si se rendía, daría buen cuartel á él y á sus soldados; pero habiendo contestado á cañonazos y mosquetazos, mandó á los antedichos maestros de campo, Generales Beck y Caracena, que diesen ataque y asalto general á media noche, comenzando la escaramuza, para que S. A. la viese, antes de ponerse el sol.

A cuerpo descubierto atacaron los soldados españoles del Marqués de Caracena en presencia de S. A. la estrada encubierta de su media luna; arrancaron valerosamente las palizadas, y con mosquetazos, granadas y fuegos artificiales abrieron brecha y entraron en ella. Simultáneamente los alemanes y valones del Barón de Beck, también á cuerpo descubierto, atacaron la otra estrada encubierta, arrancaron con singular denuedo las palizadas, saltaron en la media luna y se apoderaron de ella. El coronel Alemani fué el primero que entró con la espada en la mano, siguiéndole el Conde de la Motteria, asistido de su sargento mayor Du Terne, el capitán Altuna y el regimiento del Conde de Ritberghe. Con tal brío persiguieron á los enemigos, que muchos de éstos pensando salvar mejor sus vidas, se echaron de la muralla y se ahogaron en el foso.

Así Caracena como Beck, viendo que sus soldados se habían apoderado con tanto valor de sus respectivas medias lunas, el primero pidió hachas para romper la puerta de la ciudad, y ambos mandaron á sus capitanes y soldados intentasen escalar la muralla interior. Admirado entonces el Gobernador de la plaza de la bravura de nuestros soldados, tocó llamada para parlamentar, y comunicada esta señal á S. A. por Beck y Caracena, les ordenó que no concediesen á los sitiados otros pactos que rendirse á discreción, como así se verificó, porque no viendo otro remedio se entregaron prisioneros de guerra, y así S. A. se apoderó de Lens en veinticuatro horas.

Mientras acometía el Archiduque esta plaza, creyendo los



Mariscales Gassión y Rantzau que nuestro ejército se detendría en el sitio cuando menos siete ú ocho días, intentaron apoderarse de Saint-Omer, antes que el ejército de S. M. pudiese llegar á socorrerla. Con semejante esperanza acordaron los Generales franceses tomar las siguientes disposiciones: Rantzau debía sacar del ejército dos mil hombres y marchar con ellos á toda prisa por el camino de Flandes para ocupar el puesto de Clemares. El Marqués de Villequiere debía asimismo ocupar el puesto de Bach, pasar el río y hacerse dueño del dique que va de este último punto á Hautpont, alojarse en esta población y atacar la ciudad por aquella parte. El Marqués de La Ferté con sus tropas llegadas de la Lorena, debía marchar por el camino de Artois á ocupar el puesto de la colina de Blendeque. El Conde de Grancey, Gobernador de Gravelines, y el Barón de Clanleu, á la sazón Gobernador de Bergas, con las guarniciones de Dunkerque, Bourbourg, Gravelines y Berghen debían venir por el camino del canal de Watten, con buen número de barcas cargadas de soldados y municiones á ocupar la boca del río que va de Bach á Hautpont, y por último, todos debían hallarse en sus respectivos puestos á media noche entre el sábado y domingo del 16 al 17 de junio.

Todos cumplieron con exactitud las órdenes recibidas, excepto el Marqués de La Ferté, á quien una lluvia torrencial que cayó á las cuatro de la tarde, impidió proseguir su marcha, viéndose obligado á hacer alto en Therouanne, no pudiendo llegar al puesto que tenía designado hasta el día siguiente por la mañana. Mas advertido por su mucha vigilancia de todas estas marchas el Marqués de Tresigni, Gobernador y Capitán general de la provincia de Artois, y recelando que iban dirigidas á la ciudad de Saint-Omer, avisó prestamente de todo á S. A. pidiéndole socorro, y después al Vizconde de Liere, Gobernador de aquella plaza, al Barón de Brouck, maestro de campo del tercio de valones que en ella estaba de presidio, y al magistrado de la ciudad; mandó á sus soldados estar sobre las armas y lo mismo dispuso el magistrado á sus burgueses, disponiéndose todos á la defensa. El Marqués montó luego á caballo y fué á visitar los puestos de



defensa, doblando las guardias y especialmente en Hautpont. Allí supo que Rantzau y Villequiere habían llegado ya con sus tropas cerca de Bach; dirigióse al dique que hay entre Bach y Hautpont y á la cortadura del río donde había mandado hacer una trinchera para su defensa, y en ella metió sesenta soldados con un buen oficial dándole orden de reventarla y morir todos en su puesto antes de desampararle ó dejar á los enemigos que la traspusiesen. Al maestre de campo Barón de Brouck, ordenó que con cinco compañías de su tercio defendiese el dique y Hautpont, puestos los más importantes. Pasó después á otros, mandando asimismo á los cabos y soldados los defendiesen con tesón, animándolos con su palabra y colocando piezas de artillería donde más se necesitaban. Hecho lo cual, volvió á la ciudad, viendo con satisfacción que el magistrado, en cumplimiento de sus órdenes, había ya prevenido á todos los burgueses estuviesen en armas para defender las murallas interiores, mientras los soldados defendían los puestos exteriores. Hasta el Obispo y el Abad de Chocques, animados ambos del bien y servicio de S. M., exhortaron á los canónigos y religiosos para que acudiesen á las murallas y ayudasen á defender sus iglesias y monasterios. Finalmente, el Marqués Gobernador ordenó que á la primera arma todos se hallasen en la muralla en el sitio que les tenía designado.

Mientras todos se preparaban de esta suerte á la defensa, presentóse á media noche el Marqués de Villequiere en Bach con infantería y caballería con intención de pasar el río sin encontrar la menor resistencia; pero cuál no sería su asombro al oír las primeras salvas de mosquetazos que le dispararon los sesenta soldados allí atrincherados. Oír estas salvas y darse el arma tanto dentro como fuera de la ciudad, soldados, burgueses y religiosos, fué obra de un momento. Súbitamente corrieron todos á sus puestos, y el Marqués á Hautpont, donde halló á los franceses que habían hecho alto, sin poder pasar el río por la vigorosa resistencia que los sesenta soldados les hacían, y la que con tanto valor como habilidad mantenía el Barón de Brouck en el dique y en Hautpont.

Al mismo tiempo aparecieron muchas barcas con soldados,



que viniendo por el país anegado, se dirigían hacia el puerto de los cuatro molinos, para desembarcar en él. Avisaron los centinelas allí apostados al Barón de Brouck, que estaba en el dique, y el Barón al Marqués, que ya de antemano había guarnecido aquel puesto con buen golpe de soldados, y éstos los saludaron á mosquetazos. Doblóse allí el arma, y el Marqués los reforzó con la compañía del capitán Artiaga, acudiendo también á la defensa muchos burgueses de los más valientes, con que la escaramuza se generalizó y enardeció. El resultado de ella fué que, merced al esfuerzo y actividad del Gobernador, que seguido de los capitanes Lahau y Duval volaba de uno á otro puesto, y á la bravura de Brouck y de sus soldados, después de dos horas de combate, ni las barcas pudieron adelantarse y verificar el proyectado desembarco, ni Villequiere pudo pasar la cortadura y el río, manteniéndose firmes en sus posiciones los soldados de S. M.

En esto comenzaba á amanecer, y con los primeros albores del día, se pudo distinguir fácilmente hacia la colina de Blendique al Marqués de La Ferté con sus tropas, el cual viendo que había trascurrido la hora convenida, y que sus compañeros de armas nada habían podido adelantar de la otra parte de la ciudad, no se atrevió á pasar más adelante ni á intentar ataque alguno por aquel lado. En la misma actitud expectante permaneció el Conde de Grancey, que mandaba las guarniciones de Dunkerque y de otras plazas. De todo dieron aviso estos Generales franceses al Mariscal Rantzau y á Villequiere, explicando La Ferté la causa de su tardanza en llegar al puesto convenido. Así se mantuvieron hasta después del mediodía, pasando luego La Ferté el Neufosse y yéndose á juntar con los otros dos Generales.

El Marqués de Villequiere, que aguardaba en Clemares la noticia del suceso que tendrían las barcas, al saber que no habían podido pasar ni desembarcar los soldados que llevaban y que en la escaramuza se había perdido mucha gente, mandó á todos que se retirasen. La misma orden dió Rantzau á los que habían intentado pasar por el río á Bach, y apoderarse de Hautpont y del reducto que lo defendía. Todas las tropas francesas se retiraron y volvieron por el mismo camino que



habían venido á las posiciones que antes tenían, habiendo perdido en las escaramuzas mucha gente y sobre todo cinco capitanes.

Luego mandó el Marqués de Tresigni aviso de hallarse Saint Omer libre de franceses á S. A., que ya había expugnado á Lens, refiriéndole los valerosos actos realizados para rechazar al enemigo, así por la guarnición como por los burgueses.

#### CAPÍTULO IV.

El Archiduque Leopoldo dirige su ejército hacia Arras para sitiar á Bethune.— Muévense los franceses de su posición, y toman otra ventajosísima entre Arras y Bethune.—Movimientos y maniobras del ejército de S. M. para sacarles de ella.—Resuelve S. A. sitiar á Landrecies.—Fíjanse las líneas de defensa.—Viene á situarse muy próximo á esta ciudad el ejército francés.—Trata éste de socorrer á Landrecies.—Tiene que retirarse.—Estrechan los sitiadores el cerco.—Salida de los sitiados.—La procesión del santísimo Sacramento en Bruselas.—Promete asistir á ella el Archiduque.—Acude con este motivo mucha gente á Bruselas.—La llegada del Duque de Lorena al campamento priva á S. A. de asistir á la procesión.—Pompas y festejos preparados para esta solemnidad y recepción de S. A.—Descripción del arco triunfal.—Prosigue con vigor el sitio de Landrecies.—El ejército francés se divide en dos.—Dirígese Rantzau á Flandes, y Gassión sitia de improviso á la Bassée.—Providencias que toma el Archiduque.—Tentativas de socorro á la Bassée.—Ríndese Landrecies.—Marcha con toda diligencia S. A. á socorrer aquella plaza.

Ganadas las ciudades de Comines, Armentieres y Lens, y obligados los franceses á retirarse de la vista de Saint-Omer, el Archiduque Leopoldo, después de haber provisto á Lens de buena guarnición, de un excelente comandante como lo era el teniente coronel Bascourt y de las municiones necesarias, teniendo aviso de que los franceses querían hacer pasar un gran convoy á Bethune, mandó mover el ejército de Lens haciendo el primer día una marcha extraordinaria en dirección al camino que hay entre Arras y Bethune con objeto de ba-



tirlo y apoderarse de él. Mas no habiendo salido de Arras el convoy, resolvió S. A. volver otra vez hacia esta ciudad, y caminando todo el día con su acostumbrado orden de batalla, llegó por la noche á Saint-Lievin, pueblo distante dos horas de Arras. Con esta marcha obligó á cambiar de posición al enemigo, que tomó otra asimismo ventajosa entre Arras y Bethune, cubriendo á una y á otra plaza, y siguiéndole tan de cerca S. A., que sólo una colina había entre los dos ejércitos.

Dejóse ver entonces por ella con alguna caballería Gassión con objeto de reconocer la disposición del ejército de S. M. que se mantenía siempre en el mismo orden de batalla, y conociendo bien á las claras la intención del Archiduque, que no era otra que la de pelear, se retiró al abrigo de su ejército, viendo que S. A. había mandado salir á la deshilada algunos gruesos de caballería, que á paso de carga le venían á atacar.

Alojóse el Archiduque con su ejército en Beuvry, desde donde podía ver el campamento francés, y habiendo ido á reconocerle, fué tanto lo que se aproximó á Bethune, que disparándole los de la ciudad algunos cañonazos, le pasó una bala por encima de la cabeza; por lo que nuevamente le rogaron sus Generales que no se aventurase y arriesgase de aquel modo. Dos días permaneció el Archiduque en Beuvry esperando la resolución del enemigo y pensando si se quedaría en su puesto ocupando aquel lado de la ciudad, ó si sería conveniente batirle. Al cabo de los cuales, teniendo en cuenta que al ejército francés le resguardaban su frente un río, y sus espaldas una colina y la ciudad; que era de precisión pasar el río antes de venir con él á las manos; que era contra toda regla de guerra sitiar una ciudad en tales condiciones; que sus tropas estaban muy fatigadas con tantas marchas, y que difícilmente podría proveerlas de víveres en aquellas circunstancias, ordenó salir el ejército de S. M. de Beuvry, como lo verificó el 22 de junio. Trató por tanto de acercarse á Douay para gozar de la comodidad de los víveres, y aquella noche se fué á alojar á Vitry, legua y media de Douay, donde supo que todavía el ejército francés seguía acampado cerca de Bethune, y que Gassión había venido á reconocer el terreno donde ha-



bía estado alojado el ejército de S. M., calculando que se compondría de unos diez y ocho mil hombres.

A fin de que el ejército descansase un día y con objeto de proveerle de todo lo necesario, permaneció S. A. el 23 de junio alojado en Vitry con sus tropas y las del Duque de Lorena, acampadas éstas en derredor de la población; hasta que viendo que no había medio de sacar al ejército francés de su posición junto á Bethune para poder sitiar esta ciudad, y sabiendo cuán importante era la posesión de la de Landrecies atendiendo á las reiteradas instancias que á S. A. hacía el Conde de Bucquoy manifestándole que esta plaza hacía pagar contribución á toda la provincia de Hainaut, á más de cien mil ducados anuales con que contribuía á satisfacer las guarniciones de las plazas fronterizas, y como quiera que el Conde de Garcies, Gobernador y Capitán General de Cambray y Cambresis avisase también á S. A. que en Landrecies no había más que quinientos hombres de guarnición, después de celebrado consejo de guerra con los Generales, se resolvió á sorprender al enemigo por aquella parte y á sitiar la referida ciudad.

Hizo para desorientarle muchas engañosas marchas, y particularmente hacia Arras, simulando querer sitiarla, y súbitamente con gran diligencia se dirigió á Landrecies, enviando delante al Conde de Bucquoy, Gobernador que era de aquella provincia, para prevenir los víveres y reclutar algunos miles de aldeanos que trabajasen en las líneas. El mismo día 25 llegó el Archiduque á Bouchain, y al siguiente á Briart, donde mandó al Príncipe de Ligne, General de la caballería, que destacase mil quinientos caballos á cargo de su Teniente General D. Francisco Pardo, entre Arras y Cambray, para impedir al enemigo meter socorro en Landrecies. Cumpliendo Pardo esta orden, se encontró en su marcha con doscientos caballos de la guarnición de Arras que venían á reconocer la dirección del ejército de S. M. y los cargó de tal suerte, que completamente los deshizo, cogiendo muchos prisioneros, con los que volvió al ejército.

Adelantóse S. A. al otro día, 26 de junio, hasta Chatillón, y pasando allí el río por el puente que había dispuesto el Ge-



neral de la artillería Marqués Sfondrato, caminó en vistosa orden de batalla hasta llegar el 28 de junio, después de mediodía, á vista de Landrecies. Dió principio seguidamente el Marqués á armar el puente que se echó sobre el río Sambre, y mediante el empleo de cincuenta mil faginas, quedó en disposición de que pasase un día después por él una ala del ejército á la opuesta ribera, hacia Valenciennes y Quenoy, donde tomaron posición el de Sfondrato y las tropas del Duque de Lorena.

Detenidamente reconoció el Archiduque, acompañado de los Maestres de campo Generales y escoltado por cuatro compañías de caballos y las dos de sus guardias, la situación de la ciudad y sus fortificaciones. Salieron los de la plaza á escaramuzar, y habiéndose temerariamente adelantado más que los otros, fueron heridos D. Diego Salinas, de un cañonazo en una pierna, hallándose junto al Duque de Amalfi; de un mosquetazo en un brazo el Conde de Estaires y de otro D. Patrio Moledi, ayuda de cámara de S. A. Los enemigos fueron rechazados hasta dentro de sus muros á presencia del Archiduque.

Creían todos que la corte fijaría su cuartel en la abadía de Marolles, pero S. A. quiso alojarse á campo raso en la vanguardia del ejército. A las cuatro de la mañana del siguiente día, sábado, festividad de San Pedro, montó á caballo S. A. y fué nuevamente con el Duque de Amalfi, los Maestres de campo y los Generales de artillería á reconocer el terreno alrededor de la plaza para ordenar las líneas de los cuarteles y las aprochas, aproximándose tanto á la ciudad, que un cañonazo mató el caballo que montaba el Marqués de Pallavicini, que se hallaba á muy corta distancia del Archiduque, sin que por eso dejase éste de reconocer todo muy bien, sin dársele nada del grave peligro que corría. Él mismo ordenó después los cuarteles, tomando el suyo frente á su ejército sobre el camino de Chatillón, punto por donde había de venir el enemigo si intentaba socorrer la plaza. Allí también asentó su cuartel el Duque de Amalfi.

Mandó al Marqués de Caracena que estableciese su cuartel más arriba del Sambre; al Conde de Bucquoy con su caballe-



ría entre el cuartel de la Corte y el del dicho Marqués; al Barón de Beck al otro lado de la ciudad junto al casar Faure; al Príncipe de Ligne con su caballería á la parte de Oriente, y al Marqués Sfondrato, cuartel de la artillería en la ribera del Sambre con un puente que comunicaba el cuartel de S. A. con el de Caracena.

El mismo sábado dispuso el Archiduque que se comenzase á trabajar en la línea de circunvalación, á cuya obra ayudaron cinco mil aldeanos traídos por el Conde de Bucquoy de la provincia de Hainaut. Domingo y lunes se prosiguió en la misma faena, trabajando así soldados como aldeanos con tal actividad, que en muchas partes, especialmente en el cuartel de Beck, quedó la línea en estado de defensa.

En esto recibió aviso S. A. el mismo lunes de que el ejército francés se había alojado en Chatelet, tres leguas de Cambray, y que caminaba por Cateau-Cambresis, dejando atrás su bagaje. Ya estaba el martes, 3 de julio, casi acababa toda la línea de circunvalación, habiendo empleado en esta fatigosa obra dos días y medio, cuando llegó á Chatillón, á una legua del cuartel de S. A., todo el ejército francés, con intento de pasar el río y socorrer la ciudad. Apenas tuvo de ello noticia el Archiduque por los batidores de estrada, comenzó á deliberar con sus Generales si se había de ir con todo el ejército á impedir al enemigo el paso del río, ó si sólo se había de enviar para este efecto parte del ejército. Y considerando que si todo el ejército marchaba sobre el enemigo, desamparando los cuarteles, podía éste meter gente y socorrer la plaza, y si se enviaba parte del ejército podía sucederle algún desaire, acordóse permanecer en las líneas, hacer en ellas defensa y procurar ganar á Landrecies, que era el principal intento.

No tardó en presentarse el enemigo en orden de batalla, marchando derecho hacia el cuartel de S. A. y punta de la línea, que era cuartel de los españoles. Colocóse inmediatamente el Archiduque acompañado del Duque de Amalfi y otros caballeros de su corte á la cabeza de ella, por donde se creía que acometerían los franceses, y el Marqués de Caracena dispuso al instante para el combate sus batallones de españoles. Los Generales de caballería ordenaron la de S. M. y la del



Duque de Lorena, y el Barón de Beck y el Marqués Sfondrato quedaron encargados de la defensa de los otros cuarteles y líneas.

Ardían los jefes y soldados en deseos de venir á las manos con el enemigo, no sólo por el entusiasmo que les producía la animosa presencia de S. A. y estar asimismo á su frente el Duque de Amalfi, como por la seguridad que tenían de alcanzar la victoria. Pero los Mariscales franceses Gassión y Rantzau, viendo la resolución de S. A., que les aguardaba á pie firme, y la hábil y estratégica disposición de nuestro ejército, hicieron alto en un valle. Entonces mandó el Archiduque tirar sobre ellos muchos cañonazos, á que respondieron con otros tantos, y que saliesen algunas tropas á escaramuzar, sin que consiguiesen los nuestros que avanzasen un solo paso, manteniéndose cubiertos en dicho valle.

Pasóse el resto del día en disparar artillería de una y otra parte y en escaramuzar tibiamente, hasta que cerca de las nueve de la noche comenzó el enemigo á tirar furiosamente de tres baterías, compuestas cada una de cuatro piezas, sobre nuestra línea y escuadrones, de tal suerte, que los fuegos se cruzaban y los proyectiles venían á caer justamente donde S. A. estaba. Su serenidad en medio de aquel diluvio de fuego y su alegría entre los soldados contrastaba con el gran peligro que su vida corría, «como si el chiflar de las balas fuese alguna armonía ó música.» Era sin duda el intento del enemigo distraer á los nuestros para introducir socorro en la plaza, teniendo al efecto preparados mil soldados por una parte y seiscientos por otra, así esguízaros como franceses, para entrar en la ciudad, guiados por un cura de una aldea inmediata. La vigilancia exquisita del Príncipe de Ligne desbarató su propósito, porque atacadas aquellas fuerzas por la caballería del Príncipe y del Duque de Lorena, fueron las unas degolladas, hechas prisioneras las otras, y las restantes se salvaron fugitivas en un bosque cercano, sin que un solo soldado entrase en la plaza.

Sospechaban los más de los nuestros que aquel nutrido fuego de artillería era el preludio del ataque que preparaban contra las líneas al amanecer del siguiente día; pero cuál no



fué su sorpresa al notar que á media noche y al horrísono estruendo de los cañonazos, comenzaban los franceses á retirarse con el mayor silencio hacia Chatillón, donde tenían sus puentes, repasando luego el río con gran prisa.

Advertido S. A. de aquella retirada, mandó que les fuese al alcance la caballería, y el Duque de Amalfi y los Generales de ella volaron á picarles la retaguardia. No pudieron, sin embargo, satisfacer su deseo, porque el enemigo tenía á un lado de sus puentes mucha infantería defendida por bosquecillos, y al otro lado el terreno era todo pantanoso, de modo que en ninguno de los dos podía maniobrar la caballería. Y considerando que si les acometían con una buena parte del ejército de S. M. podían ellos atacar y apoderarse de alguno de nuestros cuarteles y socorrer la plaza, con que se perdía toda esperanza de ganar á Landrecies, decidióse mantener los cuarteles y la línea y emplear todo el mayor esfuerzo en continuar el sitio. Con esto los enemigos pasaron el río y se retiraron haciendo plaza de armas al otro lado del bosque de Mormal y alto durante todo aquel día.

Aumentóse por tanto la sospecha de que los enemigos intentarían acometer ó por el camino del bosque ó por otra parte alguno de nuestros cuarteles, por cuya razón mandó S. A. que permaneciese el ejército sobre las armas y en el mismo orden que tenía. Además dispuso que no habiendo líneas de defensa por el lado del bosque, fuese hacia él el Príncipe de Ligne con su caballería y la de Lorena, que asimismo estaba á su cargo, y con alguna infantería para hacer allí frente al enemigo y oponerse á su paso. En veinticuatro horas fortificó el Príncipe su línea poniéndola en buen estado de defensa y la mantuvo como le estaba ordenado.

Mientras los Maestres de campo, Generales Beck y Caracena, esperaban que el enemigo viniese á atacar sus cuarteles, el de Amalfi no descansaba un momento reconociendo todos sus movimientos y disponiendo convenientemente la gente para hacer una buena defensa si volviese á hacer otra prueba de ataque.

Al fin los franceses, desesperados de la excelente disposición y vigilancia suma en que estaban todos los cuarteles del



ejército de S. M. y conociendo la firme resolución del Archiduque de aguardarlos á pie firme provocándolos continuamente á pelear, perdieron toda esperanza de poder socorrer la plaza sitiada, y se retiraron hacia Guisa, acampando entre esta población y Cateau-Cambresis.

Libre ya nuestro ejército del cuidado del enemigo campal y acabadas las líneas al tercer día de sitio, mandó el Archiduque á los Maestres de campo generales que comenzasen á abrir trincheras, hacer las aprochas y plantar sus baterías, disponiendo al efecto dos ataques, el uno á cargo del Marqués de Caracena con los españoles, y el otro á cargo del Barón de Beck con los alemanes y valones. En cumplimiento de esta orden se adelantó el de Caracena con dos ramales de trinchera hacia la contraescarpa de Hornawec, próxima á la puerta del molino, asistido en el ataque por el Teniente general de la artillería Brunetti, haciendo oficio de Teniente general y de ingeniero. Igualmente el Barón de Beck avanzó con otros dos ramales de trinchera hacia la media luna.

Aquel día entró de guardia en las trincheras del ataque del Marqués de Caracena el Maestre de campo D. Gabriel de Toledo con su tercio de españoles, y en las del ataque del Barón de Beck, el Maestre de campo Juan de Liponti con su tercio de italianos, y con el de valones, el Conde de la Motteria. Relevaron á estos tercios y regimientos en la tarde del domingo 7 de julio, el tercio de españoles de Bernabé de Vargas, el del Marqués de Bentivoglio de italianos, y el regimiento del coronel Alemani de alemanes.

Proseguían estas fuerzas sus ataques con tal vigor y bravura, que se esperaba que pronto se llegaría al pie de la contraescarpa, cuando los sitiados hicieron el lunes 8 de julio una salida con infantería y caballería hacia las trincheras de los españoles, en ocasión que algunos de éstos se hallaban bajo el influjo de Baco. Asaltáronlas repentinamente, y algunos soldados nuestros de caballería que estaban de guardia fuera de la trinchera, huyeron; pero rehaciéndose luego y cobrando ánimo, hicieron cara, al mismo tiempo que la infantería española saliendo de sus trincheras les acometió con tanto valor, que los rechazaron y persiguieron hasta sus mismas fortifi-



caciones. En esta refriega, corriendo al arma y estando en medio del combate dieron al Marqués de Caracena un mosquetazo en el costado izquierdo, pero tan favorable, que sólo le quemó el vestido y los papeles que en el bolsillo llevaba, sin dejar un momento de asistir á la defensa de sus líneas. También á S. A. yendo poco después á recorrer las trincheras y ataques y acercándose extremadamente á la ciudad, le dió una bala de artillería en el cuero de las botas, cayendo á los pies del Conde de Isemburgo, que estaba inmediato á él.

Muy de mañana volvió al día siguiente á visitar las trincheras y ataques, mandando que excepto el Duque de Amalfi y el Conde de Swárttemberg, ninguno le siguiese, á fin de no llamar tanto la atención del enemigo. Aquel día, que fué 9 de julio, entró de guardia en las trincheras y ataques de los españoles el Maestre de campo D. Gaspar Bonifacio, el 10 le relevó el de igual graduación D. Francisco Deza, y á éste el 11 D. Baltasar Mercader.

El 12 los españoles ganaron la palizada de la contraescarpa y empezaron á desembocar en el foso, así como también por su parte los valones y alemanes, previniéndose ya con galerías y fajnadas para pasarlo.

Continuaba en tanto el ejército francés acampado junto á Cateau-Cambresis á distancia de dos leguas y media de las líneas nuestras de defensa que estaban á la parte del bosque de Mormal, por cuyo lado amenazaban hacer otra prueba de socorrer la ciudad; pero S. A. confiaba tanto en la pericia y vigilancia del Príncipe de Ligne, y en el valor de las tropas de S. M. y del Duque de Lorena que defendían aquel puesto, que no haciendo caso para nada de semejantes amenazas, mandó continuar las aprochas y ataques, como si no tuviese ejército enemigo á su lado.

Entró de guardia en las trincheras el día 14 de julio D. Fernando Solís con su tercio, y el Marqués de Diene con el suyo de borgoñones, esperando que á la noche harían notables progresos.

Celebrábase el 15 de julio en Bruselas la procesión del Santísimo Sacramento del Milagro y había prometido el Archiduque asistir á ella, según devoción acostumbrada de los



Príncipes de la Casa de Austria; pero la llegada del Duque de Lorena al campamento para tratar con S. A. asuntos del mayor interés para el servicio de S. M., le impidió cumplir su promesa. Ya desde el amanecer de aquel día se habían marchado muchos caballeros con el mismo piadoso propósito, creyendo que S. A. partiría al medio día, y que con buenos caballos de relevo llegaría á Bruselas por la tarde; pero engañáronse todos, y diez mil personas más que acudieron de Amberes, Malinas, Lovaina y otras partes para asistir á la procesión y ver al Archiduque.

Los ciudadanos de Bruselas habían engalanado las calles por donde había de pasar la procesión con muchos arcos, adornos y ramajes. Los jesuitas, por delante de cuyo colegio había de pasar la procesión, habían levantado una imagen simbólica de la Eucaristía, protectora de los Príncipes austriacos, á la que otras divinidades ofrecían sus dones y oblaciones. A la entrada de la calle, había un arco triunfal sostenido por cuatro columnas que contenían las victorias béglicas del Archiduque; y así en la una se leía: *Armenteria expugnata*; en la segunda *Cominia capta*; en la tercera *Lens devicta*, y en la cuarta *Novæ spes próxima palmæ*, queriendo significar que presto seguiría la expugnación de Landrecies. Al pie de este arco había dos leones sustentando dos águilas con corona archiducal, que amparaban á los primeros; en lo más alto del arco se ostentaba la figura de la Eucaristía sostenida por dos ángeles que la adoraban, con las armas y banderas austriacas en su derredor, y finalmente debajo la divisa de S. A. *In timore Domini*.

Mientras se solemnizaban con estas pompas y otros festejos en Bruselas la procesión del Santísimo Sacramento del Milagro y la imaginaria presencia del Archiduque, se proseguían en torno de Landrecies las aprochas y ataques con singular empeño y no poca costa de sangre. Eran tan grandes la generosidad y benignidad de S. A., que siempre que en alguna trinchera ó escaramuza veía caer herido algún capitán, oficial ó soldado, ó presenciaba algún acto notable de valor, los recompensaba con tres ó cuatro doblas, sacadas, no del dinero del ejército, sino de su bolsillo particular, satisfaciéndolo el



Conde de Swarttemberg, su gran chambelán, y habiéndose gastado así muchos miles de escudos.

El ejército francés, después de haber estado acampado unos días en Cateau Cambresis y perdida toda esperanza de socorrer á Landrecies, se dividió en dos partes, quedando la mayor parte de él en el sitio que ocupaba á las órdenes de Gassión, y marchando la otra mandada por Rantzau hácia Flandes para distraer allí á los nuestros. En su consecuencia ordenó S. A. al Duque de Amalfi que enviase infantería y caballería en número suficiente para seguir á Rantzau y reforzar las guarniciones de las plazas que este Mariscal pudiese intentar acometer, dando el mando de estas fuerzas al General de artillería D. Esteban de Gamarra, que había de unir á ellas el tercio de valones del Maestre de campo Maugre, de guarnición en Ypre, y las compañías libres de las guarniciones de las plazas de la frontera holandesa, encargándole que procurase estar antes que el enemigo en la plaza que éste intentase acometer, haciendo punta para socorrerla y asegurarla.

Salió del campamento con sus tropas Gamarra, dirigiéndose á Flandes, y como todos los avisos coincidían en afirmar que Rantzau iba á sitiar á Dixmunda, á ella encaminó su marcha sin otra mira que socorrerla.

En tanto Gassión se movió de improviso de Cateau Cambresis y se fué á sitiar á la Bassée, marchando con tal diligencia y tan á la sordina, que pasando á las diez de la mañana Gamarra por Espinoy, á las cuatro de la tarde ya había Gassión sitiado la plaza, tomado las posiciones y guarnecíndolas con tantas tropas de caballería é infantería, que cuando quiso Gamarra hacer entrar en la plaza trescientos ó cuatrocientos ingleses, le fué imposible conseguirlo, quedando prisioneros los que iban de vanguardia.

Apenas supo el Archiduque este movimiento de Gassión hacia la Bassée y que Gamarra no había podido meter gente en ella, porque su principal objetivo era seguir las marchas de Rantzau y prevenir la ciudad que intentase atacar, dió orden al Príncipe de Ligne de caminar allá con parte de su caballería y alguna infantería, y de procurar socorrer aquella plaza sitiada.



Caminó dicho Príncipe con su celo y resolución acostumbrados hasta media legua cerca de la Bassée, donde dispuso que cuatrocientos caballos tomasen á la grupa igual número de mosqueteros, y á toda costa y peligro dejasen á éstos en el sitio que les mostró, los cuales por el camino que los guías que llevaban les indicarían debían procurar entrar en la plaza, quedando el Príncipe á una media legua de allí aguardando para sustentar y recoger la caballería que enviaba si era cargada por los enemigos. Pero las líneas estaban en tal estado de defensa, por haber hecho Gassión trabajar en ellas á los aldeanos de los lugares comarcanos y todos los pasajes y caminos guarnecidos con tanta infantería francesa, que no hubo medio de meter dentro los cuatrocientos mosqueteros, ni de socorrer de modo alguno la ciudad.

Conociendo entonces S. A. el peligro que corría la Bassée, por la poca gente que para defenderla tenía dentro, resolvió apretar el sitio de Landrecies, con objeto de acudir con todo el ejército en su auxilio; y por tanto mandó al Duque de Amalfi y á los Maestres de campo dispusiesen lo necesario para un asalto general. Ganadas ya las contraescarpas, habiendo desembocado en los fosos, echados los puentes y faginadas para pasarlos, preparadas las minas para hacer volar las murallas y en orden la infantería para dar el asalto general, hizo llamada el Gobernador de la plaza para parlamentar, concediéndole S. A. todas las condiciones que pedía para poder más prestamente acudir en auxilio de la Bassée. De sus resultas se rindió Landrecies el 18 de julio, saliendo cuatrocientos de los quinientos cincuenta soldados que constituían la guarnición desde el principio del sitio con armas, bagajes y dos piezas de artillería.

El Archiduque hizo su entrada en la ciudad, en cuya iglesia se cantó un solemne *Te-Deum* en acción de gracias por esta nueva victoria; recorrió las murallas, fortificaciones y almacén; nombró Gobernador de la plaza al Maestre de campo Barón de Crevecœur, con su tercio de valones y cinco compañías libres, y dejando allí al Conde de Bucquoy, Gobernador general de la provincia, para ordenar y disponer todo lo demás, aquel mismo día comenzó á caminar con gran diligencia á socorrer á la



Bassée. Fué tal la que desplegó el Marqués de Caracena con sus tropas, que al día siguiente llegó á Audenarde, donde tomó parte del regimiento del Maestre de campo Stoppelar con algunas compañías libres de las vecinas guarniciones, y prosiguiendo su marcha con la misma actividad, llegó al otro día á Brujas, donde también le aguardaba para incorporársele el regimiento de italianos de D. José Guasco con algunas compañías de irlandeses é ingleses, alegrándose en extremo la población de que hubiese llegado á tiempo de ampararlos.

Todavía, antes de montar á caballo el Archiduque para dirigirse á la Bassée, vinieron los Estados de la provincia de Hainaut á tributarle gracias por haber rechazado de su país á los franceses, librado á las aldeas de las fuertes sumas con que les contribuían y reducido Landrecies á la obediencia de S. M., entregando asimismo á S. A. la suma prometida para pagar el ejército (1).

A. RODRÍGUEZ VILLA.

(*Se continuará.*)

---

(1) Acerca de la toma de Landrecies por nuestro ejército, y de Bassée por el francés, se hallan en el *Memorial histórico*, tomo XIX, las siguientes noticias, que difieren bastante de la relación atribuída á Vincart, sobre todo en lo relativo al General Juan de Werth:

«Si bueno fué el suceso de Armentieres, ha sido mucho mejor y de más importancia el que ahora ha tenido nuestro ejército en la toma de Landreci, de que llegó aviso cierto á S. M. por Francia y después por San Sebastián, con cartas del Sr. Archiduque Leopoldo; el cual, como se dijo, determinó ir con el grueso de su ejército hacia Arras, entrándose por la Picardía para ir ganando algunos lugarcillos y echarse sobre alguna plaza de consideración, inclinándose á Arras. Lo cual entendido por el francés y procurando juntar grueso de ejército con qué oponérsele, sacó gente de todos sus presidios, y principalmente del de Landreci, que tenía 2.600 hombres, no dejando allí más de 500; lo cual sabido por S. A., dió orden á Juan de Bert que con 4.000 caballos y 6.000 infantes de la retaguardia se pusiese de repente sobre esta plaza, procurándola tomar luego por asalto, respecto de ser imposible sitiaria, así por la dificultad de la empresa, como por no embarazarse la campaña en eso solo, prosiguiendo el Sr. Archiduque su intento para mejor divertir al enemigo é impedirle el socorro de Landreci; pero reconociendo el peligro, dejando la defensa de su país, donde la vanguardia de nuestro ejército campeaba, se encaminó á la defensa de Landreci, y Juan de Bert, habiéndolo sabido con tiempo, le salió á recibir;



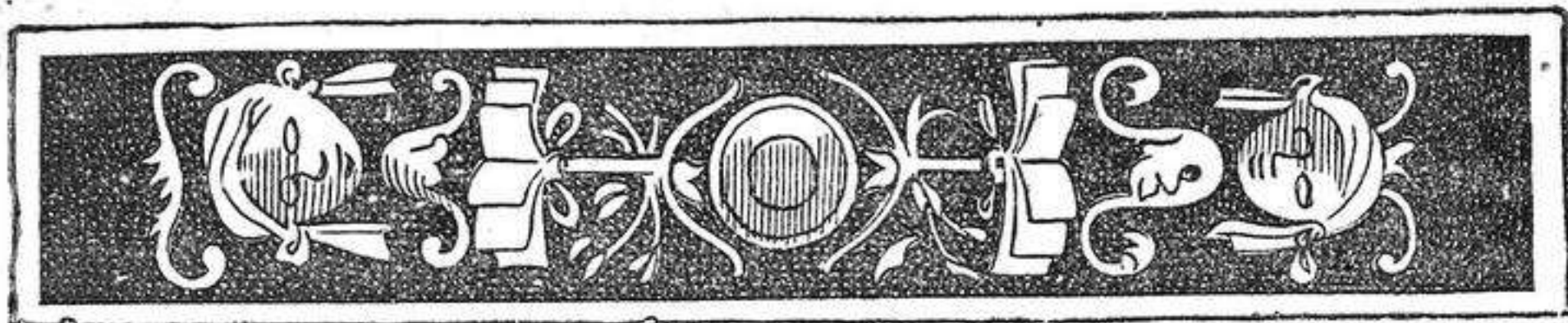
y luego que se vieron, los acometió con tanto ardor de los nuestros, y principalmente de un tercio de españoles, que les mataron más de 2.500 hombres, poniéndoles en huída afrentosa; con que, sin querer que los nuestros los siguiesen, Bert se volvió á Landreci y sin ninguna sangre la tomó, hallando dentro muchas riquezas y municiones. Ha sido empresa de grandísima importancia y se reputa esta plaza por la principal del país de Henaut, que la contribuían más de 860 lugares y es la llave de Francia, como Perpiñán lo es de Cataluña. Dicen que tenía mucha artillería, pero por falta de gente no se pudo poner en defensa. El Sr. Archiduque la presidió muy bien, y juntando sus tropas, prosiguió su viaje, y dicen hoy que está sobre Arras... Al francés le envían 4.000 suecos, y habiendo sabido este suceso y el poder del Archiduque se volvieron, y á nuestro ejército le llega cada día más gente de Alemania, con que se espera mucho.» Basta la atenta lectura de este pasaje y su cotejo con el del texto para comprender la verdad de éste y lo equivocado é incierto de aquél.

También se advierte algún error en el siguiente párrafo de carta fechada á 20 de agosto de 1647, inserta en la pág. 81, tomo XIX del citado *Memorial histórico*, como puede verse cotejándolo con la narración del capítulo IV de esta *Historia*:

«De Flandes llegó correo el otro día á S. M. con el aviso de la toma de Landrecies, plaza de mucha importancia y país de grande contribución. Viendo el enemigo que no podía socorrer á Landrecies, se puso sobre la Basea y la tomó; esta plaza es razonablemente fuerte. Culpan al Gobernador, que le mandó el Archiduque metiese dentro 1.500 hombres y no lo hizo, con que se halló sin gente cuando el enemigo la fué á sitiar. Tiénelo preso y dice ha avisado á S. M. del suceso y causa de la prisión, y que á no ser español, ya hubiera hecho S. A. justicia; mas que atendiendo á que lo es, remite la causa á S. M. para que la haga.»







# LA SOLEDAD

## CANTO GITANO

Llevando en la cara luto,  
luto llevando en el alma,  
un pueblo va por el mundo.

Negro tiene su cabello,  
negro tiene su semblante:  
el dolor los puso negros.

¡Ay! Si ennegrecen las penas,  
debe llevar en el alma  
lo negro de las tinieblas.

Solo, sin patria ni hogar,  
va arrastrando por el mundo  
su pena y su soledad.

Si mudo el gitano pasa,  
parece que es una sombra  
que de la tumba se escapa.

Si va cantando el gitano,  
de la danza de los muertos  
eco parece su canto.

Fantasma de un pueblo errante,



su espíritu es la tristeza,  
las lágrimas sus cantares.

¡Ay de los pueblos que van  
entre la tierra y las nubes  
caminando sin cesar!

¡Guay del triste vagamundo!  
De los nómadas es patria  
el lugar de los sepulcros.

Fin no tienen sus caminos:  
al río van los arroyos  
y á la mar llegan los ríos.

La fiera duerme en la gruta,  
duerme el pájaro en la rama,  
y el triste no duerme nunca.

Horrible es cruzar el mundo  
desconsolado entre alegres  
y solitario entre muchos.

Al pobre sólo le queda  
para sus dolores pecho  
y acento para sus penas.

Como tierno rruiseñor,  
canta en la noche más dulce,  
con ayes del corazón.

Y derrama acá y allá,  
como pedazos del alma,  
las notas de su cantar.

Cielo cargado de nubes,  
nube cargada de lágrimas,  
es el canto del que sufre.

Siglos de doliente afán,  
mundos llenos de amargura,  
envuelve la *Soledad*.

En su trémula canción  
cruge el látigo que agita  
sobre el esclavo el señor.

En sus notas se confunden  
la resignación, que llora,  
y la cólera, que ruge.



Consuelo dan las canciones;  
la niebla humedece el campo,  
baña el rocío las flores.

¡Bendecido está el dolor  
por el llanto de los hombres  
y por la sangre de Dios!...

M. GUTIÉRREZ.







## REVISTA DE TEATROS

---



Si nuestros lectores, hartos de desengaños y desesperanzados por completo de ver algún rayo de luz que ilumine al acaso el tan decaído teatro nacional concibieron la pueril ilusión, hija de un momento de extravío, de leer en estas mal trazadas líneas una crítica severa y razonada de alguna obra dramática, puramente española en su argumento y diálogo, efecto de la emulación que sacara de su ostracismo algún poeta de los que, merced á las envidias de bastidores, celos de café y rencillas de la calle de Sevilla y antiguo pasaje de *Matheu*, han sido relegados á la triste y poco lisongera situación de autores de primavera, época teatral intermedia, en la que figuran retazos de compañías, vates desheredados y desperdicios cómico-literario-dramáticos; si tal se han figurado, soberbio desengaño les espera; porque en vez de encontrar lo que buscan, van á tropezar, por do quiera que encaminen sus ojos, con una serie de engendros traspirenaicos, presentados por actores de un mismo origen, y en los que no resplandece, por desgracia, ni la originalidad, ni el arte, ni la inspiración, ni ese tan decantado como manoseado progreso literario, que en diversidad de tonos proclaman los filósofos de relumbrón, los críticos de oficio y los literatos de afición, dignos unos y otros, si no de lástima, de mejor suerte.



En la anterior quincena saludamos corteses y afectuosos á nuestros huéspedes extranjeros, que llegaban reclamando hospitalidad á nuestra patria fiados de nuestra afición á todo lo que de lejanas tierras procede, haciéndonos repetir el tan conocido refrán que sirve de título á una de las más chistosas comedias de Moreto, *De fuera vendrá quien de casa nos echará*, seguros de que, idólatras de la moda y esclavos del mayor número, habíamos de aplaudir las obras dramáticas y cómicas que se estrechaban en sus bien repletas alforjas, y celebrar entusiasmados sus poco cultos chistes, inoportunas gracias y procaces conceptos, afición desgraciada que nos ha hecho acreedores al dictado de bobos, las más veces merecido, y en cuya denominación no quisiéramos ser comprendidos, razón poderosa, en nuestro entender, que nos obliga á confesar paladinamente que, en aras de la cortés galantería y ganosos de no pecar de groseros, sacrificamos nuestra imparcialidad de buen grado, y haciéndonos eco fiel de la fama, en la que venían envueltos nuestros *comensales artísticos* de allende de la frontera, los juzgamos tal como aquélla nos los pintaba, sin entrometernos á poner de nuestra parte nada en contra ni omitir ningún juicio opuesto á lo que de ellos se decía, ya por los que conocieron á los unos en su patria, ya respecto á la opinión que de los otros emitieron sabios críticos cuando en tiempo no lejano los juzgaron en nuestra escena.

Pero la decoración ha cambiado por completo en el breve espacio de un mes, y habiéndose hecho la opinión, podemos aventurar nuestro juicio siguiendo sus huellas y con brevedad, porque el caso no requiere gran extensión ni profundo estudio.

\* \* \*

Justo es dar comienzo por el Teatro de la Zarzuela, en cuyo escenario, que tantas glorias guarda producidas por nuestros más célebres poetas y aplaudidos actores de todos géneros, desde el dramático al bufo, ha sustituido á una *cuadrilla* de ópera una *troupe* francesa, á cuyo frente figura la celebrada actriz Mad. Celina Chaumont.



Cuanto se diga es poco y parecerá pálido respecto á la excesiva popularidad y ampulosa preponderancia que precedía á su presentación en nuestra escena, confirmándolo así el fabuloso abono y la numerosa concurrencia que se disputó y disputa localidades para las representaciones de las obras en que tan célebre actriz toma parte. Cuando tomamos asiento en una butaca (no debida á la galantería de la empresa, lo que procuramos excusar siempre) del ámplio coliseo de la calle de Jovellanos, creímos de buena fe que íbamos á presenciar una de las más justas y grandes ovaciones que se han conocido, y dicho sea con verdad, nos equivocamos en cuanto á lo de grande; respecto á lo de justa, el desengaño fué mayúsculo.

Celina Chaumont es una actriz del género de Pepita Hija, y digan lo que quieran los siempre respetados por nosotros, los críticos filósofos gongorinos ininteligibles y esculturales, está muy por bajo de lo que fué la Hija en sus buenos tiempos, y aun de lo que es hoy. Si el arte consiste en el descoco, en el descaró, en la procacidad y en el desconocimiento completo de lo que el artista se debe al público, al personaje que representa, á sí mismo y al estudio profundo y detenido de la ficción dentro de la verdad relativa y nunca absoluta, que en nuestra opinión no cabe en el teatro, la Chaumont es una gran artista; pero si el arte se desenvuelve dentro de reglas más estrictas y estudios más concienzudos; si debe luchar con las conveniencias sociales en la intención de la frase, en los movimientos, en la presentación en la escena, en la interpretación del carácter, siempre en armonía con la dignidad del actor, enteramente ligado con la del público, Celina Chaumont no es artista, sino una *muchacha* de gran viveza, chistosa en el decir, libre en los movimientos; exagerada (no en buen sentido) en las situaciones, de excesiva locuacidad y de escasa mesura y gravedad artística. Hace reír y sentir de cierto modo, agita la materia, pero no conmueve el espíritu; habla á los sentidos, pero nada dice al corazón. Los demás artistas no creo que deben ser objeto de la crítica.

Respecto á las obras sometidas á su desempeño, poco po-



demos decir; la primera que se puso en escena fué la ya conocida y traducida al castellano *Divorçons*, de la que ya se ha dicho cuanto hay que decir, excusando añadir una palabra más. Con relación á las que la han precedido, y cuya enumeración omitimos en gracia de la brevedad, basta y sobra con opinar que más bien que obras dramáticas, son pasatiempos que entretienen y en los que los apasionados á la *libertad de acción* gozarán á sus anchas, por lo que no nos extraña que haya tanto y tanta arrepentida que en ciertas épocas del año escuchen con fruición la santa palabra. Para arrepentirse, se necesita haber pecado, aunque á decir verdad, los pecados de tontería son de fácil y sencilla absolución.

\*  
\* \*

De la Zarzuela pasaremos á la Comedia, y sin quitar nada á lo que dijimos en la anterior quincena, relativo á las relevantes dotes que adornan al eminente trágico *Ernesto Rossi*, no podemos pasar en silencio algunas apreciaciones que nos surgieren la detenida observación de las obras puestas hasta hoy en escena y su interpretación.

Si Rossi tuviera menos edad y menos volúmen (frase grotesca pero característica y propia), daría más realce y más verdad á los personajes de *Súlván*, *Romeo* y el *Rey Lear*; pero con esas condiciones, es imposible que el público puedan conservar la ilusión que se desprende de esos personajes, en los que el amor que nace de su figura y su juventud, se hace imposible de emplear.

Lo primero que pone de relieve el talento del actor es el tino en elegir su repertorio; éste se avieja con el tiempo unas veces; otras, efecto del mérito literario de las obras que le constituyen, permanecen vivas al través de los siglos, como sucede en nuestro teatro clásico de *Calderón*, *Lope*, *Moveto* y *Tirso*, que siempre es nuevo para los verdaderos amantes de las letras, en este caso la oración cambia, y el actor es el que sufre los rigores del tiempo, haciéndose necesario que olvide el palanque de sus triunfos y le posponga á otro que esté más dentro de sus condiciones, en los que prueba que si sus facultades han decaído, su talento no, y procura con él



contrarrestar los enérgicos preceptos de la naturaleza adaptando sus trabajos con sus facultades y logrando vivir, no del recuerdo como Rossi vive hoy, sino de la realidad y del presente como viviría, se siguiese nuestro desinteresado consejo, y de ese modo aplaudiríamos al actor de hoy, no al de ayer.

Lucha también, y fuerza es decirlo, vence en la lucha de la desigualdad de los demás actores que figuran á su lado, entre ellos y haciendo honrosa excepción de la Sra. Belli Blanes, sólo él sobresale, los demás quedan reducidos á la nada, esto una parte del público puede juzgarlo efecto del incontestable mérito del actor y en la otra del afán que tienen todos los artistas dramáticos en saber que van llegando á su ocaso, de rodearse de actores de escaso valor para que no le oscurezcan, dificultad que se vence también del modo que antes indicamos ó retirándose á tiempo.

Por lo demás, en las producciones mencionadas el señor Rossi vió coronados sus esfuerzos y su reconocido mérito con el unánime y entusiasta aplauso del numeroso público que acude al coliseo de la calle del Príncipe.

\* \* \*

*La Princesa de las Canarias* y *El Guitarrero* han sido las obras que se han estrenado respectivamente en el Circo del Príncipe Alfonso y la Alhambra; ambas participan de ese sello característico de las composiciones de *Lecoq* y de *Souppé*, ambas reflejan una plétora de esa música festiva y juguetona, compuesta en su mayoría de valeses y cuadrille, y ambas, por último, se manifiestan exentas de argumento, requisito indispensable de toda acción dramática y envueltas en una lastimosa exuberancia de chistes demasiado insinuantes y gracias en extremo salientes que las colocan en el lugar preferente del género bufo bien marcado.

Los trajes y las decoraciones se exhiben con inusitada profusión y en el desempeño cosechan nutridos aplausos, tanto la compañía italiana como la española, si bien es preciso ser ingenuos, confesando que la primera raya á mucha más altura que la segunda, lo que no es óbice para que el público



acuda con igual solícitud y constante asiduidad al coliseo de Recoletos y al de la calle de la Libertad.

\*  
\* \*

Réstanos ocupar la atención de nuestros lectores con la relación de las obras estrenadas en los pocos teatros que aún no han cerrado sus puertas y en los que actúan compañías españolas, dando la preferencia hoy á Apolo y Eslava, únicos en los que se han verificado estrenos.

En el primero el beneficio de la Sra. Roca, acompañado de los correspondientes ramos y obsequios al uso del día, nos hizo aplaudir algunas bonitas piezas de la agradable partitura del maestro Chapí, escrita para el libro del Sr. Estremera, titulado *La Flor de Lis*, y la ópera *Guldnava* del maestro Brull. La una bien se puede calificar de leyenda en embrión sin argumento ni tema, y apenas acción, boceto de una obra sin matiz determinado y sobre una base en extremo conocida y gastada, sirve sólo para que el público aplauda un precioso coro de republicanos, un melodioso duo de triples, una aria de bajo, y de su aprobación no muy entusiasta, á unas bellas quintillas, y aplauda con justicia á las Sras. Cortés, Roca Soler y Constanti.

La otra es una preciosa ópera, cuya partitura es grandiosa, sin que sepamos cuál de los números es el mejor; todos se aplauden, y el autor, que como desconocido y sin ser hasta ahora un *reputado maestro*, no ha merecido grandes elogios de la prensa imparcial, ha sabido colocarse en esta obra á la altura de los más renombrados compositores españoles, compartiendó su legítimo triunfo con las Sras. Cortés, Roca y el Sr. Berges, que con su esmerada interpretación coronaron los esfuerzos de la empresa y satisficieron por completo al público que los hizo objeto de una espontánea ovación.

No fué tanta, ni el caso lo merecía, pero sí general, la aceptación que mereció en Eslava el sainete original, la letra del Sr. Burgos y la música de los maestros Rubio y Espino; está dentro del género que el autor cultiva con tanto acierto y se hizo acreedor á espontáneos y generales aplausos.

RAMIRO.





# SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### LA YEGUA NEGRA



OR más que digan, será un caballo de caza!

El que así hablaba era un hombre de apariencia ruda, con una chaqueta de paño burdo, boca desmesuradamente grande, nariz chata, con dos ojos de honrado irlandés cuyas pupilas oscuras brillaban alegremente á intervalos, pero que en aquel momento tenían una expresión de enojo que oscurecía la mirada. Tenía en la mano una cincha rota, guarnecida con una hebilla ancha, enmohecida y llena de barro; á sus pies se veía sin ruedas y sin varas, rota y abierta por varios sitios, la caja de un coche de forma rara, ni cabriolet, ni dogcart, ni charabanc, pues tenía algo de todos esos vehículos. A dos pasos de allí se encontraba una yegua negra de poca edad, con las orejas caídas, la cola apretada, soplando y temblando, irritada y asustada, impacientándose y encabritándose con la resolución evidente de sustraerse á las trabas á que querían sujetarla.



Un haraposo granujilla de catorce años, se mantenía enfrente de la yegua y, aunque los ojos de ésta aparecían rojos y feroces entre sus pequeñas antojeras, restregaba sus narices contra el chaleco de aquel muchacho á quien parecía considerar como el único amigo que tuviese en el mundo.

—Monta, Patsy—dijo el hombre.—*¡Faix!*... Es un animal precioso, y te llevará en un abrir y cerar de ojos hasta Punchestown, la buena muchacha... *¡Augh!*... Pero toma, por acá viene el joven capitán.—*¡Sea enhorabuena, capitán!*... Envanecido me puse cuando ví la manera que tuvisteis de cepillarlos la última semana en Garryowen. Entrad, pues, en mi casa, y seréis muy bien recibido, capitán; pasaré delante para enseñaros el camino.

Y entretanto que aquel esbelto joven de retorcido bigote y ojos azules marchaba hacia la indicada casa en compañía del que le había dirigido la palabra, Patsy llevaba la yegua á la cuadra, donde le puso una desvencijada, rota y sucia silla, de la que colgaban dos estribos de longitud desigual, intentando luego introducir á la fuerza en la boca del animal un freno enmohecido que apretaba su hocico, con un frontal viejo, blanco y verde. Terminado el arreglo, el muchacho contempló su obra con una sonrisa de satisfacción.

Evidentemente el recién venido era un oficial de dragones; lo demostraban su aire caballeresco, sus cabellos cortados al rape, la hechura de su traje y quizás también cierta imperturbabilidad de buen humor y de confianza en sí mismo que no eran capaces de alterar las influencias físicas ó morales.

Poco sensible á la cortesía irlandesa y á los ofrecimientos de hospitalidad, abandonó en seguida la sala y se fué á la cuadra.

—*¿Cómo va la yegua?*—preguntó parándose á la entrada de la habitación que la yegua compartía con un borriquillo trasquilado, una vaca del Kerry y una piara de cerdos.—Siempre he opinado que galoparía bien y que no hay como esa clase de caballos para pararse. *¿Salta mucho?*

—Ya lo creo, y mejor de lo que habéis visto en vuestra vida—replicó el dueño del animal con entusiasmo.—Es capaz de ir á todas partes donde un gato pueda seguir á una rata, y de



cambiar de pies en el filo de una navaja como el primer potro del Connemara. ¡Os lo aseguro! Se arroja..., se para y queda clavada. Está en su sangre, y estoy seguro que, como la yegua que aquí ocupaba antes su sitio, puede permanecer en el aire tanto tiempo cuanto á su jinete se le antoje.

La yegua, objeto de tales elogios, parecía efectivamente un animal de valor. Pequeña y angulosa, es cierto, tenía el cuello muy delgado y las orejas un poco largas, pero su cuerpo estirado y sus vigorosos y tersos remos prometían para más tarde una belleza y velocidad extraordinarias. Su cabeza era muy característica, delgada, afilada, sobresaliendo cada vena y cada articulación bajo su piel lustrosa, con enormes narices encarnadas y unos ojos chispeantes en los que se veían valor, resolución y una gran inconstancia de temperamento. Hay caballos, como mujeres, que en nada se fijan. Para jinetes atrevidos son inapreciables los primeros, porque son los únicos cuya fogosidad puede moderarse.

—¡Vamos! apresúrate ahora, Patsy—dijo el chalán.

El mocito, ocupado entonces en el arreglo de uno de los estribos, respondió á la voz de su amo con una mirada que parecía reclamar un poquito de paciencia.

Pero el joven oficial, llamado John Walters, y conocido en el regimiento por el apodo de Bellorita, no podía ver una silla vacía cualquiera sin tener ganas de ocuparla. Arregló por sí mismo los estribos, alargó la pierna izquierda para dar un brinco, y antes de que el potro sorprendido pudiese protestar más enérgicamente que por un sobresalto de sus vigorosos lomos y un golpe de su larga cola, saltó con ligereza á la silla.

—¡*Begorra!* Seguro estoy de que has de comprármela—murmuró entonces para su colete el chalán, y casi al oído de la vaca del Kerry, animal discreto del que no desconfiaba tanto como de la docilidad de su mozo y de la destreza del inglés.

Ni el mismo borriquillo trasquilado se hubiera portado con más paciencia que la yegua para pasar el corral toscamente empedrado y salir por el portal de piedra al lado de un montón de estiércol. Pero cuando se vió más allá, en el



sitio donde las flores primaverales esmaltaban el césped y las doradas aliagas coronaban vanidosamente la parte más alta del declive, hubiérase dicho que el aire penetrante de las montañas había comunicado á su fogosidad todo el endemoniado ardor de sus antepasados. Su primer salto de independiente alegría habría hecho perder los estribos á la mayor parte de los aprendices de equitación en un picadero.

Una y dos veces se lanzó hacia adelante, con saltos largos y de empuje, sacudiendo las orejas para poder tomar rienda, levantar las narices y precipitarse con rapidez.

Es difícil sujetar á un animal fogoso sin más auxilio que la brida y el freno; pero Bellorita era un consumado jinete, firme en la silla y dotado de una serenidad que no perdía nunca, ni siquiera cuando no podía valerse libremente de sus manos.

Es cierto que no sabía contener á su cabalgadura, pero podía guiarla. La dirigió pues hacia el punto más culminante de la vertiente que ante sí tenía, y la ligera potranca, lanzada á la carrera, cambió de pies en la cima con la seguridad de una cabra, para tomar tierra un poco más lejos y huir de nuevo como un ciervo asustado.

—¡Bien saltas!—exclamó el joven cuando ella volvió á levantar la cabeza que había inclinado durante un segundo para proseguir con nuevos bríos;—parece que eres en efecto gran corredora. Pero ¡vive Dios! que es difícil llevarte.

Sin embargo, la potranca seguía corriendo con la velocidad de una locomotora. El césped cubierto de margaritas huía como el agua de un torrente con sus saltos inmensos, impetuosos y uniformes.

Continuaba la carrera al través de una región elevada, descubierta, que iba levantándose gradualmente hasta convertirse en una montaña desnuda y oscura cuyo contorno se dibujaba en el horizonte. Los vallados eran de muy poca altura; pero, apesar de los declives y de los numerosos y formidables fosos que accidentaban el terreno, el paisaje conservaba aquel aspecto de extensión libre tan peculiar á las campiñas irlandesas y tan agradables á los verdaderos *sportmen*. Aquello convidaba á galopar, aunque ningún caballo



hubiera podido atravesar dos campos sin tener un poderoso empuje en el salto.

La yegua recorrió á la carrera más de una milla irlandesa antes de dejarse dominar, y el capitán tuvo que agradecer á la extraordinaria agilidad de su cabalgadura el no dar más de media docena de pesadas caídas durante su peligroso ejercicio. El animal bajó por fin el cuello y cedió al freno en un campo de patatas; y podemos afirmar que, si el joven oficial tenía ya intención de comprarlo por su velocidad, quedó aún más satisfecho así que vió se establecía misteriosamente un acuerdo mutuo entre la inteligencia del bruto y la de su jinete.

Al emprender de nuevo el camino de la casa, hombre y animal parecían satisfechos. La yegua jugaba alegremente con su freno y obedecía á la mano y á la rodilla, manifestando únicamente el deseo de ser llevada hacia las cercas de mayor altura, capricho que por otra parte se complacía en satisfacer el caballero. Cuando llegó cerca del muro de piedra que rodeaba el patio en el que estaba su cuadra, pasó sin esfuerzo, y su comprador, hombre bastante desprendido, quiso añadir al punto quince libras más al precio convenido.

El oficial se dejó resbalar al suelo, acariciando el humeante cuello del animal.

—Es una buena pieza—dijo;—pero es también endiabladamente difícil de regir cuando se declara en rebeldía. ¿Decís que es sana y que va para cuatro años? Quisiera saber de quién descende.

Es natural que semejante pregunta provocase una respuesta prolija. Nunca, al decir del chalán, se habían reunido en una raza tantas cualidades y tantos antecesores ilustres. Toda la sangre de todos los Howards enriquecían su genealogía: ¡Era nada menos que biznieta de *Camilla*, por *Trentham*, salido de la *Phanthom*, hermana de *Magistrat*!

—Ahora que la habéis comprado, capitán—añadió nuestro amigo de chaqueta de paño burdo,—puedo decir que habéis adquirido el mejor animal que he criado y visto en mi vida. Si la hubiese soltado á Ballinasloe, el lord-teniente la montaría á estas horas, en disposición de dirigir la caza allá,



en Meath, ó cerca de Fairy House y de Kilrue. Está todavía por hacer la azada que ha de construir un foso capaz de detenerla; y cuando esté cansada, capitán, ¡*begorra!* ya podréis estar seguro de tener destrozados los calzones hasta las rodillas. ¡Tened en ella confianza como en mí! Sin embargo, he de advertiros que hay una cosa en esta miserable tierra que no hará nunca por nada ni por nadie.

—¿Qué es ello?—preguntó su interlocutor muy complacido de oír á aquel parlanchín.

—Es que no sufrirá ni el arrastre de un papelito—repuso.—Pero fuera de esto, si alguna vez llega á hacernos traición; si alguna vez rezonga ó cosa por el estilo, quiero que digáis que soy el hombre más torpe del mundo en cuestión de caballos y aun de borricos.

La yegua quedó, pues, en poder del oficial; pero cuando se fué, Patsy lloró amargamente en la cuadra, ya reducida para él al borriquillo y á la vaca del Kerry.

## CAPÍTULO II

BLANCA DOUGLAS

Ya es tiempo de explicar de qué manera aquella joven yegua negra se encontró mezclada con la existencia de ciertas personas cuyos destinos y acciones, buenas ó malas, vamos á referir.

Dejemos para ello el teatro de los sucesos que preceden y trasladémonos á Londres... á Londres donde una suave mañana de febrero, la misma South Audley Street, así como las calles adyacentes, parecían exhalar los balsámicos perfumes del aliento de la primavera.

En una de aquellas calles, en el primer piso de una casa, estaba abierta una ventana; pero tan abierta que el olor de los jacintos del interior de la habitación llegaba al olfato de un panadero que había apoyado su carga en la reja del sub-



suelo, al mismo tiempo que llegaba á sus oídos, gemida por un piano, una melodía salvaje y quejumbrosa, que él seguía, llevando el compás con las suelas de sus enharinados zapatos.

Aunque un elegante servicio de desayuno estaba todavía puesto encima de una mesa de pies delgados como patas de araña, la pianista estaba ya vestida y peinada para un paseo á caballo. Sin embargo, toda su alma parecía haber pasado á la punta de sus dedos, mientras tocaba, y los acentos que de las teclas arrancaba, ya parecidos á los suspiros de una queja, ya á los sollozos de un amargo dolor, eran tan dulces y tristes, que arrobaban el alma del panadero que abajo escuchaba, inspirándole vivos deseos de escalar la ventana, para ver lo que pasaba en el cuarto.

He aquí lo que hubiera visto, si hubiese podido realizar su intento.

Hubiera visto á una mujer de veinticinco años, alta, delgada, con una opulenta cabellera de un negro azulado, recogida en una trenza recia como un cable de tres pulgadas, bajo un sombrero de montar. Una mujer, cuyos graciosos movimientos, tenían las ondulaciones de la culebra, cuyo perfecto talle, encantador estando en reposo, adquiriría en la acción seducciones nuevas; una mujer vigorosa, confiada en sí misma, llena de una energía latente, descubriendo en cada movimiento su orgullo innato, indomable, aunque contenido, é incorregible como el de Lucifer antes de su caída.

Sus manos, cuyos afilados dedos vagaban habilmente por las teclas del piano, eran fuertes, nerviosas y surcadas por grandes venas azules; se adivinaba al verlas una naturaleza robusta y una voluntad resuelta. Golpeaban sin compasión aquellas manos, delante de las que, más de una cabeza altiva no se avergonzaba de inclinarse para besarlas, y su apretón era en extremo tenaz.

Se inclinaba gradualmente, y las notas del triste canto que improvisaba iban debilitándose cada vez más y más, y luego crecían para volverse á apagar todavía, terminando por fin en medio de un melodioso ruido entre el cual se hubiera podido percibir como un sollozo que se escapaba del oprimido



pecho de la joven. Se levantó entonces, cerró el piano con violencia y se arrimó al espejo que adornaba la chimenea.

Aquel espejo reflejó un rostro singularmente fascinador, con rasgos tan irregulares que muchas mujeres lo encontraban positivamente feo, pero cuya vista no hacía mejores, ni más cuerdos, á los individuos del otro sexo. La barba, la mandíbula, los pómulos eran prominentes; las cejas en forma de arco, pero demasiado pobladas, y la boca podía parecer demasiado grande para boca de mujer, apesar del oscuro vello que sombreaba el labio superior impertinentemente levantado y los hermosos dientes blancos que una sonrisa de satisfacción descubría.

Pero cuando levantaba sus ojos centelleantes, guarnecidos de largas pestañas negras, no se encontraba ya nada que decir. Parecían echar chispas y enternecerse, brillar nadando en una sola mirada que iba derecha al corazón de un hombre y le hacía saltar con un estremecimiento casi doloroso.

Las mujeres pálidas aseguraban que tenía los colores demasiado vivos, y perjuraban que se pintaba. Pero ¿dónde hubieran podido componerse los cosméticos para dar á sus mejillas aquel tinte ligeramente sombreado que se descubre en el rostro de las hermosas mujeres de la Europa meridional, y de tal manera que podría creerse que una sangre de púrpura corre bajo su piel, arrancando su ardor y vitalidad de alguna encantadora región colocada bajo un cielo risueño y lleno de luz? Cuando se sonrojaba, pensaba uno en el sol en todo su brillo; y en aquel momento se sonrojó al oír el ruido de los cascos de un caballo en el empedrado de la calle y un campanillazo en la puerta de su casa.

Pero el sonrojo había desaparecido de su frente antes que los pasos de un hombre se percibiesen en la escalera y de que el visitante fuese introducido en el salón, después que hubieron anunciado:

—El General Saint-Josephs.

—Muy madrugador sois, General—dijo ella alargándole la mano con un aire de soberana condescendencia,—sois madrugador, pero no obstante, bien venido y... Los caballos lle-



garán dentro de poco... ¿Habéis almorzado? Temo que mi café se haya enfriado del todo.

El General Saint-Josephs era un oficial distinguido que pasaba de los cuarenta años. Soldado de la Crimea y de las Indias, había sufrido muchas veces el fuego de los cañones de todos calibres, y había hecho volver á la disciplina á uno de los regimientos más indisciplinados del ejército. ¿Por qué, pues, latía su corazón, temblaban sus manos y afluía su sangre á sus sienes cuando ella le daba los buenos días?

—No os apresuréis, os lo ruego—dijo él.—Puedo esperar todo lo que queráis. Por vos esperaría todo el día, si así os conviniera.

Su voz estaba oscurecida como si sus labios estuviesen secos. Tal vez por esta razón pareció que ella no le oía.

Abrió la joven todavía más la ventana y miró fuera. Una yegua negra llevando una silla de señora avanzaba por la calle, haciendo escarceos, dando saltos y golpes con su larga y espesa cola. Se dirigía á aquella casa. El *groom* que la conducía no parecía muy satisfecho cuando la paró delante de la puerta, junto á la acera, acariciando sus narices y murmurándole repetidas recomendaciones para que se aquietase y fuese más dócil.

Aquel *groom*, con botas y guantes, y ataviado para un paseo á caballo, había sin duda comprendido, al encargarse de la yegua, que le daría bastante que hacer, y se proponía ir á buscar su caballo á la cuadra luego que su ama hubiese montado. Un personaje grave, sin librea, se acercó en aquel momento á la puerta y se puso á mirar á una y otra parte, con el aire de importancia que es tan peculiar á los encargados de las porterías. Se dignó, sin embargo, anunciar que la señorita Douglas bajaría pronto, observando que la yegua relucía como si la hubiesen barnizado.

El *groom* respondió con un guiño, en el momento mismo en que aparecía la Srta. Douglas en la acera.

El panadero, que entregaba su pan tres puertas más arriba, se volvió para mirarla.

—¿Puedo ayudaros á montar?—preguntó el General.

Su voz, aquella misma voz que vibraba en los momentos



de inminente peligro, en medio de las amenazas de la muerte, y que pronunciaba arrogante las voces de mando: «¡Adelante, dragones!» era ahora humilde y casi tímida.

—Muchas gracias—respondió fríamente la Srta. Douglas, —este cuidado concierne á mi *groom* Tim. Vamos, Tim... á la una... á las dos... á las tres... Y saltó ligeramente, sin auxilio de nadie, sobre la yegua, que permaneció tranquila como un cordero. Colocó el pie en el estribo, arregló los pliegues de su amazona y la Srta. Douglas se encontró ya en la silla, en aquel puesto donde tenía siempre el mejor aire, donde se sentía más á sus anchas y que prefería á todos los demás del mundo.

Acarició entonces el cuello de la yegua, y la favorita respondió á esta caricia con un salto capaz de echar abajo al mejor jinete. Después, la Srta. Douglas, seguida de Tim, que montaba un alazán de buen aspecto, partió para el Parque en compañía de su admirador el General.

¿Quién era la Srta. Douglas? Tal era la pregunta que todo el mundo hacía y á la que nadie contestaba de una manera satisfactoria al menos. Blanca Douglas, éste era el supuesto nombre de la señora de las cejas negras, habitaba en Londres dos años hacía, pero nada había dado á entender de sus antecedentes, ni había presentado prueba alguna de su identidad. No era empresa fácil interrogarla, como muy á costa suya lo habían averiguado ciertas señoras atrevidas que por despecho la llamaron luego la Dama Negra, hasta que un ingenioso espíritu femenino le dió el apodo de Sata-nella. Por el nombre era, pues, conocida en todas las sociedades.

Algunos se habían atrevido más tarde á investigar su vida, y habían descubierto ó tal vez inventado ciertas historias con las que los murmuradores se contentaban. Era huérfana, según decían, é hija de un oficial de Marina, especulador, quien se había casado con la prima de un par de Inglaterra. Su padre se había ahogado delante de Tenerife y su madre había muerto de dolor. La joven había sido educada en un colegio en el campo, en un condado del Oeste, permaneciendo allí hasta su mayor edad; disfrutaba de una renta anual



de mil libras y vivía cerca de South Andley Street con una anciana tía, achacosa y maniática. También ella era algo extraña y tenía cierto mal tono; pero su conducta no había dado nunca que hablar.

Tal era la versión caritativa. La maligna no era más que lo precedente bastante desfigurado: Su padre, decían, se había suicidado, su madre había huído de su casa y se había vuelto loca, el colegio del condado del Oeste era un colegio francés. La tía y las mil libras de renta no eran tampoco más que una fábula. Era, en una palabra, una mujer ruidosa, osada, masculina, más que extraña, y sólo Dios sabía de dónde procedía el dinero gastado para montar la casita de su Andley Street y el que necesitaba para sostenerla.

Sea lo que fuere, lo cierto es que tenía buen aspecto y que los viejos se enamoraban de ella. Un día dijo á la Sra. Cullender, que después lo ha repetido:

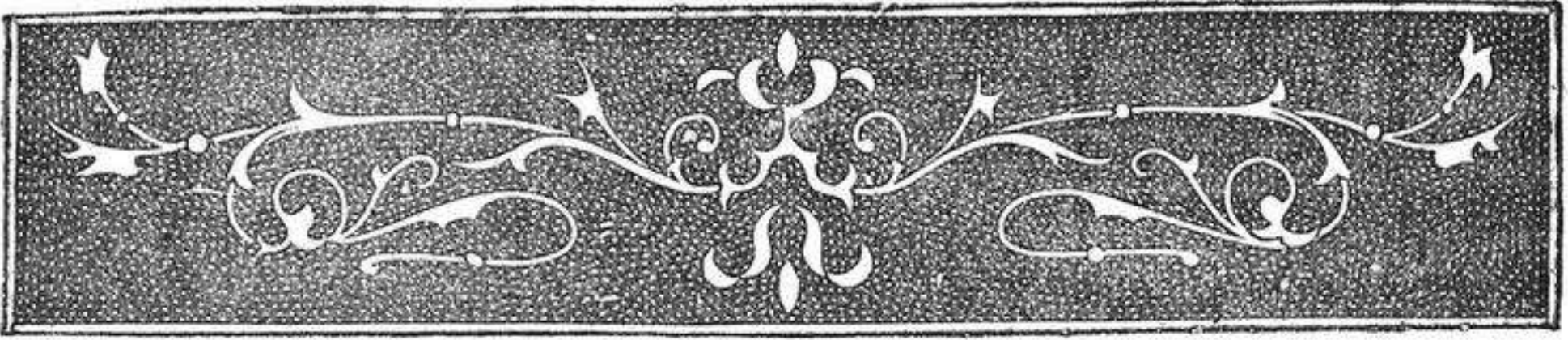
—Mis enamorados, querida mía, son románticos, muy románticos..., pero tienen reuma que da lástima. La unión de ambas cosas conmueve, querida, pero es muy incómoda.

Más tarde la Sra. Cullender ha asegurado también que el viejo par Buxton le hubiera dado su nombre, si ella hubiese consentido en casarse; y la misma señora declara haber visto al consejero Cramp arrodillarse delante de ella y caer de manos, sin poderse levantar, acabando por consiguiente su declaración, por decir así, en cuatro patas.

Nuestra joven no quería á semejantes hombres y se inclinaba más bien hacia los de un temple más arrogante; cautivaba particularmente á los valientes defensores de nuestro país, en mar y tierra. No admitía de buena gana en el número de sus adoradores á los almirantes, gente susceptible y más ó menos inconstante, como los vientos que apuntan en su libro de á bordo. Pero contaba en cambio en su lista con siete oficiales generales, y coroneles y mayores á proporción.

*(Se continuará.)*





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.



A victoria electoral ha sido completa para el partido conservador, siempre unido y compacto, así en la oposición como en el poder. No es extraño, por consiguiente, que mientras las fracciones liberales se destruyen en la desorganización de sus disidencias intestinas, los conservadores prosperen al frente de los destinos del Estado, restaurando una vez más el espíritu público, hartamente decaído.

Las elecciones se han verificado en circunstancias las más ventajosas para la libre y pacífica manifestación de la verdadera voluntad nacional, que ama ante todo y sobre todo, digan lo que quieran los que explotan ciertas ideas, el sosiego público, la paz interior y exterior, sin cuya garantía no hay elementos de vida y prosperidad aseguradas.

Ahora toca al Gobierno y á las Cortes corresponder cumplida y satisfactoriamente á la confianza de que el país les hace objeto, otorgándoles tan amplios poderes como sin duda han menester para el desarrollo de la política que hoy reclaman las necesidades, siempre crecientes, de un pueblo cansado de oír promesas y de admirar discursos, y ávido de soluciones prácticas que reparen las hondas heridas abiertas á



su constitución y á su organismo por los desmanes de los unos, las fantasías de los otros y los errores de todos.

Urge innegablemente que se inaugure de una vez la era de las reformas provechosas, en todos los ramos de la administración, y al efecto que empecemos por modificar las costumbres políticas de nuestra patria, donde cada cacique tiene preponderancia desastrosa en su respectiva comarca, á guisa de señor de horca y cuchillo, cada escribiente un plan de Hacienda, y cada estudiante un sistema completo filosófico y social.

Mientras no se convenzan los hombres civiles de que la intervención en los negocios del Estado no debe ser medio para realizar negocios particulares, y los hombres de guerra de que los ascensos no se ganan en las sombrías maquinaciones de la conjuración; mientras el jornalero aspire á convertirse por arte de magia ó por malas artes en capitalista y no se considere permanente é inexpugnable base de toda sociedad medianamente organizada ese equilibrio estable y duradero, de donde emanan los más saludables frutos para el bienestar general de las naciones y de los individuos, ni habrá tranquilidad sólidamente garantida, ni los Gobiernos podrán dedicarse á perfeccionar el desenvolvimiento de los fines oficiales, alentando la marcha de sus gobernados por el camino del estudio y del trabajo, de las conquistas del genio, vencedor en todas las esferas, de los triunfos de la labor, modesta, pero plausible y edificante.

Conocido en todos sus pormenores el resultado definitivo de las elecciones para ambas Cámaras, los elementos políticos de las distintas procedencias lánzase á hacer cálculos de diversa especie, pretendiendo sondear los misterios de un porvenir más ó menos inmediato. Desde luego fíjase la opinión general en el dato que, como muy significativo, cacarean los fusionistas de ser el grupo de éstos el que mayor contingente lleva á los escaños de la oposición. De aquí sus aspiraciones, hartó prematuras de contado, en punto á la sucesión del actual Gobierno, que juzgan ya un derecho incuestionable á su favor. En cambio, los izquierdistas afirman, con plena convicción, que tan pronto como se inicien las



campañas parlamentarias, surgirá un completo deslinde de campos, del cual se prometen el ingreso en sus filas de muchos hombres públicos hasta ahora contados en el número de los amigos del Sr. Sagasta. Hay también entre los moretistas quien avanza más todavía: quien llega á suponer que aquella conciliación de las fuerzas liberales, malograda en tiempos del Gabinete Sagasta y definitivamente fracasada durante el Gabinete Posada Herrera, encontrará en la oposición al Ministerio Cánovas sólido punto de engrane, realizándose al fin entre las hostiles fracciones de sagastinos, dominguistas, martistas, becerristas, etc., etc., sin excluir los famosos tercios navarros.

¡Los tercios navarros!—¿Quién se acuerda del enano de la venta de las últimas Cortes, donde se creyó generalmente, hasta por personajes expertos en la apreciación de ciertas maniobras, que ejercía, en efecto, seria y aun decisiva influencia en los acuerdos de la mayoría del Congreso el antiguo redactor de *La Época*, D. Carlos Navarro y Rodrigo, pronto siempre á oficiar de pontifical, como si verdaderamente tuviera opción á empuñar cetro, encasquetarse mitra y repartir bendiciones á diestra y á siniestra?

Muchas veces se procuró, por el mismo Sr. Sagasta en primer término, sacar á plaza, en marcial y bizarro alarde, á los que el Sr. Navarro suponía tener á su lado incondicionalmente y al llegar el momento de exhibirse, siempre recataron con suma prudencia y discreción inverosímil la disciplina y los bríos de que tanto blasonara el sublimado jefe del bando misterioso. Ocasión hubo en que fué preciso despejar cierta tribuna porque, provocados los tercios á salir de su recóndita oscuridad, brotó de entre algunos concurrentes á la Cámara popular el estribillo del célebre coro de conspiradores de *Madame Angot*. El hecho era evidentemente irrespetuoso; pero, salvo todos los acatamientos convenientes, hay que confesar que no dejaba de tener oportunidad y gracia.

Los tercios navarros vivieron en constante conspiración contra el Gabinete Sagasta, y de ella no dieron, después de todo, más señales que el murmullo sordo y la ponderación vana de las coristas de la zarzuela de Offenbach.



Hoy, relegado el exdiputado por Sorbas á los reposados ámbitos de la alta Cámara, allí habrá de reducirse á desempeñar papeles de barba, perdido el prestigio y los donaires de primer galán.

Los tercios que creyó acaudillar, perecieron sin haber nacido. El enano de la venta no intimida más que una vez en la vida de los Quijotes ó los Sanchos.

Que, aparte de esto, en el Congreso es probable se verifique, á la postre, una concentración de fuerzas democráticas bastante más respetable que la que por el pronto aparece dirigida por D. Práxedes, no puede dudarse en modo alguno. Esa es, y debe ser la tendencia de los que están interesados en presentar un partido avanzado, fuerte y respetable en frente del partido disciplinado y vigoroso que á la fecha dirige los destinos de la patria.

\* \* \*

Para llegar á esta satisfactoria solución hay ya una base, la más firme y segura: las garantías que ofrece la situación bonancible del país.

Al ver el semblante, compungido y macilento, de ciertas gentes, no há mucho muy alegres y felices, hay que deducir que una gran desgracia pesa sobre los que de tal suerte, y en tan breve espacio de tiempo, han trocado las galas del regocijo por el luto del duelo y la amargura.

Antes era cosa notoria que los conspiradores de oficio, ya hombres de acción, ya inofensivos ojalateros, agitábanse contentos y satisfechos, contestando con expresiva sonrisa la habitual pregunta entre amigos que se encuentran:—¿Qué hay?...—Había fundadas esperanzas de que, á merced de los errores y debilidad de los Gobiernos fusionista ó demócrata, surgieran nuevas complicaciones para el orden y el sosiego público, como las que en agosto último llenaron una página más en la crónica negra de nuestras discordias intestinas.

Que, en efecto, los fautores de planes perturbadores y anárquicos no descansan en sus maquinaciones contra los intereses más respetables de una nación, pruébalo desgracia-



damente hasta la evidencia esa serie de conatos criminales que, en distintos puntos de la Península, están dando materia á los juzgados y consejos de guerra para instruir y fallar actuaciones judiciales, ya por la cortadura de un puente, ya por la interrupción de las comunicaciones telegráficas, ya por el olvido de sagrados juramentos, ya por la propaganda de ideas disolventes y por la emisión de gritos sediciosos.

Se trataba de dar un golpe de mano y hay que convenir en que para asegurar el éxito de la temeraria y punible empresa se había procurado concertar cuantos medios ejecutivos debían asegurarla.

No es de extrañar, por consiguiente, el anticipado júbilo que ante la perspectiva de un triunfo inmediato lisonjeaba á los que únicamente por el camino de la sedición y el desorden pueden llegar á la meta de sus menguadas ambiciones; como el limo no sale á la superficie sino cuando se revuelven y enturbian las corrientes cristalinas.

Hoy todo, por fortuna, ha cambiado de aspecto. El Gobierno, fidelísimo guardián de las garantías sociales y políticas de nuestro pueblo, ha acertado á desbaratar la inicua trama de que se pretendía hacer lazo contra la paz y las instituciones del Estado; los eternos enemigos de la normalidad constituída han sido fácil y rápidamente batidos en el campo mismo de sus demasías ó sometidos desde luego á la acción de los tribunales de justicia, con arreglo á los preceptos terminantes de la legalidad vigente. Las ilusiones de un porvenir basado en la destrucción y la rebeldía se han desvanecido como el humo, y á las enhorabuenas de los agitadores y revoltosos ha sucedido, por consiguiente, el sombrío desengaño de la defección y la impotencia.

No medrarán, no, bajo la dominación conservadora los que se apartan de la vía recta, aspirando á precipitar el país en abismos de perdición y ruina. Bien lo van comprendiendo, á costa de su libertad y hasta de su vida, los que otra cosa creyeron en época cercana. De ahí el desaliento, la ira, que les asoma al rostro, y la mala voluntad, el odio reconcentrado que les inspira la situación actual.

Es bien lógico que así suceda. Con otros gobernantes han



podido hacer alardes de arrogancia y poner acaso en problema la tranquilidad presente y los destinos futuros de la patria. Con los hombres, los principios y los procedimientos que hoy dirigen la nave del Estado, dan ya por aprendido que aquellas algaradas son tan efímeras y baladíes por sus efectos propios, como peligrosas y temibles para sus autores, encubridores y cómplices.

La gran desgracia que pesa sobre los revolucionarios es, pues, una señalada conquista para las clases todas de la sociedad española que trabajan, que contribuyen al fisco, que fundan su bienestar en el pacífico desenvolvimiento de esas abundantes fuentes de riqueza, la agricultura, el comercio, la industria, de esos valiosos elementos de la vida nacional, las artes, la ciencia; de esa poderosa palanca, síntesis del verdadero progreso, la libertad de todos en frente de la licencia de unos pocos.

\*  
\* \*

Corre peligro entre las huestes de la izquierda la jefatura *indiscutible* del Duque de la Torre. ¡Jefe indiscutible! exclaman, sin recatarse por cierto, importantes personajes de aquella comunión:—y ¿á qué título puede pretender tal *indiscutibilidad*, quien ni siquiera ha cuidado de reunir el partido para que éste le invista con los poderes de jefe?—¡Indiscutible, tratándose cabalmente de un partido democrático!—Es decir, que se nos niega hasta la facultad de opinar si esa jefatura, que nosotros no hemos dado, mediante un medio positivo y eficaz, se ejerce en provecho ó en perjuicio de los intereses que está llamada á escudar y dirigir!—Eso no puede tolerarse por más tiempo; tanto menos cuanto que desde el momento en que, frente á frente del criterio del General Serrano, ha surgido otro criterio tan autorizado y atendible como el del Sr. Martos, á quien, después de todo, no puede negarse mejor ejecutoria para representar las doctrinas radicales; la jefatura del primero resulta de hecho discutida y sujeta á los fallos del mayor número. Supóngase que, indiscutible y todo, el Duque de la Torre se queda únicamente



acompañado de individuos de su familia ó tertulianos de la Duquesa; ¿dónde estará la izquierda, sino con el Sr. Martos, con el Sr. Moret, con el Sr. Montero Ríos, dado que éste también parece inclinado, por último, á caer del lado del diputado por Valencia?

No deja de comprenderlo así, con la natural perspicacia que le distingue, el General Lopez Domínguez, y procurando arrimar el ascua á su sardina, como vulgarmente se dice, trata de hacer un conato de reorganización de las dispersas fuerzas, mediante una benévola indicación en tal sentido, vertida, por si pega, desde las columnas de *El Imparcial*. El exministro de la Guerra apela al socorrido recurso de hacer suyo el programa del Sr. Martos, sin duda para que éste no tenga pretexto en contra de sus transparentes propósitos. Es seguro, no obstante, que el antiguo amigo de D. Nicolás Rivero no se avendrá á ver en mano ajena una bandera para sostener la cual se considera—y no sin motivo—con sobrados bríos. Así lo piensan también muchos izquierdistas, que creen llegada la hora de ir al vado ó á la puente: ó el partido democrático-monárquico transigiendo únicamente con la actual forma hereditaria del poder real, ó á la fusión sagastino-alonsista, si otra aspiración que el poder á toda costa, ó á los más ásperos senderos de una inteligencia con los enemigos declarados de todo lo existente.

Si el Duque de la Torre, que acepta el sufragio universal como uno de los lemas de su programa, se sometiera á una votación de sus secuaces ó de los que por tales conceptúa, hay causa para sospechar que no había de ser muy duradera su jefatura, acaso por eso mismo precisamente erigida en dogma indiscutible. Y si no reúne el partido, si no le consulta, si no se inspira en sus deseos, ¿con qué derecho puede tampoco alardear de jefe, careciendo de la consagración indispensable, mas que entre otros elementos políticos, entre los democráticos, para ostentar aquella respetable investidura?

\*  
\* \*



A propósito del Sr. Moret, á quien acabamos de nombrar. Ha llamado la atención de los que no conocen la falta de firmeza de sus ideas políticas, hartamente demostrada en su vida pública, que el reputado catedrático haya dicho en la Universidad que «el sufragio nacional, llamado universal imperfectamente, consiste en extender el derecho electoral el *máximum posible* en determinado momento, y con tales condiciones, que se integre la representación de todos los elementos que constituyen la vida del país, y señaladamente de aquellos que se encuentran como á su vanguardia y á la cúspide de la civilización, de las que representan el progreso y que son generalmente las minorías.»

«*El número, exclamó textualmente, no resuelve nada; es la cantidad brutal, es el atraso. Sólo las grandes ilustraciones representan las energías morales de la Nación.*»

De aquí parece deducirse que las soluciones de la izquierda, en cuanto pueda representarlas el exministro de la Gobernación, han cambiado de rumbo nuevamente, resultando muy limitado ese sufragio, con el que tanto nos han zumbado los oídos los izquierdistas de Martos y de López Domínguez. Desde el momento en que el voto, por una ú otra razón, se limita, ya entra de lleno la doctrina en los dominios de los principios conservadores. El más ó el menos no es discutible en teoría.

\* \* \*

Según se dice en los círculos financieros, el Sr. Cos-Gayón piensa incluir todas las atenciones del Tesoro en el presupuesto ordinario, prescindiendo del extraordinario, que en la mayoría de los casos no significa otra cosa que un *déficit* disimulado.

También se atribuye al actual Ministro el proyecto de enajenar los montes públicos, destinando el total de su importe al pago de la Deuda, como medio de fomentar el crédito del Estado.

Cuéntase que está además decidido á que se lleve á cabo una liquidación verdad y en toda regla con el Banco de Es-

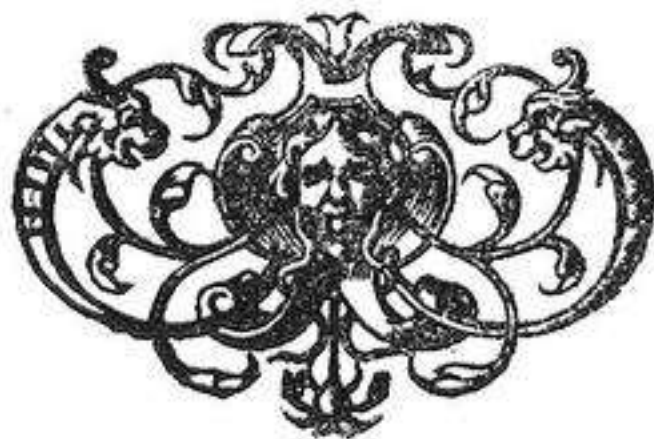


pañá, por el concepto de cobranzas de contribuciones, pues no parece dispuesto á que el Banco figure como acreedor del Tesoro, cuando en realidad tendría que entregar á éste grandes sumas el día en que se proceda á un exacto y formal saldo de cuentas.

\*  
\* \*  
\*

Es importante la jurisprudencia que acaba de establecer el Tribunal Supremo respecto de las operaciones bursátiles á plazo. Estas, cuando se limitan, como en la generalidad de los casos, al logro de una diferencia de cambios, basada en supuestas compras y ventas sin realidad positiva, son consideradas como una especulación de juego y azar, de la que, según dicho Tribunal, *no puede derivarse acción alguna eficaz ante la ley.*

U.







## REVISTA EXTRANJERA

---

**P**RINCIPALMENTE dos cuestiones embargan en estos momentos la atención de la Europa política: la resuelta actitud del Príncipe de Bismarck, enfrente del socialismo, en el Parlamento alemán, y el proyecto de conferencia europea suscitado por la Gran Bretaña para el arreglo de las graves cuestiones financieras de Egipto.

*A tout seigneur, tout honneur.* Demos, pues, comienzo por el examen de la actitud del gran canciller de Alemania.

Hace pocos días, el 9 de mayo, el Parlamento alemán presentaba uno de los más animados espectáculos con motivo de la discusión de la ley contra los socialistas. La muchedumbre ocupaba los alrededores del Reichstag, interrumpiendo por la tarde la circulación hasta el punto de que á las cinco tenía que intervenir la policía para dispersar algunos grupos. Las tribunas estaban llenas una hora antes de abrirse la sesión, y los agentes de orden estaban en sus puestos para vigilar á los admitidos.

El Ministerio demostró que si no se hubiese dictado la ley contra los socialistas, ley cuyo mantenimiento hoy reclama, Alemania habría pagado ya su debilidad con torrentes de sangre. El Príncipe de Bismarck no podía menos de intervenir en la discusión, é intervino de una manera enérgica,



apesar de cuantas noticias alarmantes sobre su salud han circulado. Tomó varias veces la palabra evidenciando la necesidad de que Europa reprima á los fautores de disturbios; leyó la carta escrita por el Emperador de Alemania cuando aconteció el aleve asesinato de Alejandro II, recordando que Rusia y Austria estaban dispuestas á aceptar una conferencia en la que fuese discutido este asunto; que Francia hizo depender su resolución de la actitud que tomase Inglaterra, y que se excusó esta última potencia. Añadió que Austria hubo de retirarse más tarde, y que las negociaciones sólo siguen ahora entre Alemania y Rusia.

Difícil es el estudio de los medios prácticos con los que el orden europeo puede salvarse de los furibundos y salvajes procedimientos con que la demagogia cosmopolita declara la guerra á la sociedad para destruir todo Gobierno; pero son dignos de aplauso los esfuerzos hechos para preservar la paz pública. Los asesinos no pueden aspirar á las inmunidades que protegen la libertad de las opiniones y de los partidos políticos.

«Si el actual Parlamento rechaza el proyecto de ley, dijo el Canciller del Imperio, el Gobierno lo discutirá con otro Parlamento; y si el nuevo Parlamento rechazase también la ley, el Gobierno quedaría disculpado y asistiría con conciencia tranquila al progreso ulterior del socialismo: no tiene para temerlo razones de más peso que todos los ciudadanos pacíficos.» El poderoso atleta de la unidad alemana trabaja, pues, con más empuje que nunca, no á restaurar la autoridad, porque nunca dejó ésta de ser en Prusia remate y cimiento de las instituciones, sino para fortificarla de manera que llegue á ser indestructible. El tratado de Francfort, que modificó el equilibrio europeo en provecho de Alemania, asegurando la supremacía al nuevo Imperio, lejos de ser tenido como coronamiento de su carrera de diplomático y de hombre de Estado, es considerado por él como punto de partida de su nueva carrera. Sus miras posteriores han sido asegurar en el exterior su obra contra imprevistos reveses de la fortuna, y paralizar en el interior los progresos de la anarquía.



La ley que se ha querido prorrogar, agravándola, era obra predilecta del Príncipe de Bismarck. La impuso antes á la pusilanimidad de los parlamentarios con esa mezcla de autoridad y de hombría de bien que es el más característico rasgo de su carácter, habiendo sido el pretexto de su ruptura con el partido llamado nacional-liberal, que poco á poco y quizás sin sospecharlo, llevaba la Alemania á la República. La imponía ahora con más tesón que nunca, teniendo empeño en contestar así al reto de los socialistas que hace poco amenazaban destruir el palacio del Reichstag por medio de la dinamita, si el Canciller se atrevía á presentarse en su recinto.

Pesa además en el ánimo de tan eminente político el sentimiento de una responsabilidad inmensa. El sabe, y saben también los Príncipes de la casa Imperial, que en 1870 tomó la dictadura, respondiendo por su honor y su cabeza, ante Dios y ante los hombres, de la salvación de su patria. Ve en los socialistas á los más encarnizados enemigos de su obra unitaria y de la constitución monárquica y militar de Prusia, y sostiene la batalla con el implacable vigor de que tantas veces dió irrecusables pruebas.

El resultado no era dudoso. Todas las noticias transmitidas de Berlín á la prensa de Europa estaban conformes en decirnos que la solución del conflicto estaba en manos de los católicos, anteriormente desdeñados y perseguidos por el mismo Canciller. Pero el jefe del partido católico es el Sr. Windthorst que de cuatro años á esta parte ha conquistado con su disciplina y su moralidad un alto puesto en la dirección moral de Alemania. Tenía presentadas el Sr. Windthorst varias enmiendas que podían hacer ilusorias las esperanzas del Canciller, y sin embargo, nadie podía creer en él la resolución de sacrificar un interés social á otro meramente político.

Ha sucedido lo que se esperaba. El Príncipe de Bismarck acaba de conseguir un voto favorable en el proyecto relativo á la ley contra los socialistas. A última hora, el jefe del centro parlamentario, el Sr. Windthorst, retiró las enmiendas presentadas y de las que varias habían sido tomadas en consideración durante el curso del debate por artículos. El triun-



fo ha sido de 189 votos contra 157, resultado muy notable, si se tiene en cuenta que se consideró ya segura la derrota del Sr. Bismarck por los que anunciaban un próximo acto de enérgica independencia del parlamentarismo en Alemania. Así queda indefinidamente aplazada la eventualidad de la disolución del Parlamento, y los anarquistas de todas las escuelas, si de escuelas merecen el nombre las colectividades del terror que con el nombre de socialistas se disfrazan, están realmente de pésame. La victoria es en cambio de todos los sentimientos honrados.

\*  
\* \*

La Gran Bretaña solicita una conferencia europea que sancione sus desaciertos en Egipto; pero este recurso de última hora suscita dificultades muy serias, y no es fácil que consiga un mandato internacional como el que confirió á Austria el Congreso de Berlín, para la ocupación de la Bosnia y de la Herzegovina. Las circunstancias son otras.

A nadie necesitó ni quiso consultar Inglaterra cuando llevaba á cabo, sin otro móvil que el de su ambición, el bombardeo de Alejandría, la ocupación del territorio egipcio y la guerra del Sudán, con cuyas terribles consecuencias no contaba sin duda. De suerte que la nación que quiso obrar por sí sola, que ha dejado que sean víctimas de la matanza sus hijos y sus aliados, y que hace dos años domina en absoluto en todo el territorio egipcio, sin haber tenido jamás la franqueza de declarar sus intentos, propone ahora, en los momentos de mayor ahogo, que los Gabinetes de París, Viena, Roma, Berlín y San Petersburgo la ayuden á normalizar su situación financiera, poniendo en tela de juicio la ley de liquidación de la Hacienda de Egipto.

Cierto es que la gestión económica de Egipto anda gravísimamente comprometida desde la intervención inglesa. El déficit para enjugar la deuda flotante, los gastos de la guerra



del Sudán, las indemnizaciones de Alejandría y la realización de obras urgentes, ascienden á la considerable suma de 7.950.000 libras esterlinas.

Además, hay déficit en los presupuestos, por absorberlo casi todo la deuda, cuyo servicio importa 4.413.676 libras. Está garantizada la deuda por la contribución territorial, los productos de telégrafos y aduanas, y algún otro ingreso, no quedando libres y aplicables á todos los demás gastos públicos más que 4.390.951 libras egipcias; es decir, menos que lo asignado para la deuda, resultando que de un presupuesto de 8.804.627 libras egipcias, más de la mitad se destina á intereses y amortización. ¿Cómo pueden, pues, cubrirse, además del déficit, los gastos ocasionados por la intervención inglesa? Haciendo que lo paguen los acreedores del Egipto, es decir, suprimiendo, ó por lo menos suspendiendo la amortización de la deuda solemnemente establecida por la ley de 1879, que liquidó las deudas egipcias y les dió garantías.

Para ello, y con los remanentes que ha de dejar libre la suspensión de las amortizaciones, piensa Inglaterra levantar un empréstito de diez millones de libras esterlinas con un interés de 4 por 100, ó sean 400.000 libras anuales.

La conferencia debe, por consiguiente, según el Gabinete de Londres, limitarse á simples operaciones de cálculo. A la primera noticia de la pretensión de Inglaterra, sucedió el silencio de la sorpresa; pero, después de este primer silencio que siguió á la nota, han venido naturalmente las manifestaciones de todas clases, las más disconformes y opuestas.

Italia se propone evitar que Francia pueda sustituir en Egipto á Inglaterra, prevaleándose la primera de la difícil situación de la segunda, cuyo fracaso en Egipto es ya incuestionable. Por otra parte, *La Nueva Prensa Libre*, de Viena, cree que Italia tratará de unirse con Francia para acabar con la influencia inglesa en Egipto, produciéndole más y más dificultades; pero esta política daría por resultado el que las demás potencias se uniesen á Inglaterra.

Entretanto el *Times* insiste en reclamar el protectorado absoluto de Inglaterra sobre el valle del Nilo, cueste lo que cueste, y amenaza al Gobierno con un voto de censura del



Parlamento si excluye aquel capítulo del programa de la conferencia.

Pero las naciones que han de arreglar á Egipto, no sólo disienten abiertamente sobre lo que ha de tratarse en la conferencia, sino que no están conformes ni aun sobre el punto en que aquélla ha de verificarse. Unas quieren que sea Londres, otras Constantinopla, y al fin será Berlín la ciudad elegida.

La cuestión, imparcialmente examinada, es por todos conceptos singular. Años hace, la situación financiera de Egipto era por cierto mala; pero el Khedive había cedido sus bienes, cuando por sí mismo se gobernaba el Egipto, y los acreedores habían consentido en una considerable disminución de sus derechos. Allanados estaban los principales obstáculos, y los primeros ejercicios de los presupuestos no dejaron de manifestar grandes progresos administrativos. El presupuesto especial de la Deuda arrojó en 1880 y en 1881 un excedente considerable; el administrativo se saldó con un *superávit* de 547.000 y 187.000 libras esterlinas respectivamente; los negocios seguían su curso; grandes proyectos de trabajos públicos estaban en vías de desarrollar la producción agrícola, mejorando las rentas del Tesoro, y las más fundadas esperanzas se realizaban en parte con rapidez sorprendente. ¿Qué es lo que ha esterilizado tantos esfuerzos? Esto es lo que no consiente Inglaterra que investigue Europa.

Pero á nadie pueden convencer los ingleses de la bondad de sus propios y desacreditados procedimientos. Ha querido Inglaterra abusar de sus fáciles victorias para hacer del Egipto otra vergonzante colonia suya; ha llenado las administraciones de funcionarios británicos y de despilfarros legendarios; ha recargado el presupuesto egipcio con gastos que sólo incumbían al Tesoro inglés, como el mantenimiento de sus tropas invasoras; ha dejado que el cólera hiciese estragos en el país; quiere, después de haber destruído Alejandría, que el Egipto sea el que levante las ruinas producidas por los cañones de la flota británica, que el Egipto pague imprudencias y faltas políticas ajenas y hasta los gastos de las expedicio-



nes á que obliga la formidable insurrección del Mahdí que la misma Inglaterra ha provocado.

Las disposiciones financieras están ligadas con el sistema político y administrativo, y Europa tiene derecho á saber si el nuevo régimen es más irregular y perturbador que el antiguo, y de qué manera pueden conjurarse en el porvenir los tristísimos desastres que ha producido en el pasado. Ó la conferencia no se reunirá, ó ha de examinar las causas del mal y su remedio. El problema es ante todo político, por más que diga lo contrario la Gran Bretaña.

Dificultades de todo género rodean por otra parte al Gabinete presidido por Lord Gladstone. En Saint-James Hall tuvo lugar un *meeting* para protestar contra el abandono en que el Gobierno ha dejado á Gordon.

En todos los discursos pronunciados con aplausos de la numerosa concurrencia se hizo esta declaración: que el abandono de Gordon era la deshonor del Gobierno y el descrédito de Inglaterra.

El *Times* dice sobre esto que cuanto se ha dicho en contra del Gobierno inglés y contra Inglaterra está plenamente justificado por la conducta del primero. Y un periódico señala como muestra del descontento público el hecho de no haberse recibido con aplausos á Gladstone en la inauguración de la Exposición de higiene, contra la costumbre establecida en esa clase de solemnidades.

Pero Lord Gladstone está ya blindado contra todas las manifestaciones de la opinión pública. Ha dejado pasar á cuchillo la guarnición de Shendy, ha permitido que Berber se rindiese, y abandonará también Khartum en poder de las huestes insurreccionadas, haciendo que el General Gordon pague tal vez con su cabeza la excesiva confianza que ha tenido en el Gabinete de la egoísta Londres.

\*  
\* \*

Dejemos hoy que la prensa francesa acabe de debatir el resultado y las consecuencias de las recientes elecciones de los



representantes de los municipios, elecciones en las que parece ha triunfado el elemento radical y el monárquico en mayor escala de lo que el Gobierno creía. Tiempo quedará para llamar á examen la situación de nuestros vecinos y discurrir acerca de esa política anómala que así se manifiesta con características volubilidades en Madagascar, en el Congo y en el Tonkín, como en el valle de Andorra y en Marruecos, pretendiendo en todas partes y quizás con equivocados cálculos, crear sucursales del inquieto Gabinete Ferry.

Terminemos la quincenal revista con una ojeada hacia los Estados Unidos, cuya política, sin ser colonizadora, tiene sin embargo por base abrir cada día nuevos mercados á su gran comercio y á su industria inmensa. La deuda de los Estados Unidos, que á raíz de la guerra separatista llegó á la cifra de tres mil millones de dollars, no es hoy más que de mil cuatrocientos sesenta y nueve millones, y el Congreso ha votado setenta y siete millones de dollars, que se repartirán en ocho años entre los diversos Estados para ayudarles á extender la instrucción entre las masas. También en estos momentos la Exposición universal con la que en Nueva Orleans ha de celebrarse el centenario del algodón en el mes de diciembre próximo, toma proporciones gigantescas. Sólo la principal construcción ocupará 1.400.000 pies cuadrados. Todo es inmenso en América.

Pero tocante á la política, se encuentran los Estados Unidos en días de crisis. Preocupa la elección de Presidente de la República que debe verificarse el martes 4 de noviembre. En Chicago han de reunirse en el mes de junio los representantes de los dos grandes partidos nacionales para designar sus candidatos á la Presidencia y Vicepresidencia.

El partido que viene ocupando el poder ejecutivo desde la elección de Lincoln en 1860, tiene varios pretendientes, entre ellos el que actualmente ocupa la Casa Blanca, Mr. Arthur, convertido en Presidente por virtud del revólver de Guiteau. Tiene Mr. Arthur en su favor, además de la influencia que le da la elevada posición, su amenidad natural, su correcta conducta y sobre todo las divisiones que separan á sus adversarios los jefes del partido en el Congreso. Se ha-



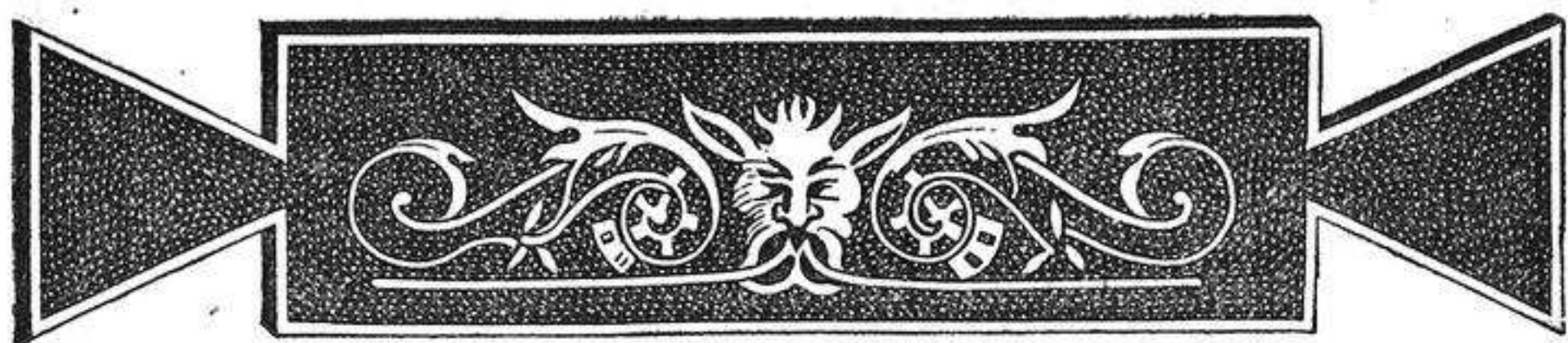
bla también de Blaine, Edmunds y Logan con más ó menos probabilidades de triunfo.

Aunque la Constitución de los Estados Unidos no deja gran iniciativa al Presidente de la República, su elección tiene una considerable importancia, porque supone, como es consiguiente, el advenimiento al poder del partido que lo sostiene y al que debe su triunfo. La agitación es, pues, natural, y de ella tendremos todavía que ocuparnos al estudiar las manifestaciones del sistema representativo en aquel país de las legendarias sorpresas.

S.







## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

*Anuario de la Real Academia de ciencias exactas, físicas y naturales. 1884.—Un volumen en 8.º de 296 páginas.—Imprenta de la Viuda é hijo de Aguado.—Madrid.*

La utilidad de esta obra, hecha con método y claridad, é impresa con esmero, se demuestra con el índice que la acompaña, en el cual se detallan las materias que comprende. Cuanto se relaciona con dicha Real Academia, ya en interés de ella misma, ya en el de las personas que de alguna manera necesiten someter sus asuntos á la competencia de tan docta corporación, se halla coleccionado en el volumen que examinamos. Creación y antecedentes de la Academia, sus estatutos, reglas para la adjudicación de premios, disposiciones oficiales vigentes sobre auxilios á los autores de obras científicas ó literarias importantes, prescripciones vigentes sobre tasación de honorarios por reconoci-

mientos químicos, reglas que deben observarse para la elección de un senador, escalafón de académicos, corresponsales nacionales y extranjeros, movimiento del personal, premios adjudicados, obras examinadas, temas de premios para concursos, con otras noticias no menos curiosas é interesantes, constituyen el texto del *Anuario*, cuya publicación por la Academia merecerá los más sinceros plácemes de todas las personas que lleguen á conocerlo y lo aprecien en su verdadero valor. Nosotros no dudamos en recomendarlo á nuestros lectores.

\*  
\* \*

**Universidad Central:** *Memoria-anuario, que se publica con arreglo á la instrucción 47 de las aprobadas por real orden de 15 de agosto de 1877.—Madrid.—Tipografía de Gregorio Estrada.—Folleto en 4.º de 40 páginas.*

La obra que examinamos, cuya

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.



utilidad es innegable, comprende tres partes: Estadística de la enseñanza durante el curso de 1881 á 1882, Anuario de la Universidad, y Variedades.

De la estadística resulta que en el mencionado curso de 1881-82, existían 370 alumnos de la facultad de filosofía y letras, 2.183 de derecho, 340 de ciencias, 2.585 de medicina y 1.265 de farmacia; se graduaron 558 licenciados y 278 doctores.

Ascendieron á 962.590 pesetas los gastos, y los ingresos á 1.836.205,25, quedando una diferencia de pesetas 73.615,25.

En la escuela del notariado hubo 264 matrículas, y 10 solamente en la de facultativos de segunda clase. Durante el primer semestre ascendieron á 96 las matrículas de la enseñanza de practicantes, y á 10 las de matronas, reduciéndose á 66 y 1, respectivamente, en el segundo semestre. Nueve en la convocatoria de noviembre y 11 en la de abril, fueron las matrículas de la enseñanza privada de cirujanos dentistas.

En la escuela superior de diplomacia hubo 354 matrículas; en la de pintura, escultura y grabado 871; en el Conservatorio de artes y oficios 5.368; en la profesional de comercio 38; en la de veterinaria 797; en la escuela de música y declamación 1.925; en la de arquitectura 232, y en la normal de maestros 1.824.

La escuela normal de maestros de Ciudad Real figura además con 351 matrículas; la de Cuenca con 302; la de Guadalajara con 316; la de Segovia 359; la de Toledo 891.

En la escuela normal central de maestras hay 2.392 matriculadas; en la de Ciudad Real 462; en la de Guadalajara 201; en la de Segovia 229.

Aparecen en ese curso 1.717 matrículas en el Instituto de San Isidro, y 2.540 en el Noviciado, habiéndose expedido 176 títulos de bachiller en el primero y 233 en el segundo.

En la Memoria aparece: Reseña histórica de la Universidad: Consejo universitario del distrito: Relación de los profesores de todas las facultades, escuelas, é Institutos: Relación de los doctores que forman el claustro ordinario.

Las variedades comprenden: Catedráticos que han pronunciado el discurso inaugural desde 1845: Rectores de la Universidad desde 1845 y secretario general.

Aun podría aumentarse la utilidad de este trabajo, si se le añadiera las disposiciones que regulan la materia sobre matrículas y exámenes y algunas notas comparativas respecto de alumnos matriculados y examinados en diversos años en las distintas facultades que los estudios universitarios comprenden. Con estas noticias, y algunas otras sobre material existente, y necesidades que en este punto demanda el interés de la enseñanza, creemos ganaría la Memoria Anuario, dándole cada año mayor interés.

\* \* \*

**Andrés Bello.**—*Principios de derecho internacional. Nueva edición ilustrada con notas por D. Carlos Martínez Silva. Tomo II. Estado de guerra.*—Madrid. Un volumen en 8.º de 392 págs.

*La Colección de escritores castellanos*, cuya importante publicación es cada día más estimada del público, se ha aumentado con el nuevo volumen que examinamos, segundo y último tomo de la obra de Bello sobre



derecho internacional, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, pues no hace mucho les dimos noticia del primer tomo de dicha obra. En él se compendia el *Estado de paz*, y en el segundo, que ahora tenemos á la vista, se trata del *Estado de guerra*. Uno y otro tomo compiten en verdadero mérito y ponen de manifiesto la ciencia y la experiencia de su autor en materia tan difícil y compleja.

Dos partes comprende este segundo tomo. La primera trata del *Estado de guerra*, presentando en capítulos sucesivos consideraciones generales relativas á la guerra, sus efectos inmediatos, las hostilidades en general y las hostilidades contra las personas y contra las cosas del enemigo en la guerra terrestre, las presas marítimas, la buena fe, las obligaciones y derechos de los neutrales, restricciones impuestas por el derecho de la guerra al comercio neutral activo y principalmente al marítimo, convenciones, la guerra civil y otras clases de guerra. Todos estos puntos son estu-

diados con notoria competencia por Bello en los capítulos que abarca la segunda parte, tratándose en la tercera y última del tomo, de los agentes diplomáticos, sus derechos, opiniones y escritos.

Las notas é ilustraciones del profesor Sr. Martínez Silva, enriquecen el tomo II de la misma suerte que las puestas al tomo I avaloraron su mérito, pues sirviendo la obra de Bello como texto en varias Repúblicas de la América Española, demandaban ya una modificación ó un comentario en que se consignasen las modificaciones que ha experimentado el derecho internacional. A esta necesidad, y sin traspasarla un punto, ha atendido prudente y concienzudamente el Sr. Martínez Silva con las notas mencionadas. Recomendamos, pues, la adquisición de esta importante obra, ya completa, á cuantos por su profesión, ejercicio ó afición particular, deseen conocer los principios del derecho internacional.

M.

